

---

# NI UNA SEÑA.

Novela inglesa.

(Continuacion.)



Los tutores de los pobres de Narraghmore tenian mil razones para estar satisfechos con el resultado de su decision en favor de Catalina Farrell. La nueva maestra de escuela era activa, capaz y hasta de talento; los niños pobres eran bien enseñados y estaban muy disciplinados, y si no sentian un vivo cariño hácia aquella, esto no importaba gran cosa á ninguna de las partes interesadas. No habia quejas, y la opinion general era que Miss Farrell tenia aptitud para un puesto algo mejor que el de maestra de una escuela de hospicio. Algunas de las señoras que por diferentes conceptos visitaban la escuela, manifestaban esta opinion y se maravillaban de que no buscase una colocacion de institutriz; pero Catalina replicaba que no tenia condiciones para nada superior al puesto de niñera que habia dejado voluntariamente. Le quedaban las noches libres, pues nada tenia que ver con los niños pobres fuera de las horas de escuela, y á nadie tenia que dar cuentas. En Mr. Bellew, el presidente, contaba con un buen amigo y un protector. La admiracion por su manera de escribir tomó forma práctica; la habia contratado para ir á su casa tres noches á la semana á instruir á los pequeños Bellews en el noble arte de la caligrafía. La casa de Mr. Bellew estaba á dos millas de la ciudad; pero á Catalina Farrell nada le importaba de la distancia; estaba siempre dispuesta á andar á pié en toda clase de tiempo, y habia tenido la costumbre de hacerlo así ya muchas semanas, sin que se observase que Domingo Daly la escoltaba frecuentemente á su regreso.

Domingo Daly gozaba de alta reputacion en Narraghmore. La habia ya traído del Condado Monaghan, del cual era natural. Era hijo de gente sencilla; habia sido bien educado para su clase, parte en la escuela nacional del distrito en que vivia, y parte por su tío, que era un sacerdote, y por lo tanto, orgullo, honor y gloria de la humilde familia. Pero ni la dignidad del hermano ni la industria y despejo del hijo pudieron apartar del hogar de los Dalys aquellos disgustos que son demasiado familiares para los labradores pequeños en Irlanda, y para ellos se habia encontrado un remedio, en aquel recurso que Domingo Daly y Catalina Farrell discutian en tono tan peligroso, algunos años despues.

El jóven de tan brillantes esperanzas se casó con una rústica heredera de fama en la comarca, que le amaba lo bastante para dotarle con su persona y con su dinero en condiciones desiguales. Las quinientas libras esterlinas de María Kearney salvaron el campo de los viejos é hicieron á estos felices. María y su jóven marido no eran malos amigos; pero pronto cayó ella enferma, y, despues de algun tiempo, fué víctima de la epilepsia. Cuando, con pocos meses de diferencia, murieron los padres de Domingo, este, que no tenia inclinaciones ni talento para la agricultura, hizo dejacion á su arrendador de su cultivo, en términos tan ventajosos para el último, que estaba siempre generosamente dispuesto á dar buenos informes de individuo tan fácil de manejar, como no era lo más comun, cuando aquel acudia á buscar empleo en una de las muchas ocupaciones que tuvieron existencia temporal durante los períodos de hambre y epidemia, en los que los recursos públicos y privados fueron á la par puestos hasta el extremo en contribucion para el alivio de la poblacion sufriende. Domingo Daly llenó sus funciones admirablemente y ganó una buena reputacion, no solamente por diligente, activo y probo, sino tambien por su bondad y humanidad. Muchas fueron las cosas que se contaban de su auxilio, de su simpatía, de su generosidad y de su abnegacion. Sus reducidos recursos sufrieron tambien impuestos espontáneos para aumentar las sumas que por su empleo le competia distribuir, y sus fuerzas y su tiempo fueron tambien voluntariamente da-

dos en servicio del pobre. Él y su afligida mujer habían vivido largo tiempo separados, é hizo todo cuanto estuvo en su mano para la comodidad de ella. La señora Daly había ido á vivir con una parienta suya, una viuda llamada la señora Cronin, en una aldea, algunas millas al Norte de Narraghmore; y el resto de su fortuna, todo lo que no se había gastado en el vano esfuerzo de hacer productivas las tierrecitas, fué escrupulosamente dedicado por su marido para que ella lo usara y de ello se aprovechara.

La vida en comun se había hecho imposible; necesitaba él moverse solo, y la pobre mujer, sumisa á su duro destino, vivía sufriendo con paciencia, animada algunas veces por una visita que él la hacía, cuando era capaz de ser animada; pero cada vez y por momentos ménos hábil para entender ó pensar en nada que no fuera el estado de su cuerpo. Un año ántes de la época en que yo empiezo la relacion de la vida de Domingo Daly, se encontró éste á Catalina Farrell, quien estaba entonces viviendo en Athboyle, en la humilde colocacion que el Dr. Bourke la había procurado como aya, más bien como niñera, atendida la grandeza de la casa, de los niños de su hermana. Hasta aquel momento había sido el amor sentimiento desconocido para Domingo Daly. Entró en él con disfraz tan seductivo, que fué su víctima ántes de tener tiempo de pensar ó razonar sobre su culpabilidad. La extraña belleza de la muchacha fué una revelacion para el hombre que jamás había visto ni imaginado bellezas de otro orden que la fresca gracia de las mejillas encarnadas en las muchachas del campo; y la intrepidez de aquel carácter fascinó una inteligencia inconscientemente imaginativa, con educacion y gustos, aunque no desarrollados, superiores á la clase á que Domingo Daly pertenecía. La muchacha se apercibió de su conquista y le produjo gran regocijo. Sabía que Daly era casado, pero consideraba de muy poca monta tal barrera. Su mujer se estaba muriendo; lo sabía por Sam Sullivan, el mancebo del doctor. Daly le había dicho cuanto había, en el caso, y Sam había recetado para la enferma con todo el férvido celo y presuncion de la ignorancia. Era cuestion de muy poco tiempo. Así acallaba Catalina Farrell los pocos y débiles clamores de una

conciencia que nunca habia sido extremadamente susceptible (habia tenido una instruccion religiosa menor que la que es frecuente en Irlanda) y se entregó á la apasionada aficion que Daly le inspiró, con una falta de precaucion que fatalmente hubiera concluido en una catástrofe, si Daly no hubiese sido llamado fuera de Athboyle por una especie de buena fortuna. Sus servicios durante los malos tiempos habian llegado á noticia de algunos caballeros del vecino condado, y le fué, por la influencia de algunos de ellos, ofrecido el empleo respetable y decentemente pagado de dependiente de la *Union* de Narraghmore. A la hora de la separacion llegaron Domingo y Catalina á una completa inteligencia, y él juró con la solemnidad posible dedicarla su vida en adelante.

—Cuando sea yo un hombre libre, me casaré contigo, así Dios me ayude—fueron las palabras de la promesa de Daly, expresadas con la más decidida intencion.—Sé tan fiel para mí como yo lo seré para tí.

—¿Hasta qué punto me serás fiel? Hay lindas muchachas en Narraghmore, y ausencias causan olvidos, suele decirse.

—Suele decirse mal. No hay más cara de mujer en todo el mundo que atraiga mis miradas que la tuya, y demasiado lo sabes tú. Tal vez, adorada mia, si tuviese más derecho á tu amor, si pudiese poner á tu disposicion una conciencia tan limpia como ardiente es mi corazon, tendrías motivo para no estar tan segura y cierta de mí; pero te has apoderado de mi alma, muchacha; mi alma es presa tuya.

La estrechó entre sus brazos, con una agonía de pesar y remordimiento, y si en aquel momento se hubiera atrevido él á orar, hubiese pedido á Dios no verla más hasta ser hombre libre; en esta disposicion la abandonó. Ella se complacia en el pesar que él manifestaba por la separacion, pero se encolerizaba por su remordimiento. Comprendia que era hijo de la debilidad, y á Catalina Farrell todo lo débil le disgustaba. Pasaba el tiempo; la vida era triste desde la partida de Daly, y tenia noticias suyas muy de tarde en tarde. Una correspondencia constante, además de ser cosa exótica para las costumbres de la gente de su clase, hubiera provocado una atencion poco conveniente, y Catalina tenia un incómodo espía

en el lugar, en la persona de su admirador y esclavo, Sam Sullivan. De las pocas cartas que recibió, dedujo Catalina que Domingo Daly estaba ocupando su puesto á satisfaccion propia y de sus jefes, y que llevaba la ausencia mejor de lo que ella se habia figurado, aunque tan enamorado y dedicado á ella como siempre. Echó de ménos en su vida la excitacion á que se habia acostumbrado; vivia para el sentimiento, pero suspiraba por verle, por apreciar el dominio que sobre él tenia, por gozar de sus palabras, miradas y caricias. Él escribía vagamente, apenas mencionaba nunca á su mujer, y Catalina necesitaba saber todo lo que hubiera sobre su esposa, para poder pesar y medir todas las probabilidades y la duracion posible de su horrible esperar. Hubiera escuchado con vehemencia todos los detalles del estado de sufrimiento de la pobre mujer, como con vehemencia leía todo lo relativo á epilepsia que podia encontrar en los libros de medicina que el inocente Sam le prestaba para que los leyera.

Al fin descubrió Catalina Farrell una oportunidad de escapar del tédio de su vida en Athboyle; una oportunidad tan inesperada é improbable que parecia casi milagrosa. Apareció en los diarios del condado un anuncio del Consejo directivo de la *Union* de Narraghmore, manifestando que el puesto de maestra de niñas estaba vacante y describiendo los requisitos exigidos á las que lo solicitaran. De qué modo aprovechó esta oportunidad Catalina Farrell ya se ha dicho.

Su pronta percepcion le hizo ver claro que era de la mayor importancia que nadie en Narraghmore pudiera sospechar la existencia de un conocimiento anterior entre ella y Domingo Daly, y sin indicar la naturaleza de su propósito, le escribió estas palabras:

—Pronto me verás, cuando y donde ménos lo esperas. No dejes ver ni por palabra, ni por miradas que nos hemos encontrado ya antes en el mundo.

El experimento fué coronado por el buen éxito, y Catalina Farrell salió de él victoriosa. Habia dejado su anterior colocacion, quedando bien con sus principales, y su presente estado le aseguraba la sociedad de su amante con circunstancias que harian natural que se encontraran frecuentemente.

La escena de sus ocupaciones diarias estaba en la vecindad de la de las de él, y con las precauciones ordinarias podían haber estado en salvo. Con una regular paciencia tal vez pudieron haber sido felices; pero Catalina Farrell no sabía lo que era paciencia, y ansiaba, en Narraghmore como en Athboyle, por la muerte de su rival. Sí; había ya retorcido la verdad en su pervertida mente de tal modo, que llamaba en sus pensamientos su rival á la mujer de su amante, á la mujer á quien ella había perjudicado, aunque la pobre lo ignoraba.

.....

Hacia en este día algunas semanas que Domingo Daly no había visto á su esposa. Sufrió mucho durante todo este tiempo. Su sentimiento y su conciencia estaban en una lucha que se hacía más insoportable cada día; una lucha que le destrozaba y le arrojaba entre los combatientes, que le llenaba de horribles tentaciones de pecar, todavía más que con su impío amor, de pecar en pensamiento, esperanza y deseo. Y hoy la mujer á quien tan locamente amaba, la mujer que, como él había dicho con razón, se había apoderado de su alma, había expresado clara y distintamente esa esperanza y deseo de un modo terrible. Sí; y no era todo lo que le había sucedido hoy, había una persona á quien Daly y Catalina no habían engañado, y cuya sospecha había adivinado Catalina con la perspicacia en que excedía con mucho á su amante. Cuando dijo «el padre Juan sospecha de nosotros dos,» había tocado la cuerda del mayor peligro que había en la senda de sus criminales relaciones amorosas.

El Reverendo Juan O'Connor era el párroco del pueblo de Narraghmore y pertenecía al antiguo tipo de autoridad. Era un hombre severo por temperamento, recto en sus medios é intransigente en sus principios. No entraban en el padre Juan sutiles distinciones respecto á los límites de la autoridad espiritual. La moral de su grey era claramente asunto de su competencia y tenía un buen ojo para la oveja negra ó para el tunante. Trabajaba mucho y hacía á sus feligreses trabajar mucho, y una de sus ideas era que los muy pobres estaban más especialmente á su cargo, de modo que el Hospicio entraba por mucho dentro de su especial inspección, y aquellos

hospicianos *que le pertenecian*, así solia decirlo, los más— aunque en la poblacion abundaban los protestantes,—tenian grandes motivos para agradecerle su celo y poquísimas coyunturas de faltar á sus deberes.

El padre Juan los vigilaba y vigilaba tambien á los empleados, y al momento, y con claridad, manifestó que no estaba extraordinariamente complacido con la eleccion de maestra hecha por el Consejo directivo.

Nada habia que decir sobre sus recomendaciones ni sobre su enseñanza, ni sobre su modo de portarse en general; pero el padre Juan descubrió muy pronto que descuidaba sus deberes y que era muy aficionada á la sociedad de Domingo Daly, hombre casado, y lo que era peor, casado con una mujer inválida y que vivia fuera. Su educacion era sin duda superior á la exigida y escribia con muy buena letra; pero, á pesar de todo eso, el padre Juan hubiera estado más satisfecho con algo ménos en esos respectos. Catalina Farrell no era de la clase de maestra que él queria para *sus* pobres niños. Daly era una buena persona; se habia conducido perfectamente bien en el hambre y en la epidemia; pero no era demasiado fuerte de corazon, y aquella mujer causaria fácilmente su ruina, si se le antojaba. De cualquier modo, no iban las cosas como Dios manda, y serian indispensablemente escándalo de aquellos á quienes debia proteger el padre Juan contra el escándalo.

El padre Juan era un hombre honrado y recto, además de ser un sacerdote convencido de su autoridad, á quien jamás inquietaba la menor nocion de tenuidad con respecto á sujetar á cualquier miembro de su rebaño en un punto incluido en su repertorio de fé ó moral: y así se resolvió á sujetar á Daly en la primera oportunidad, y á que tuviera un fin todo lo que él desaprobaba en el asunto ó, en caso contrario, á ponerlo en seguida en conocimiento del Consejo directivo y procurar que se despidiera á Miss Farrell. Aunque Catalina estaba léjos de sospechar toda la extension de la mala disposicion del padre Juan contra ella, vió, con un gran sobresalto de corazon, poco comun en su valiente naturaleza, á Daly evidentemente llamado á una entrevista por el cura, en vez

de pasar de largo con un simple saludo. La exactitud de su prevision fué hecha patente cuando Daly le dijo, la primera vez que volvieron á encontrarse:

—Nada pude con él, querida: no hay medio de engañar al padre Juan. Conoce á los hombres y á las mujeres demasiado bien; ha leído en mí como en un libro, y no ha querido hacerse cargo de nada que no sea que tú salgas para siempre de aquí ó que yo me vaya.

Catalina recibió esta decision de su amante con marcado disgusto. Todo conspiraba en contra suya. ¡Y pensar cuán fácil seria que todo se tornara en su favor! Únicamente se interponia entre ella y su felicidad, la miserable existencia de una epiléptica; una existencia que era una carga para la que la arrastraba y una calamidad para otros. Con solo morir la esposa de Daly, todo estaria arreglado; habria solamente que esperar por decencia algun tiempo, muy poco por las circunstancias del caso, y podrian tranquilizar los escrúpulos del padre Juan mientras tanto, declarando abiertamente un compromiso. Ganar tiempo era ahora un objeto importante. El padre Juan difícilmente la obligaria á dejar un empleo hasta que hubiera podido obtener otro, y esto no podia hacerse tan pronto. Un recurso ingenioso se presentó al perspicaz talento de Catalina; podia conciliarse al cura confesándole sus dificultades y pidiéndole que buscara un sitio de refugio para ella. Lo puso en práctica con buen resultado. El padre Juan recibió su confianza con simpatía, dióle consejo respecto á su conducta presente, y prometió sacarla del apuro lo más pronto y lo mejor que pudiera; pero la oportunidad tardó en presentarse, como Catalina esperaba que sucederia. Transcurrieron las semanas y nada ocurrió digno de nota, excepto que Miss Farrell tuvo una pequeña vacacion que aprovechó para hacer una visita á sus anteriores amos. De este modo la primavera se hizo verano en Narraghmore.



## CAPITULO III.

## EL MEDICAMENTO DE DOMINGO.

El dependiente de la *Union* vivia en una callejuela tranquila que nacia en la calle principal de Narraghmore. Sus habitaciones estaban en el segundo piso; el principal era usado como librería y tienda de efectos de escritorio por un individuo llamado Grange que no tenia giro ruidoso ni mucho ménos, y cuyo carácter estaba muy agriado por la introduccion del sistema de alquilar libros por suscripcion, que por necesidad habia tambien adoptado. Habia cedido, pero en un grado tan restringido como le era posible, y la parte de su librería dedicada para los suscritores á lectura estaba perfectamente calculada para chasquearlos no poco. Tenia, sin embargo, sus atractivos hasta cierto punto como centro de conversacion; se encontraban las unas con las otras al lado del mostrador de libros, mujeres que en ninguna otra parte tenian ocasion de verse, y esto proporcionaba una ligera pero placentera interrupcion á la mortal tristeza de la vida femenil en un sitio que tenia bastantes recursos para los hombres; pero que, como casi todos los pueblos de Irlanda, nada podia dar á las mujeres fuera de las visitas á la iglesia de la devocion de cada una.

Estaba Domingo Daly ocupado escribiendo en su gabinete un dia de los últimos de Mayo; tenia su mesa encumbrada de papeles oficiales, y ponía al dia algunos asuntos atrasados. Aparecia cansado y disgustado, y una vez ó dos dejó de escribir, sacó una carta del bolsillo del pecho, la leyó y la volvió á colocar en su sitio. Al fin dejó á un lado los papeles oficiales y dijo casi en voz alta:

—Habrá tiempo de enviarla esta noche.

Esta *la* era una carta. Empezó á escribirla despacio, pensando mucho, dejando la pluma con frecuencia y apoyando la cabeza en las manos; miraba con fijeza á las palabras ya escritas, pero como si sus pensamientos estuvieran muy alejados de ellas. De pronto sacó de la parte inferior de su escri-

torio un paquetito hecho con papel blanco, con la pulcritud con que hubiera podido liarlo un boticario, pero sin rótulo ninguno, y lo envolvió en la cuartilla en que, despues de tanto pensar, habia escrito solamente unos pocos renglones. A punto estaba de colocar el todo en un sobre, cuando un golpe dado á la puerta le interrumpió. Se detuvo y dijo *adelante*. La visita era la de Catalina Farrell.

—¡Catalina!—exclamó él levantándose, mientras que se ponía encarnado, con visible entorpecimiento en sus maneras.

—La misma—dijo ella;—vengo á buscarte. Hay enfermos en casa de los Bellews y no tengo que ir allí. No parece que me necesitaras mucho.

—Sabes que siempre te necesito; solo que.....

—Solo que te asustan las lenguas de la gente del pueblo. No te ocupes de eso; déjalas charlar. Voy á marcharme la semana que viene. Me he escurrido por la tienda de abajo y nadie me ha visto. ¿Estás listo? ¿Puedes salir?

No se habia sentado, ni él tampoco. Estaba ella mirando á todas partes con la curiosidad que experimenta siempre una mujer por todo lo que rodea y pertenece al hombre á quien ama.

—Puedo dentro de un minuto ó dos. Necesito acabar una carta.

Otro golpe en la puerta. Un hombre que deseaba hablar con Mr. Daly.

—No puede entrar aquí—dijo Daly precipitadamente á Catalina;—estaré de vuelta dentro de pocos minutos.

Sola en el cuarto de su amante, cayeron los ojos de Catalina en su escritorio. El papel envuelto en la carta que acababa de escribir estaba allí, y al lado un sobre en el cual decia: *A la señora de Daly*.

El rostro de Catalina se amórató al leer el sobrescrito.

—*A la señora de Daly*—murmuró.—¡Ah! así me llamarán á mí algun dia. ¿Cuándo, cuándo? ¡Cuánta gente hay en el mundo que de nada sirve, ni para sí, ni para los otros, sino de obstáculos en su camino! Me gustaria ver lo que se le ocurre decirla.

Despues de un momento de vacilacion, Catalina sacó el

paquete del papel y tomando asiento en la silla que Daly habia ocupado, leyó la carta de su amante á la enferma y paciente esposa: la leyó con ojos ansiosos y boca cerrada y desapareció gradualmente todo color de sus mejillas. Despues se quedó, arrojando el papel léjos de ella, perfectamente inmóvil y blanca. No se oian pasos en las escaleras: Daly se habia detenido más de lo que creia; se levantó ella, abrió la puerta, miró al pasillo y por las escaleras: todo estaba tranquilo y volvió á su asiento.

Cinco minutos despues, volvió Daly y salieron juntos atravesando ámbos por la tienda. Daly echó su carta al buzón del correo cuando pasaron por delante, en direccion al oscuro camino que conducia á la orilla del canal. Este iba á ser casi su último paseo, y el saberlo así, si le producía dolor, era al mismo tiempo un consuelo para Domingo Daly. La solicitud que Catalina no sentía por sí misma, la sentía él por ella: y él se atemorizaba instintivamente de la negligencia que la caracterizaba, mientras que comprendía en extremo cuán entera y apasionadamente le amaba. El padre Juan O'Connor habia cumplido su palabra; habia obtenido otra colocacion para Miss Farrell, á mayor distancia de Narraghmore que Athboyle, y tenia que partir en toda la semana. Y no era demasiado pronto, porque aunque las señoras que visitaban la escuela y protegian á la hermosa y dispuesta jóven maestra nada sabian del asunto, la opinion pública entre las gentes de su clase no era favorable á Catalina Farrell.

Este momento era casi el de despedida y los espíritus de ámbos estaban abatidos. Esta vez fué Daly quien habló del porvenir y trató de la felicidad que debian encontrar en él; y fué Catalina quien pareció poco inclinada á seguir la conversacion. Habia sabido por la señora Cronin, le dijo Daly, que su mujer estaba considerablemente peor y muy irritable y difícil de manejar, insistiendo en que habia medios de curacion si hubiera alguno que se molestara en buscarlos y traérselos, y acerbamente incomodada con Domingo por no haber éste atendido á su última peticion sobre el asunto.

—Nada me ha sido posible hacer, que yo no haya hecho— dijo Daly;—pero la señora Cronin me pedia tanto que la en-

viase alguna cosa nueva para aquietarla solamente, que la he enviado unos polvos, que no tienen más que soda y que no pueden hacer daño alguno; no pueden hacerle ni daño ni provecho.

Nada dijo Catalina de la satisfaccion que esta relacion de la mujer de Daly debia haberle inspirado; únicamente se inclinó muy unida y cargándose sobre su brazo, y cierta sonrisa atravesó su descolorido rostro. El corazon del hombre estaba inundado de diversos sentimientos y les daba expresion con más facilidad de la acostumbrada, porque Daly no era en general expedito para hablar; pero la imaginacion de la mujer estaba al parecer concentrada en la separacion próxima y ocupada con una intensidad de cólera contra el cura *que la habia derrotado*, así lo dijo entre dientes, en voz baja y con fiereza. Hasta que Daly estuvo á punto de dejarla no rompió Catalina en uno de esos arrebatos de apasionada ternura que irradiaba su belleza y la hacia superior á la humana á los ojos de su amante.

—No me olvidarás ni por un momento, cuando me haya ido—dijo ella—te acordarás de mí siempre, y se te harán siglos los minutos que estés lejos de mí; pero no será larga la ausencia, no será larga.

—No, querida, tengo el presentimiento de que no ha de ser larga.

Cuatro dias despues una escena de extraordinaria excitacion podia presenciarse en las inmediaciones de la tienda de Grange, excitacion que se hacia más fuerte, y que se apoderaba de mayor número de personas conforme iban transcurriendo las horas del dia. Se formaron grupos en las esquinas de las calles y habia un gentío al rededor del tribunal, donde estaban celebrando un juicio dos de los magistrados locales. Podia verse á Mr. Bellew el presidente y á otro miembro del Consejo directivo, abrirse paso entre la multitud y entrar en el tribunal con rostros intranquilos y ansiosos. Decian las gentes que Domingo Daly estaba allí dentro con el horrible peso de un hombre acusado de un crimen capital. ¿De qué naturaleza? La gente no parecia muy conforme sobre este punto; de aquí

la afluencia á la casa de Grange. Lo cierto en el asunto era que dos de los alguaciles del condado habian llegado á Narraghamore aquel dia muy temprano y despues de una entrevista con el magistrado que funcionaba, habian procedido á prender á Domingo Daly en su alojamiento, y que muy poco despues y de un modo algo inexplicable, la horrorosa palabra *asesinato* fué divulgada por todas partes.

Poco á poco llegó á entenderse que la acusacion contra el popular dependiente de la *Union*, respetado generalmente, envolvía el más negro y alevoso de los crímenes. Su mujer era la víctima, la esposa inválida mucho más vieja que él, que vivía separada de él, en el distrito montañoso muy al Norte, y atacada de epilepsia, circunstancia que habia librado á Daly de los reproches en que á no ser así hubiese incurrido en Irlanda, un cuarto de siglo hace, por vivir separado de su mujer. ¿Podía ser verdad? ¿Cómo decían que lo habia hecho? Toda la ciudad le habia visto repetidísimas veces durante los últimos tres dias; ¿cómo, pues, podía ser tan terrible cosa? Se daba una version del crimen que lo hacia, si bien posible, aun más alevoso, horrible y á sangre fria, version que hacia exclamar á las mujeres congregadas al lado de la librería de Grange, con toda variedad de epitetos, que nadie hubiera podido sospechar nunca tal cosa de Domingo Daly. Esta version decia que habia enviado el veneno causante de la muerte de su mujer en una carta amable y hasta afectuosa. Hacia mucho tiempo que tal tema no se presentaba á los traficantes de noticias en Narraghamore.

Era de notar que la opinion pública, ó más bien el sentimiento público, porque allí habia poca materia dispuesta para lo primero, estaba mucho más en favor de Daly entre las clases superiores que entre las más bajas del pueblo. Las primeras estaban inclinadas á aclarar la sospecha contra él de tal crimen con desden impaciente: las últimas dudaban y estaban muy unánimes en escudriñar un motivo posible, sobre el que las otras nada sabian, pero que podía *haberle puesto fuera de sí*, aun hasta la horrorosa extension del asesinato. Un murmullo de este género camina con mucha ligereza, y al dia siguiente, donde quiera que se referia esta historia, el

nombre de Catalina Farrell se enlazaba con el de Domingo Daly en ominosa union, especialmente por las mujeres, que estaban bastante propensas, y no carecia de buen sentido esta propension, á declarar que *si él lo habia hecho*, ella le habia inducido y arrastrado á ello. ¿No sabia todo el mundo que siempre andaba detrás de él? ¿Era algun secreto que al padre Juan no le gustaba el aspecto de aquello y que tenia la vista fija siempre en los dos durante mucho tiempo? ¿Quién sino él habia sacado fuera á Miss Farrell para un puesto tranquilo y fácil sin producir escándalo? Todo esto y mucho más de parecida importancia modificaba la incredulidad con que se acogió la historia en Narraghmore.

Ese cuento, horrible como era, tenia una recta simplicidad y fué narrado en la causa por la señora Cronin, la amiga y parienta de la difunta, con una claridad sencilla que decia terriblemente en contra de Domingo Daly.

La señora de Daly habia estado por algun tiempo sujeta á ataques epilépticos muy graves, en los cuales habia sido asistida del modo ordinario por el doctor del distrito de Kilkevin. Habia vivido mucho tiempo separada de su marido, con propio asentimiento; pero de cuando en cuando la visitaba. Siempre que lo hacia, se conducia admirablemente para con ella, y ella indudablemente le estaba muy afecta. En respuesta á una pregunta del *coroner* (1) dijo la señora Cronin que la Daly habia exigido repetidamente á su marido que buscara *curaciones* para ella, y apretada en este punto, añadió que era costumbre en la difunta apelar de igual modo á todos, y probar todos los remedios que se le indicaban, algunos de ellos los más necios y supersticiosos, y que por permitir hacerlo así habia sido censurada la misma señora Cronin por el doctor, de modo que últimamente la señora Daly habia intentado ocultar que estaba probando medicinas nuevas. Esto no se aplicaba, sin embargo, á los remedios enviados por Mr. Daly en anteriores ocasiones, ni á la medicina que su marido le habia incluido en su última carta á la difunta. Todos estos

---

(1) Oficial de justicia en Inglaterra, que tiene la comision de averiguar si un cuerpo que se halla muerto lo fué de muerte natural ó violenta.

habian pasado por las manos de la señora Cronin y por ella habian sido administrados sin tener ninguna duda respecto á las medicinas que Mr. Daly enviaba, aunque al hacerlo así obrara contra las instrucciones del doctor, porque él era un hombre muy respetable. Con una precision fatal se atribuyó la muerte de la señora Daly á los efectos del medicamento que habia venido en la última carta de su marido.

—Tomó muchos ánimos—dijo la señora Cronin—cuando recibió la carta. No me ha olvidado, decia, ni me ha desahuciado como el doctor Todd, que siempre me da el mismo medicamento. Dáte prisa, querida Sally, y prepárame un vaso de la medicina de Domingo. Me dice que puedo tomarla por la mañana y por la noche, y, con la bendicion de Dios, voy á empezar en este mismo instante. Mezclé el medicamento en un vaso de agua; eran unos polvos blancos, y puse una cucharada grande de ellos, porque la pobre mujer pensaba que le faltaba tiempo para tomarlo, y que todo era poco y era difícil de disolver; al fin se lo bebió todo con la mayor alegría, y entónces me dijo: Me voy á echar un rato ántes de contestar á su carta: ¿no te decia yo que cuando lo buscara sériamente encontraria Domingo un remedio para mí?

Estas fueron literalmente sus últimas palabras. Poco tiempo despues de tragar la primera dosis del medicamento se vió acometida de tales síntomas, que obligaron á la señora Cronin á llamar al doctor Todd, quien inmediatamente descubrió todos los caractéres del envenenamiento por arsénico. Su declaracion y la de la señora Cronin fueron completas y concluyentes, y el exámen *post mortem* confirmaria indudablemente la opinion del doctor. La infortunada mujer habia sido brevemente aliviada de sus sufrimientos, y la primera pregunta del doctor habia suscitado tales circunstancias sospechosas contra su marido, que habia dado inmediatamente parte á la policia, la cual pidió al juez la órden para prender á Daly.

La causa quedó aplazada por algunos dias, y mucho decia en favor del acusado que habia, á aquella distancia del sitio de su domicilio, un conocimiento general de su buena reputacion, un sentimiento general de que habia sido buen amigo

de los pobres, y que por lo tanto no debían concebirse sospechas de él. Pero no había ligereza en las sospechas que envolvían como negra nube á Domingo Daly, y por las que justamente fué preso cuando fueron manifestados la última carta que él había escrito á su esposa y el resto de los polvos que, según juramento de la señora Cronin, habían sido enviados en la carta, cuyos polvos analizados contenían arsénico.

La evidencia que se presentó al comenzar las investigaciones, después del análisis de los pobres restos de la víctima, se hizo todavía más impresionable por haber estallado un incendio en el laboratorio en que el terrible procedimiento de exámen químico se hacía, y casi todos sus contenidos habían sido destruidos. Pero los tristes fragmentos mortales que habían de revelar un crimen y conducir á un criminal á la retributiva justicia, fueron salvados por un espantoso accidente. Un bombero arrojó por una ventana del laboratorio en llamas una jarra sellada; cayó sin romperse sobre el césped, y allí se encontraron, entre las ruinas de dos costosos edificios consumidos por el fuego, sin que nadie pudiera saber cómo, y sirvieron para aclarar por completo el secreto que contenían.

El jurado del *coroner* dió un veredicto de *homicidio premeditado*, contra Domingo Daly; rápidamente se llenaron las formalidades consiguientes, y el acusado fué enviado á la cárcel de Postmurrough, cabeza del condado, para que se viera su causa en la época de reunirse el tribunal en el dicho condado por el verano.

El Irlanda el asesinato doméstico es una rareza. Un turista, no dotado de tacto, empezó á comentar, en una comida en Dublin con la dueña de la casa, sobre la criminalidad del país, el cual había atravesado en seguridad perfecta, y la frecuencia del homicidio.

—Sí, le contestó la señora. «Me atrevo á decir que extraña á los ingleses, porque hay una gran diferencia. Los asesinos irlandeses matan á sus enemigos; los asesinos ingleses matan á sus mujeres é hijos, á sus queridas y amigos.» Tenía mucha razón en general, y además, de todos los medios de



asesinar, es el envenenamiento el más raro en Irlanda. El caso presente combinaba todos los elementos de rareza y la excitación popular había llegado al más alto grado.

¿Dónde estaba Catalina Farrell? Nadie sabía. Había salido de Narraghmore, antes del día memorable en que se supo la muerte de la señora Daly. Mr. Bellew hizo inmediatamente pesquisas; pero averiguó solamente que había estado en casa de Mangan en Athboyle, cuando las noticias del crimen y las primeras diligencias sumarias fueron conocidas en aquella vecindad, causando casi tanta excitación allí, donde Daly era muy conocido y recordado, como en el mismo Narraghmore. Después los había dejado, Mr. Mangan escribía á Mr. Bellew; *desapareció*, era su expresión, sin duda porque veía que ellos habían de saber lo que después supieron; pero no necesitaba haberse ido por eso; no eran ellos gente capaz de volverse contra una pobre muchacha á quien habían conocido por tanto tiempo, porque malas lenguas trajeran y llevaran su nombre en un asunto feo, que después de todo podría resultar no ser verdad. Sin duda sabrían de ella pronto y entonces se lo comunicarían á Mr. Bellew.

De este modo se manifestó la alegre naturaleza de Tom Mangan en las circunstancias adversas.

—El diablo me lleve si hay en todo eso ni un átomo de veneno, Sam—decía él en confianza á su mancebo;—solo que ahora están inventando novelas, y tanto harán que llevarán á Daly al cadalso á fuerza de ciencia. ¿No hemos visto aquí en la botica y en todas partes á algunos quedarse en un ataque tan tiesos como el que más se haya quedado por otra causa? Pero Sam Sullivan tenía sus razones para creer que se trataba de un mal negocio, y los plenos resultados de la investigación fueron demasiado claros, aun para la determinación de Tom Mangan de tomar el partido más favorable en todo.

Mientras que Daly estaba preso durante la causa, no salía de sus habitaciones; pero recibió en ellas una visita de Mister Bellew, quien le encontró ocupado en arreglar y destruir papeles particulares. Estaba completamente en calma; pero parecía enfermo y profundamente apenado, y sus ma-

neras tenían una singular falta de esperanza que impresionaba extrañamente á sus amigos.

La cárcel del condado en Portmurrrough era una prision del buen estilo antiguo, tan fea por fuera como triste y severa por dentro. Domingo Daly era un prisionero rarísimo, se decían los carceleros entre sí, aunque estaban acostumbrados á una variedad grande, y no debía esperarse que sintieran mucho interés en los ejemplares de criminalidad, con los cuales tenían que habérselas en sus cotidianas funciones. Estaba singularmente absorto, y no exhibía nada de la intranquilidad y curiosidad que caracterizan generalmente á los prisioneros ántes del juicio y en todos casos. «Como un hombre atontado», le describía uno, «como si estuviera tan fijo en una cosa que no viera ninguna otra,» decía otro, y era por todos admitido generalmente que *lo tomaba* con más calma que todos los que recordaban en los anales de la prision. Daly no carecía de amigos; Mr. Bellew, como ya se ha dicho, dió pasos activos para su defensa, y el padre Juan O'Conno le escribió diciendo que iría á verle en cierto día. Daly tuvo una larga entrevista con el procurador, cuyos servicios había buscado Mr. Bellew, y con este; pero en contestacion á la carta del padre Juan escribió muy respetuosamente rehusando verle. Cuando se supo esto en Narraghmore, las clases acomodadas, que estaban de parte de Daly, comprendieron que era una mala señal; las hizo vacilar: y las clases inferiores vieron una confirmacion de su creencia en la culpabilidad y en el motivo.

—Es natural que no quiera ver al padre Juan—dijeron.—  
¿Para qué había de verle? Su reverencia es demasiado hábil para él, y si le hubiera hecho más caso, otro gallo le cantara y no estaría donde está.

Domingo Daly había estado una semana en la cárcel de Portmurrrough, y con la excepcion de Mr. Bellew y el procurador Mr. Cormac, nadie le había visitado. Gozaba los privilegios ó los derechos de un prisionero no juzgado: se le dieron libros y útiles de escribir, y se le concedió verse con los amigos que se presentaran sin la presencia de empleados. Pero Daly ni leyó ni escribió. Su carta al padre Juan O'Con-

nor fué la única que dirigió á sus amigos; y cuando Mr. Bellew salió, repitió más de una vez que nada absolutamente más tenia que decir que lo que habia dicho en aquella única entrevista. Los libros yacian sin abrir en la mesa de tablas, pintadas de negro, que habia debajo de la alta ventana con reja de su calabozo. Sentado se pasaba las horas, profundamente tranquilo, entrelazadas sus manos, baja su cabeza y fijos en el suelo sus ojos; despues se levantaba y daba paseos en los estrechos límites que le separaban del mundo exterior, tambien por horas, no de una manera desordenada ó con parasismos, sino mecánicamente, como si sus miembros obedecieran á un impulso dado sin pensamiento ni propósito. Raramente hablaba en voz alta ó daba salida á signo externo de emocion; pero algunas veces, á las altas horas de la noche, se revolvia intranquilamente en su estrecha cama, y emitia aquel terrible sonido que es peor de oír que la más salvaje expresion de desesperacion en la mujer, el gemido bajo y prolongado en que encuentra forma la angustia del corazon de un hombre.

Un dia, despues de haber andado de aquí para allá hasta cansarse, se sentó Daly á la mesa y empezó á escribir, murmurando en voz baja al hacerlo:

—¿Podré recordar exactamente las palabras? ¿Estoy completamente seguro de ellas? ¿Completamente cierto de que no hay rehendija por donde escapar ó por donde sospechar? No pensaba mucho en lo que estaba haciendo cuando la escribí, y sin embargo, parece representármese con bastante claridad ahora.

En seguida escribió:

«Estoy triste por las noticias que me comunicabas en tu carta y por las que tengo de la señora Cronin. ¿Has tenido realmente cuidado con el doctor? Debes recordar que el remedio que conseguí para tí en Athboyle nada tenia que hacer con lo que el doctor te da, y necesitas continuar como si no lo tomaras. Tal vez, pues dices que no te ha hecho ningun bien, seria lo mejor que lo tiraras de una vez y probaras con los polvos que te envió en esta. Es un medicamento enteramente nuevo y tengo esperanzas de que surtirá buenos efec-

tos. Pero de nada sirve hablar de él á nadie; se reirian de tí porque pides medicinas á las gentes, teniendo un doctor para asistirte regularmente. Así, pues, pon los polvos en un vasito de agua fria y toma una cucharada cuando te sientas mala y nada digas de esto á nadie. Sobre todo ten especial cuidado en que no los descubra el Dr. Dunne, porque se incomodaria mucho contigo de que necesitaras otras medicinas que las tuyas, y conmigo por intervenir en ello. No lo olvides, María; seria enojoso para mí que se descubriera que yo te enviaba este remedio, y tal vez no querria asistirte más el doctor Dunne si descubriese que tú misma te recetabas, porque no hay médico á quien le gusten tales cosas. La señora Cronin tampoco debe decir nada á nadie, porque ella entraria tambien en el berengenal con nosotros.»

—No pienso que haya quitado ni añadido palabra—meditó Daly.—Aquí está todo lo que decia; ¿y qué más podia decir? No le habia hecho ninguna advertencia ántes; nunca la dije que ocultara de persona alguna ninguno de los medicamentos, ni aun los reales y efectivos que Sam preparó. Si nunca hizo de ellos mencion al doctor fué porque era bastante discreta para no hacerlo. Tenia buen sentido para todo, menos para una cosa: el empeño de que era su enfermedad curable. Es la única advertencia, y la señora Cronin puede jurarlo, que le hice jamás. Parece más llano y más fácil aquí en negro y blanco que ha parecido todo el tiempo en mi pobre espíritu; es un consuelo verlo ahí. No hay manera de sospechar ni de dudar.

Dejó caer sobre la mesa los brazos é inclinó su cabeza sobre ellos.

—¿Cómo, cómo, cómo?—murmuró, y despues de una pausa:

—¡Dios quiera que nunca lo sepa!

Quedó todo en silencio y conservó la misma actitud sin moverse. Fuertes pisadas sonaron en el colgadizo de fuera; pero Domingo Daly no prestó atención á ellas hasta que la llave rechinó en la cerradura de la puerta de su cuarto, á cuyo ruido levantó la vista. El carcelero estaba de pié en los umbrales; á su lado habia una mujer con el velo echado á la cara.

—Una persona que viene á veros con órden del gobernador,—ó frases parecidas llegaron á oídos del prisionero al ponerse de un salto en pié, en un momento. Al instante el empleado de la cárcel habia cerrado y asegurado la puerta por fuera, y él y la que le visitaba quedaron solos. Otro momento más y la mujer se habia arrojado sobre él, no entre sus brazos, porque no hizo él ningun movimiento, sino teniéndole con los suyos estrechamente enlazado, le habia forzado á sentarse otra vez en la silla de que se levantara y estaba arrodillada á su lado, sujetándole todavía con aquel frenético abrazo.

—¡Domingo, Domingo!

—¡Catalina! ¡Cielos! ¡Tú aquí!

Eran casi las mismas palabras que le habia dicho la última vez que llegó por sorpresa á su presencia, pero la voz en que las pronunció era distinta y su rostro el de un espectro. Cambió ella la posición de sus brazos, enlazándolos á sus hombros: oprimióle el rígido pecho con la cara y apretó sus dientes, dando un lamento de miedo.

Ahora tenia él los brazos libres, pero no los movió; no la apartó de él ni la acercó; se sentó perfectamente tranquilo, como si al tocarle le hubiese ella petrificado. Ella tenia el rostro completamente oculto, la frente y los ojos comprimidos contra su áspero gaban, cuyo paño cogió con los dientes para cubrirse con él mientras luchaba con una fuerte agonía convulsiva.

—Aquí estoy, aquí estoy al fin. No pude venir ántes porque en vano conté con mis fuerzas, que me abandonaron; pero ya han vuelto, adorado mio, y aquí estoy. Otra vez soy fuerte; bastante fuerte para lo que tengo que hacer.

De nuevo tiritó y rechinó los dientes y ocultó la cara más todavía contra su rígido pecho. Y seguia él sin moverse, pero cerrando y abriendo los ojos con rapidez, y respirando como uno que está cansado despues de una larga carrera.

—¿Y qué es eso, Catalina?

Miró ella hácia arriba, dejó caer hácia atrás la cabeza, vió su cara distintamente, le soltó y cayó desplomada al suelo, clavando en él horrorizada los ojos. Su rostro estaba desen-

cajado y blanco, sus casi incoloros ojos estaban apagados, pero se veía en ellos una desesperación terrible.

—¿Qué es eso? ¿y me lo preguntas? Decirte la verdad, toda la verdad, y después decírsela *á ellos* y sacarte de aquí.

Retiró él la silla poniéndola fuera del alcance de ella, que seguía hecha un montón en el suelo, y dijo sin mirarla:

—Sé la verdad, no toda, sino lo bastante, lo que necesito saber. Por Dios, nada me digas y véte, véte.

—¡La sabes! ¿qué quieres decir?—Casi le faltó la voz con algún terror, con alguna angustia malsana, más fuerte que la que había hecho pedazos su alma cuando entró en el calabozo.—No puedes saberlo; ¿por qué no me miras, Domingo? ¿por qué no me tocas? ¿por qué no me besas?—Se incorporó hasta arrodillarse, y se arrastró algunas pulgadas hacia él; pero él la detuvo extendiendo su mano.

—No te acerques más á mí—dijo;—tú eres la que has asesinado á mi mujer, dijo esto con un susurro sordo y bajísimo y mirando á la puerta.

—¡Dios mío! ¡Y lo hice por tí!

Después de esto hubo un silencio y los dos se miraban el uno al otro, como dos almas perdidas pueden mirarse. Entonces la mujer empezó á hablar con voz baja y con rapidez; y al hablar volvió á caer en su primera actitud, pero arrancándose el sombrero, asiendo las masas de espeso cabello rojo que habían caído sobre su cuello, y tirando de ellas con furia salvaje.

—Lo hacía por tí. Había estado pensando cómo podría hacerlo, desde aquella noche en que te habló el padre Juan O'Connor, que fué la misma noche en que tú me dijiste que ella quería que le enviaras una medicina nueva. Aquella noche fué cuando me traspasaste el alma; porque tuviste compasión de ella y no querías cansarte de aquella vida inútil para ella y que era obstáculo puesto entre nosotros dos. Y después de aquello, me vejaste más y más amargamente todavía; porque le enviaste medicamentos, y yo pensé que le eran favorables, porque no se ponía peor; y el tiempo iba pasando y el cura nos espiaba á tí y á mí; y entonces se dejó sentir sobre mí la fuerte y pesada mano del cura, quien me

dijo que era menester marchar, salir á un lugar extraño y dejarte despues de todas las penas que me costó venir á donde tú estabas y estar contigo. Tenia que irme, y te era preciso quedarte y no estar á mi lado como en un principio, cuando *aún podia* vivir sin tí, Domingo Daly. Y despues reflexioné cuán poco le aprovechaba su vida, y cuánto nos dañaba, y cuán felizmente podia darle término, solamente con conseguir un medio de enviar yo un medicamento.

—El modo de conseguir el jarope se me ocurrió al momento; tenia únicamente que volver á Athboyle, aunque fuera por poco tiempo, y Sam Sullivan no observaria tan de cerca lo que estaba haciendo en la tienda para que no pudiera yo cojer algo que no la hiciera sufrir mucho, pero que la pusiera fuera de tu camino y del mio.

Escuchaba él, despues de un infructuoso movimiento para detenerla, con una ansiedad fascinada, pero con creciente horror y repugnancia, conforme salian las palabras cada vez más coherentes de sus lábios.

—Juro, puedo jurarlo, aun cuando fuera la última palabra que tuviera que hablar en el mundo, que nunca creí que tuviera que sufrir lo más mínimo. Nada sabia sobre las torturas del veneno. Yo creia que lo que hacia el veneno era sumir en sueño eterno; y cuando me hice con él, por haberse dejado puestas las llaves el doctor Mangan, buscaba yo láudano; pero cuando encontré los polvos, no se me ocurrió otra cosa, sino que seria lo mismo y que de cualquier modo era más fácil enviar polvos. Pero jamás pensé en un medio de enviarlos, y en mi bolsillo los llevé dia tras dia, hasta aquel en que fuí á verte y saliste á hablar con uno y me dejaste en el cuarto precisamente con la carta que acababas de escribir para ella, y la medicina que ibas á enviarle. Leí la carta, y ví la oportunidad.

¿Quién podria saberlo? Ella tomaria los polvos que tú enviabas y algunos de los mios, y se echaria á dormir para siempre, y nos veriamos libres de ella y felices, felices, felices para toda la vida.

Se bamboleó de un lado á otro, tirándose del cabello, y escuchó aterrada.

—Estuviste fuera bastante tiempo y yo preparé los polvos: y cuando salimos, tú pusiste la carta en el correo; y lo primero que supe del caso fué la noticia de su muerte y que tú estabas preso, tú, tan inocente como la luz del día, Domingo, adorado mío. Al principio, casi quedé muerta de terror y desamparo; pero después, vi que algo me quedaba por hacer y lo hice.

Se detuvo y detuvo el mecimiento de su cuerpo. Sus manos colgaban de los hermosos rizos de su rojo cabello. Algo parecido á una sonrisa apareció como un relámpago en su cara.

—Fuí al sitio, al horrible sitio de Kilkevin; estaba cerca de mi nueva escuela y entré en conocimiento con los criados y prendí fuego al laboratorio. Muy cerca anduve de salvarme y de salvarte entónces.

—Calla, calla, por Dios, calla—dijo Daly roncamente;—¿á qué viene eso?

—Muy cerca de salvarme y de salvarte—continuó, como si no hubiese hablado frunciendo el ceño—pero el hado estaba en mi contra y caí entonces mala. No sé nada más hasta hace dos días que me puse bastante bien para venir aquí.

—¿Para qué viniste? ¡ah! ¿para qué viniste?

—¡Me lo pregunta!—dijo ella otra vez—¡me lo pregunta! vine por la misma razón que me movió á hacer todo lo demás que he hecho; porque te amo y porque me es indispensable sacarte de este trance.

¿Estaba loca? ¿Había trastornado su cerebro el crimen? ó más bien, ¿había cometido el crimen porque su cerebro estaba ya trastornado? En su mente, cansada aunque esforzada hasta sufrir el último extremo de la excitación, se hacia Daly á sí mismo estas preguntas. Comprendía la inmensa necesidad de hacerla comprender la verdad entera en lo que se refería á él y á su determinación; se sobrepuso al horror de hablarla, un horror grande, aunque el arruinado resto del antiguo amor culpable flotaba todavía en las agitadas olas de su intranquila mente en el entretanto: tendrían poco tiempo y había mucho que decir.

Se levantó Daly y la levantó del suelo. Cuando su mano la



agarraba por el brazo, ella la besó, instantáneamente, brusca-mente, pero él no se fijó en ello. La colocó en la silla que estaba al lado de la mesa y recogió su sombrero.

—Póntelo—dijo—no has de estar aquí mucho tiempo y ya que estas aquí, hay muchísimo que hablar. Rogué á Dios que no vinieras; pero mis oraciones no es probable que adelanten mucho en el camino del cielo. Rogué para nunca más verte—tartamudeó—por tí y por mí. Te creia en salvo de todo, cuando supe que tú lo hiciste.

—¿Cómo lo supiste?

—Desde el primer momento. Lo supe porque recordaba aquella noche y el sentimiento que se despertó en mí, como voz de alerta, cuando deseabas la muerte de la enferma. Lo supe, porque lo merecia, no como tú lo hiciste, pero que tú lo hubieses hecho, para que el fin fuera el que debia ser.

—Sí, el fin es fácil de ver—dijo ella.—Hubiese llegado más pronto si hubiera yo podido sostenerme en pié y andar ó si hubiesen podido traerme ántes de hoy. Pero tú me perdonarás por esto, ¿verdad? Quería decirte todo, ántes de decirselo á los otros.

—¿Qué otros?

—Los señores, y sacarte de esto. Ya todo concluyó, y parece que hace mucho, mucho tiempo desde que tuve la idea de que podiamos librarnos de ella y que ningun mal te sobrevendria nunca. ¿Cómo habia yo de haber soñado que podia sobrevenirte algo malo, cuando tu propia carta parecia hacerlo seguro?

Su vista cayó sobre la carta que él acababa de copiar de memoria. Estaba allí, al lado de sus manos en aquel momento.

—Parece que ha pasado ya mucho tiempo; todo se ha perdido y ha desaparecido. Fué esto ántes del encuentro, ántes de saber yo que sospechaban de tí y de mí; pero desde entónces, he vuelto á mi juicio por completo, y puedo declararlo todo. Algo puede remediarse todavía.

—Nada puede remediarse—dijo Daly.—Escúchame ahora, porque el tiempo es precioso, y procura con todas tus facultades entender hasta la última palabra de lo que voy á decirte.

—Entiendo, entiendo.—Otra vez empezó á balancearse de un lado á otro y á retorcer sus dedos como si le dolieran.

—Es menester que nada hagas de lo que intentabas. Tú no puedes sacarme de esto ni de lo que ha de venir, sea lo que fuere lo que digas ó hagas. ¡Chiton! no me interrumpas, ¡ni una sola palabra!

La mujer le obedeció; estaba dominada por el poder y por el don de mando que jamás habia visto en él ántes, y era mujer demasiado verdadera para no reconocerlos, con algo como débil y remota admiracion de vez en cuando.

—Es indispensable que te vayas y que te estés léjos; es menester que jamás hagas ni una seña. Todo lo que se pueda hacer en mi defensa se hará; los caballeros están ocupándose en esto. Se luchará por mí; fracasará, pero no por falta en mis amigos. ¡Dios los bendiga y premie! Pero es de todo punto necesario que jamás se vuelva á oír hablar de tí relacionándote conmigo ni en lo más mínimo, ni por ningun estilo.

Le miraba, con un asombro inefable, tranquila ahora.

—¿Hasta la vista de la causa? ¿Eso es lo que quieres decir? Pero si lo digo ántes, no llegará la vista.

—Jamás lo dirás.

En un instante saltó de su silla y corrió hácia la puerta, pero él la agarró y la sujetó, luchando ella fieramente, y tratando de hacer pedazos los pliegues de su chal con los que él le habia tapado la boca.

—Déjame salir, déjame salir—suspiraba ella débilmente—¿he de matarla... y luego á tí?

—Seguramente me matarás, si no me obedeces.

Todavía luchó ella, hasta que él repitió varias veces las últimas palabras; al fin cedió exhausta y murmurando débilmente:

—Continúa, pues, dime lo que debo hacer;—y esto diciendo se desplomó al lado de la mesa, con los brazos extendidos sobre él y la cara oculta. Habló él desde entónces con perfecta compostura.

—Llegará la vista de la causa, y seré defendido. He dicho á los señores que no soy culpable y me creen. Les he dicho la verdad, que no habia más que soda en los polvos que puse

en la carta y que la intencion de esta era impedir que ella averiguara que yo la hacia víctima de un inocente é inofensivo engaño. El doctor le hubiese dicho esto, si ella le hubiese enseñado la medicina que yo enviaba. Mi defensa será la verdad pura y neta, y que el veneno que la mató se mezcló con los inofensivos polvos, de algun modo que yo no puedo explicar. Esa defensa será completamente inútil, porque allí aparecerá la carta, que la interpretarán á su modo y no al mio, y resultará claro el motivo—aquí se detuvo y se estremeció momentáneamente—el motivo, que tan fácilmente puede deducirse en contra de mí.

—Sí, sí—murmuró ella,—habia un motivo, solamente que era mio y no tuyo; era mio como mio fué el crimen.

—No—dijo él con pesar—era nuestro; y yo soy el más culpable. Fué un dia terrible para tí cuando me viste por vez primera.

—Maldito... no, no, bendito sea aquel dia, murmuró la mujer.

—Lo mismo dan ahora maldiciones que bendiciones. Yo ni lo bendigo ni lo maldigo. Todo desapareció para siempre, como el tiempo que se ha ido. El que tenemos ahora es muy corto. Aquella carta, aquí hay una copia de ella bajo tu brazo, y el motivo, lo que se ha hablado sobre tí y sobre mí, lo que se ha dicho sobre que yo podia haberlo evitado si hubiera sido un hombre honrado, y haberte salvado así de todo lo demás, y la evidencia, me colgarán, aun cuando todos los abogados del reino estuvieran de mi parte.

Levantó ella su rostro, y le volvió hácia él, con una máscara de lívido terror que la transformaba por completo. Los pensamientos de él se estrellaban en ella.

—¡Ahorcarte, cuando yo lo hice! ¡Cuando yo les diré que fuí yo!

—No se lo dirás jamás. Esto es lo que tengo que decirte. He sabido desde el principio que tú lo hiciste y no hay vuelta que tú pudieras haber dado á las circunstancias para la que yo no estuviera preparado. ¿Pensaste que venias aquí para confesarme tu crimen, á mí que fuí tu tentador y tu cómplice?

—No, no, amado mio, ¡ah! ¡Domingo, mi amante!

—¿Pensaste, digo, que venias aquí á confesarlo, porque tú y yo estamos derrotados demasiado completamente, y despues á decirlo al mundo para recibir el castigo, dejándome á mí libre? ¿Libre para qué? ¿Llegaste á pensar, en tu mujeril locura, una cosa parecida cuando la locura del asesino te abandonó?

Desden hácia ella, horror hácia ella, piedad tambien, de todo habia en su voz y en su cara, y al mismo tiempo el poder que la obligaba á replicar con la verdad.

—Lo pensé, lo pienso ahora y así será.

—No será así. No dirás esa verdad, y ántes de separarnos por última vez en este mundo me jurarás, á mí, á tu amante, como tú me llamabas, la única promesa que quiero de tí; que nunca lo dirás hasta que tu muerte sea inminente, más aún que lo es para mí el dia de hoy y por muchos más. Me jurarás esto, si no quieres saber que la más negra desesperacion de todas para mí viene de tí, más negra que á la que pueda sentenciarme el magistrado del jurado, aun cuando tuviera diez vidas y me condenarán á perderlas una por una. Escúchame, Catalina—la vehemeneia de su tono se cambió en solemne seriedad;—por Dios vivo, que será nuestro juez, si no me juras lo que te he pedido, ó si despues de hacer el juramento no lo guardas, iré al banquillo diciendo que yo fuí el culpable.

—¿Y de qué servirá que lo digas—balbuceó ella—si yo estoy allí y digo la verdad?

—Es que yo diria que era mentira. ¿Quién creeria tu palabra contra la mia? Yo les diria: aquí hay una muchacha á quien he engañado, una muchacha inocente con buena reputacion y gente respetable que la garantice, y yo, hombre casado, la hice el amor y la tenté y la prometí casarme con ella cuando fuese libre. Y me amó y confió en mí, y ahora quiere morir por mí. ¿Piensas que creerán lo que tú digas cuando desde el banquillo haga yo estas declaraciones, existiendo además la carta y lo que queda de los polvos y todo el testimonio que apoya esto y nada que apoye lo que tu digas, sino el amor por un villano como yo para explicar tu tremenda mentira, y la tradicional creencia de que nada hay en el mundo que una mujer no acometa por su amante, para hacer-

les comprender que lo mio es la verdad? No te quedaria ni una probabilidad. No hay un solo hombre desde Donegal al Cabo Lear que diera crédito á tus palabras ni que pusiera en duda las mias. Así, si lo que quieres es ahorcarme con tanta seguridad como si tú misma corrieras el nudo en mi garganta con tus propias manos.....

—¿Y qué otra cosa he hecho?—dijo ella gimiendo.

—Vé á dar tu declaracion. Al ménos, todo se acabará pronto. No es causa de grandes trabajos el asesino confeso que declara desde el banquillo todo cuanto necesitan saber. De todos modos será el mismo el fin segun creo; pero todavía hay esperanzas para mí en la vista de la causa. Grande ó pequeña, alguna esperanza queda, y Dios está sobre todo.

—¿Quién sabe? acaso tenga piedad de mí. Haz esas declaraciones y destruyes mi última esperanza; eres el ministro de su justicia para mí. De cualquier modo, ya te he dicho lo que haré. Medita bien lo que has de hacer; queda muy poco tiempo; pronto nos interrumpirán.

—Juraré, y seré fiel al juramento.

Se puso en pié temblando, pero su rostro estaba más sosegado, ménos cadavérico, y tomó de la mesa un crucifijo.

—Juro obedecerte en esto; pero... pero esas esperanzas, ¿son esperanzas?

—He dicho que hay esperanzas. No cuento con ellas; no cuentas tú tampoco. Ya no tienes más que ocuparte en esto, ni conmigo. Lo único que tienes que hacer es marcharte, y guardar silencio en todos casos, y... arrepentirte.

Le faltó la voz, y se retiró los ojos de la cara de Catalina, que reia.

—Eso es todo—dijo ella.—En todo caso, ya te salves del castigo de mi acto, ya sufras la consecuencia, yo, yo que lo llevé á cabo, por tí, aunque sea un demonio, por tí y porque no podia vivir sin tí, lo único que tengo que hacer es marcharme, y guardar silencio y arrepentirme. Me es forzoso obedecerte porque eres más fuerte que yo y me has vencido con tu amenaza, porque nunca me detuve á pensar en lo que tú podrias hacer, solamente en lo que yo podia, y ahora conozco que cumplirias tu palabra, y de este modo me has

derrotado. Ya se acabó: ya todo concluyó; pero te diré al ménos lo que yo pensaba en mi miserable espíritu. Era que, despues de haber yo dicho la verdad, cuando tú supieras que mi pícara ignorancia no tenia la más remota idea de que tuviera ella que sufrir una muerte angustiosa, ni la más distante sospecha de que pudiera perjudicarte—horrible nécia, Domingo, miserable nécia—cuando yo iba á entregarme á mi justa sentencia y tú á ser puesto en libertad, fuera de toda sospecha me hubieras dicho que me perdonabas, porque por tí lo habia hecho todo; que me dejarias descansar por un momento más entre tus brazos; que me dirias «te amé en un tiempo.»

Hizo un ligerísimo movimiento como para acercarse á él, que dió un paso hácia atrás. Ella continuó rápidamente:

—Eso ya no puede ser, me has derrotado. Sabes más que yo, y tu ingenuidad hacia inútiles todos mis esfuerzos. El castigo debe caer sobre mí en su peor aspecto. Una vez me dijiste que moririas por mí y yo te creí; pero tú, tú podias vivir para mí todavía; hay esas esperanzas de que hablabas, ya lo sabes. Hay ese único vislumbre de luz en toda esta noche negra y espantosa.

Se acercó un poco más; un resplandor salvaje brilló en sus pupilas; en sus blancas mejillas aparecieron líneas de color carmesí. Sus manos se agitaban como las hojas y su falda se estremecia por el temblor de las rodillas.

—Yo me arrepentiré, yo me arrepentiré, si hay esperanzas para tí, y, y... si tú me das una esperanza para entónces. Domingo, amor mio, adorado mio, yo te amo. ¿Qué sucederá, supuesto que me has vencido y que no puedo morir en tu lugar, si llegas á salvarte?

Cruzó las manos y las extendió hácia él. Una compasion terrible, medio locura, medio memoria, toda angustia, se pintaba en su hermoso y terrible rostro. El retrocedió todavía más, y contestó en estos términos:

—Mujer, si me salvo, mejor quisiera que me ahorcaran dos veces, que verte otra vez la cara.

Dió un agudísimo grito como el de una fiera cogida en la trampa. Inmediatamente sonaron los pasos del carcelero en

las baldosas de fuera. Se lió el chal, bajó el velo, y dijo con los dientes medio cerrados al dar vuelta la llave en la cerradura:

—Jamás me arrepentiré. Jamás me amaste; todo lo pasado es mentira.

El empleado de la cárcel había traído la comida de Daly.

—Estoy lista para salir—dijo Catalina Farrell con perfecta compostura.—Si tuviera Vd. la bondad de acompañarme á la puerta.

Atravesó los umbrales sin proferir ni una sola palabra más, y esperó en la galería hasta que se unió con ella el hombre para acompañarla.

MRS. CASHEL HOEY.

*(La conclusion en el próximo número.)*

## RELÁMPAGOS.

SONETO.

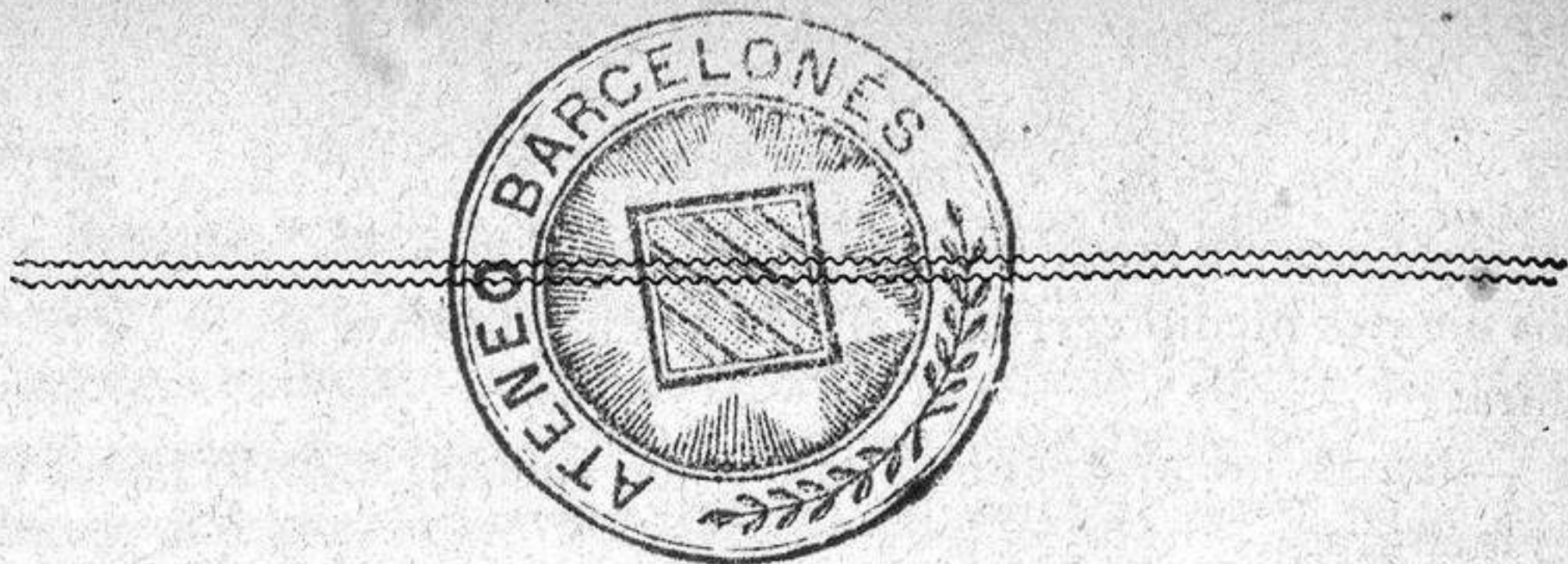
Romper airado la tiniebla oscura,  
Brillar un punto iluminando el cielo,  
Y sumergirse como en mar de hielo  
Del olvido en la inmensa sepultura:

Dibujar en el aire una figura  
Con todos los colores del anhelo,  
Y verla á otra region tender el vuelo,  
O bien fundida en la materia impura.....

¡Todo eso hace el relámpago! Mucho antes  
De afligir ó alegrar con su presencia  
Muere en las sombras que alumbró distantes;

Amor, ventura, fé, gloria, inocencia,  
¿Qué sois, sino relámpagos brillantes  
En la noche sin fin de la existencia?

MANUEL DEL PALACIO.



## LA ARMADA VENECIANA DEL SIGLO XVI.

---

Muchos son los puntos de comparacion y aun de semejanza que existen entre la Venecia de la Edad Media, reina del Adriático, y la Inglaterra moderna, soberana de los mares (1). Estados ámbos de extension limitada, con grandes provincias exteriores y colonias, con un soberano nominal poseedor de poco más que un remedo de autoridad, con enormes riquezas procedentes del comercio, y este apoyado por una poderosa marina de guerra, es difícil dejar de pensar que en la próspera carrera de las dos naciones tenemos un notable ejemplo de esa imitacion á que, segun dice el adagio, la historia se acostumbra. Cosa es demasiado sabida que el poder de Venecia se hundió al hundirse su comercio, y tenemos á la fuerza que convencernos de que si nuestro comercio y manufacturas declinaran de un modo parecido, la imitacion podria seguir más allá de los dias de prosperidad, y continuar en los de ruina y decadencia.

No quiero ni me incumbe hacer vaticinios tan dolorosos. Deber es del estadista y del político profundizar en las probabilidades del porvenir; la tarea más modesta del historiador consiste en escudriñar las realidades del pasado; y de estas realidades la existencia de Venecia como un gran poder naval parece tener un interés vital y práctico. No puede dudarse que este poder nació de su comercio, y evidente es que este comercio fué en decadencia desde el dia en que se estableció un

---

(1) Aunque el autor es inglés, suponemos que da este título á su país por su gran poder marítimo, y de ningun modo en el sentido opuesto á la teoría de derecho internacional universalmente admitida ya del *mare liberum*.



paso por mar para las Indias Orientales; pero así como en ciencias naturales encontramos que el efecto casi siempre sigue tras largo intervalo á la causa, que el momento de más calor del día, por ejemplo, es cuando el sol ha pasado ya por el meridiano, y que la más calorosa estación del año se extiende bastantemente dentro del otoño, así en historia vemos que un país llega al más alto grado de esplendor despues del principio de su decadencia; la época más brillante de la historia de Roma es la edad de Augusto y el poder naval de Venecia llegó á su punto culminante en el siglo XVI, y en este período voy á fijar la atención.

La armada veneciana debió su origen, como la inglesa, á necesidades comerciales; pero en sus comienzos hubo entre las dos esta diferencia esencial; que en Inglaterra fué la marina de guerra desarrollo de los instintos marítimos del pueblo, y consistió en el armamento de los buques mercantes ya en propia defensa, ya para las guerras nacionales; en Venecia, por el contrario, era una fuerza especialmente organizada y equipada para la protección de su tráfico ó para apoyo de sus pretensiones; fué desde el principio una armada de Estado, una colección de buques del gobierno, dedicada exclusivamente á propósitos de guerra. La razón de esto es evidente. En los primeros días de la navegación los buques pesados, de pantoque redondo, de aparejo tosco, eran en las mansas aguas del Mediterráneo probadamente inferiores como barcos de guerra á las largas galeras, bajas y ligeras; pero estas galeras demostraron repetidas veces ser en nuestros mares occidentales más peligrosas para las tripulaciones que los mismos enemigos, y nunca se consiguió introducirlas ni aun modificadas en su forma. Por otra parte, las galeras con tripulaciones de doscientos hombres ó más, y sin sitio para carga, no podían usarse como buques mercantes. El barco de guerra y el de comercio fueron por esto dos cosas distintas en el Mediterráneo, incapaces de desempeñar los unos el cometido de los otros; y tuvieron que coexistir juntamente; mientras que en el Océano un barco mercante quedaba transformado en guerra solamente con enviar á su bordo un número de hombres de armas, y en días más recientes con embarcar en él mayor

número de cañones. Así, pues, desde el principio mismo, la armada veneciana tuvo una organización del Estado; las galeras fueron construidas y equipadas por el Estado, y muy á los comienzos mientras que los barcos que mantenían el dominio inglés en los mares de gran oleaje, barcos que ganaron el combate naval más sangriento y decisivo de la Edad Media, salían de los pequeños fondeaderos de Winchelsea ó Fowey, el arsenal veneciano era importante institución del gobierno. En el siglo XVI había logrado una extensión y una perfección á que nunca antes había llegado.

En esta época (1) tenía en empleo permanente unos 16.000 hombres, excepcionalmente bien pagados y con grandes privilegios; sus hijos, desde edad temprana, eran admitidos en los talleres y se les instruía en alguno de los muchos oficios que allí se practicaban; y cuando viejos, eran todos pensionados ó admitidos en un hospital establecido especialmente para la marina. Por otra parte, su trabajo era duro. No eran solamente obreros, sino soldados, acostumbrados al uso de las armas y de la disciplina más estricta; sus capataces, maestros y cabos eran á la vez sus sargentos y oficiales. El gobierno en todos los detalles de trabajo, estaba en manos de hombres prácticos, escogidos entre los mismos obreros, y el más alto de ellos, con el título de Gran Almirante, ejercía superintendencia sobre el todo. Pero el mando supremo estaba investido en el Proveedor general, noble de elevado rango y distinguidos servicios, ya como comandante en la mar, ya como estadista en tierra. Era marcada peculiaridad de la Constitución veneciana que hombres no probados no pudiesen desempeñar ningún empleo importante; sus hombres públicos tenían que servir un aprendizaje largo y laborioso en puestos subalternos, ántes de ser considerados con méritos bastantes para tomar una parte prominente en los negocios del Estado; y en medio de un pueblo tan peculiarmente náutico, pocos podían subir los varios escalones de una larga carrera sin obtener nociones profundas en la dirección de los asuntos navales.

---

(1) *La vie d'un patricien de Venise au seizième siècle*, par Charles Iriarte. París, 1874.

A fines del siglo XV se vió que el manejo de este enorme establecimiento era superior al poder de un solo hombre y se nombraron dos auxiliares, uno como proveedor del arsenal, que tenia el cargo más especial de armamentos; el otro como proveedor de artillería, cuyo título no necesita explicarse. En contra del uso veneciano, que limitaba la duracion del empleo público á diez y seis meses, estos tres eran nombrados por un término de tres años, saliendo por turno uno en cada año, de modo que la mayoría de los tres estuviese en todo tiempo completamente enterada de los detalles de la administracion. El oficio de proveedor era tambien administrativo; el Proveedor general, ó los tres en consejo, eran los representantes y ponentes del Estado, y sus deberes pueden justamente ser comparados á los de los Lores del Almirantazgo inglés respecto á los astilleros. El Gran Almirante, tambien, correspondia en algun modo al Almirante Superintendente de nuestros arsenales, pero con un mando mucho más extenso que incluia todo lo relativo á la construccion y al armamento de los buques de guerra. Su empleo era, pues, de grandísima importancia y con la dignidad correspondiente. En una edad de exclusivismo aristocrático, sus privilegios eran casi iguales á los de la nobleza, y en ocasiones de ceremonia, llevaba un traje semejante. La descripcion de este es la siguiente: una toga de raso encarnado, sobre la cual iba una vestidura que bajaba hasta las rodillas y una birreta de damasco violeta con una franja de oro de gruesos galones. En las inspecciones de Estado del arsenal tenía un puesto de honor; cuando extranjeros distinguidos deseaban visitar los trabajos, él era su guía oficial; y en el dia de la Ascension, cuando el Dux, con toda la pompa y esplendor de la rica Venecia, salia á las bodas del Adriático, tomaba el mando del *Bucentoro*, galera del Estado.

El poder material del gobierno veneciano era puramente naval; la provision que hacia para el servicio militar de tierra era en extremo limitada, y estaba este bajo el gobierno naval. Armas, armaduras, cañones, pólvora, todas las municiones de guerra eran fabricadas en el arsenal, bajo la inspeccion de los proveedores y bajo la superintendencia del Gran Almirante; no solamente las galeras mismas, sino todos sus efectos,

járcia, obras en hierro ó bronce, hasta los más insignificantes clavos, nada era demasiado grande ni demasiado pequeño. No entraban en el arsenal más que las primeras materias, madera, cáñamo, hierro ó cobre y todo de la mejor clase; la madera estaba, por regla general, almacenada diez años ántes de ser usada; el cáñamo era expresamente cultivado en las provincias de tierra adentro; la obra de mano en todo era excelente; sus barcos eran superiores á los de cualquier otro Estado, sus galeras no tenían rival, y su járcia tenía una reputación conocidísima.

La fuerza de la flota veneciana se componía enteramente, como ya he dicho, de galeras. Estas eran de dos ó tres clases diferentes; pero en las clases respectivas, las varias galeras se parecían mucho entre sí; estaban construidas con un modelo uniforme, de modo que las diversas partes de cada una eran exactamente semejantes. Podían por eso ser, y lo eran en efecto, preparadas y almacenadas muy de antemano; y así cuando el servicio público lo requiera, brotaban á la existencia, que así puede decirse, un número de galeras en casi increíble corto espacio de tiempo. Cuando Enrique III de Francia visitó á Venecia en 1574, una galera fué construida del todo mientras la comitiva real comía, y fué botada al agua, lista para salir á la mar, con la tripulación á bordo, cuando la gente salía del comedor. Esto, naturalmente, fué muy excepcional; pero como ejemplo práctico de servicio puede citarse que al estallar la guerra turca en 1570, el arsenal dió galeras de unas 400 toneladas de desplazamiento, á razón de una por día.

No tenemos detalles exactos de la manera con que se tripulaban estas. La dotación en pié de guerra era de unos 400 hombres, incluyendo 100 soldados, 60 marineros y 200 ó 250 remeros. En los primeros tiempos, el remero, como los otros, era libre y pagado; pero en el siglo XVI se descubrió que con el uso de largos remos, poniendo varios hombres á cada remo, las galeras podían hacerse con ventajas mayores y más potentes; el trabajo, sin embargo, era mucho más penoso y los hombres libres no querían desempeñarlo. La práctica de emplear esclavos ó trabajo forzado se introdujo así gradual-

mente, y á fines del siglo XVI era muy pequeño el número de hombres libres al remo. Pero era, en todos tiempos, difícil asunto reunir el requerido número de esclavos. Prisioneros de guerra, en su mayor parte turcos, eran usados sin inconveniente; criminales y vagamundos, eran enviados á las galeras—método conveniente de disponer desde luego de los convictos y de utilizar su energía—la leva no era tampoco desconocida, cuando habia gran necesidad de gente como en tiempo de guerra, y se hacia, podemos creerlo autorizadamente, sin el más ligero miramiento de justicia, hasta más allá de lo que exigian las necesidades de las galeras. Por medio de convenios con otros Estados se aprovecharon tambien sus criminales y vagamundos: así que, en conjunto, es difícil imaginar sentina más detestable de iniquidad, vicio y crimen, pobreza y desdicha, que la gente condenada á cadenas en una galera. Para conservar en órden tan heterogénea tripulacion, para impedir que se escapara y para obligarla á trabajar fué necesaria una severísima disciplina, que llegó á hacerse proverbial en Europa. El uso libre del látigo era la regla; otros castigos tales como el hierro candente, la mutilacion de narices ú orejas, y azotes con un chicote, no eran raros; pero la muerte, como castigo, era excepcional; los pobres miserables eran demasiado valiosos para ser matados con deliberado intento, aunque morían abundantemente de crueldad y enfermedades. Es en verdad curioso, considerando su gran valor y la extrema dificultad de procurarse número suficiente, que no se tuviese más cuidado de sus vidas, no ya como medida de humanidad, sino de política; esto sin embargo, ni lo llegó á vislumbrar siquiera la administracion de aquellos dias, y los esclavos eran despilfarrados sin cuidado y sin escrúpulo.

Por otra parte, los turcos, rivales largo tiempo, y destructores por último, de la fuerza veneciana, no intentaron, entre todas sus barbaridades, hacer objeto de ganancia los crímenes ó desgracias de sus compatriotas: disponian de sus criminales, en su mayor parte, de un modo más sumario, que es el que hoy acostumbramos á llamar brutal. No debe suponerse, sin embargo, que su conducta en este particular era dictada por espíritu alguno de lenidad. A pesar del espléndido

físico de muchos de estos orientales, probado está que no podían sufrir el trabajo de las galeras. Esta era reconocidamente la razón por la que los cristianos no se servían aun más de los prisioneros mahometanos, y probablemente la que guiaba á los turcos en sus preferencias por el trabajo cristiano.

Prescindiendo, además, de la superioridad de los europeos para remeros, tenía su empleo cierta ventaja en tiempo de guerra; en la hora del combate podían quitárseles las cadenas, y en lo más reñido del conflicto duplicaban con exceso el poder combatiente. Esta era la regla para los venecianos; de lo cual aparecería que sus remeros, ya esclavos, ya libres, pertenecían en su mayoría á su propio país. Otras naciones, que tenían prisioneros cristianos como galeotes, no la practicaban ni podían adoptarla sino contra los turcos. Pero cuando en los esclavos podía tenerse confianza, peleaban desesperadamente; porque en adición al fiero arrebató del combate, tanto más delicioso para ellos, como descanso del trabajo intolerable de los remos, podían siempre tener alguna esperanza, aunque débil, de ganar su rescate; algunas veces, como en Lepanto, les era formalmente prometido; otras siempre era posible un lance afortunado.

La muy limitada extensión del verdadero territorio veneciano, hacia necesariamente obra de extrema dificultad la tripulación de sus cascos y el sostenimiento de sus ejércitos, y unida esta dificultad á la ingenuidad y aptitud mecánica engendrada por el comercio y la industria, les indujeron en todos tiempos á suplir el número por mayor habilidad: y tomaron la vanguardia decididamente en las artes de la guerra lo mismo que en las de la paz. Fueron por esto de los primeros en adoptar sistemáticamente el uso del cañón, inventado en los comienzos del siglo XIV con certeza, aunque la fecha exacta deba considerarse dudosa. Las primeras descripciones de estos, ya en los campos de batalla, son en verdad demasiado vagas para que tengan mucha autoridad; pero hay suficientes testimonios para creer que formaron parte de un tren de sitio antes del año 1330; y Sir Harry Nicolas ha considerado como cosa cierta que fueron usados en el sitio de Cambray en 1339. Sin embargo, poniendo á un lado el terror y

desaliento que pudo producir el estrépito, hay razon para creer que no se hicieron realmente efectivos mucho ántes de 1370: hay una mencion muy determinada de ellos en la guerra entre Venecia y Pádua en 1376. Así describe el arma un escritor contemporáneo: «Es un enorme instrumento de hierro que tiene un ancho hueco en la direccion de su longitud; dentro de este ponen una gran piedra encima de pólvora negra compuesta de azufre, salitre y carbon de leña. Encendiendo la pólvora á través de un agujerito, la piedra es despedida con tal fuerza, que no hay muro que la resista.» Pocos años despues, en la defensa de Chioggia contra los genoveses, en 1380, tenian *bombardas* que parecen haber sido cañones en forma de morteros, que lanzaban piedras de cerca de doscientas libras de peso; estas, sin embargo, no podian ser disparadas sino una vez cada veinticuatro horas.

Naturalmente, estos cañones primitivos eran de construccion muy rudimentaria: los sucesivos adelantos se originaron en la Italia del Norte, y Venecia tuvo con toda certeza gran parte en traerlos á la práctica de la guerra. Los hermanos Alberti, célebres artistas en metal, á cuya habilidad debemos aquellas hermosas fuentes del pátio del Palacio Ducal, que todavía deleitan la vista del viajero, se vieron inducidos á fijar su atencion en la fundicion de cañones; y la introduccion de máquinas para taladrarlos es á ellos atribuida. Leonardo da Vinci tambien, cuya fama como ingeniero es inferior á la que goza como pintor, solamente por ser las obras, en aquel concepto, de naturaleza ménos popular, descubrió algunos adelantos en la construccion y manejo de la artillería, que fueron fácilmente puestos en práctica por los obreros venecianos; y aunque no parece haber estado al servicio inmediato del gobierno veneciano, á pesar de todo, como sus planes se divulgaron y como fué publicado su tratado sobre cañones, probablemente la primera obra científica en la materia, estuvo real y efectivamente al servicio de todos los gobiernos cuyos empleados tuvieran capacidad para entender sus enseñanzas ó cuyos obreros tuviesen habilidad para ejecutarlas; en cuya categoría los venecianos ocuparon lugar preminente.

Hácia fines del siglo XVI introdujeron lo que debe consi-

derarse como una forma primitiva del obús, para disparar metralla. Es descrito por Graziani (1) como una especie de tonel de madera muy gruesa, apenas un codo de largo, y de casi el mismo taladro que un mortero. Era este cargado con balas de plomo y con piedras del tamaño de un huevo de gallina, y se dice que hicieron buen servicio en la batalla de Lepanto: «en aquellos buques en que cayó esta horrible granizada fué terrible el estrago.»

Cueva, el enviado español, escribiendo en 1603, dice que muy poco ántes habia habido en el arsenal 116 galeras, equipadas y listas para servicio; y que entónces, fuera de los barcos en comision, habia almacenes suficientes para equipar 150 bajeles y para armar 200.000 hombres. Mr. Iriarte considera que hay mucha exageracion en este último número, porque el ejército veneciano para el servicio de tierra raramente pasaba de 25.000 hombres, y en tiempo de guerra estaba compuesto de extranjeros asalariados, en su mayor parte suizos. Pero no se particulariza el número como relativo á hombres para el servicio de tierra. De todas las clases, los esclavos incluidos, que estaban armados en tiempo de guerra, 200 galeras necesitarian una tripulacion de unos 80.000 hombres; así que la fuerza veneciana en armas podia propiamente ser estimada en 100.000, y en Lepanto tuvieron más de 40.000 que tomaron parte efectiva. Teniendo en cuenta los desperdicios y pérdidas, y armando nuevas levass, no parecen 200.000 un número excesivo. El mismo escritor, Cueva, dice que habia en almacen 800 piezas de artillería, además de otras 1.000 que estaban á bordo de 40 galeras y 20 galeazas. Estas galeazas eran una invencion del siglo XVI, combinacion de la nave y de la galera, movida por remos y velas; en comparacion con otros bajeles del Mediterráneo, eran baterías flotantes que llevaban 40 ó 50 cañones, y de construccion sólida, casi á prueba de disparos en aquella época; pero eran poco marineras, muy pesadas al remo, y aunque por su tamaño, fuerza, armamento y número de hombres muy superior á las galeras en combate directo, eran tan pesadas que las galeras

---

(1) *Antonii Mariae Gratiani de Bello Cyprio Libri Quinque.*—Roma, 1624.



enemigas tenían completamente á su disposición aceptar ó esquivar el combate.

Durante todo el siglo XVI la armada de Venecia era, no solo en número, sino en equipo, muy superior á la de cualquier otro Estado cristiano del Mediterráneo. A alta mar nunca salieron sus barcos; su comercio más allá de los estrechos era insignificante, y sus buques de guerra inadecuados para las borrascosas mares occidentales; no hay, pues, comparación entre el organizado poder de Venecia y el rudo, casi instintivo desarrollo de la armada inglesa. Cada una se adaptaba á las circunstancias peculiares que la ponían en existencia; cada una demostraba repetidamente ser competente para llenar sus propias funciones, y podemos creer autorizadamente que todas hubieran fracasado si los deberes respectivos se hubieran trocado. Debemos dudar que la capacidad de toda la escuadra veneciana hubiese resistido en nuestras tormentosas mares una agrupación como la de la armada española; igualmente dudamos que los buques ingleses de aquella época hubiesen podido obtener ningun triunfo señalado contra las galeras turcas en las aguas encerradas entre Cefalonia y el continente.

Tal como era, sin embargo, la grandeza de Venecia, sucumbió poco á poco al poderoso imperio otomano, contra el que cada vez luchó más débilmente conforme iba decayendo su comercio. Consiguió, sin embargo, mantener la paz por sus relaciones diplomáticas durante más de treinta años; pero en el perturbado estado de Europa era difícil dejar de ofender ó de ser ofendido, y surgían siempre disputas que estallaron en el año 1536. La muerte del visir Ibrahim, nacido en territorio veneciano, que había apoyado largo tiempo los intereses de Venecia, permitió al virey de Argel Khair-ed-din, más conocido para los europeos con el nombre de Barbaroja, llegar á lugar prominente en el Consejo turco, y el voto del viejo corsario era por la guerra.

Khair-ed-din, ya de edad avanzada entónces, parecía haber sido uno de esos hombres notables á quienes traen los años la experiencia sin arrebatárles el fuego del valor juvenil. Sobre su nacimiento hay algunas dudas; se ha dicho de él

diferentemente, ya que era un renegado francés de buena familia, ya hijo de un alfarero de Lesbos, ya hijo de un labrador turco de Mitylene; esta última version, con la autoridad de Hadji Khalifeh y aceptada por Hammer, es la que me inclino á seguir; pero sea el que fuere su origen, lo cierto es que, siendo todavía relativamente jóven, se elevó al poder de jefe de cruceros independientes; y habiéndose apoderado del gobierno de Argel y Túnez, se puso bajo la proteccion de Soliman y fué declarado comandante en jefe de la armada turca. El desterrado gobernador de Túnez, Muley-Hassan, buscó el apoyo de Cárlos V, que, estando justamente entón- ces en paz con Francisco, se preparaba, por convenir así á sus intereses políticos, á hacer una guerra pseudo-religiosa contra los moros. Barbaroja fué arrojado de su conquista, y se dedicó con acrecentado celo á los intereses de su soberano. Poco despues fué cuando se declaró la guerra veneciana, y en Mayo de 1537 fué Barbaroja enviado al Adriático con poderosa flota.

Andrea Doria mandaba entónces la fuerza imperial, destinada á operar con los venecianos, y abrió la campaña, apren- sando doce galeras turcas, que á la sazón cruzaban como es- cuadra destacada ó independiente; las tripulaciones fueron pasadas á cuchillo ó ahogadas en la mar, y Doria, sabedor de la aproximacion de Barbaroja, se retiró á Mesina con sus pre- sas. Despejada entónces la mar, los turcos desembarcaron con fuerzas en la isla de Corfú, asolaron el país; y pusieron sitio á la ciudadela. La artillería veneciana estaba entónces servida con una excelencia casi milagrosa en aquellos dias. Difundió el terror en el enemigo. Dos galeras fueron echadas á pique de un solo disparo; otro mató cuatro hombres en las trincheras, y los turcos, que ciertamente no pueden, por re- gla general, ser acusados de inconstancia en el atacar, y que en Malta, unos treinta años más tarde, demostraron una obsti- nacion que rayó en temeridad, abandonaron precipitada- mente la empresa, yengándose con incendiar á Butrinto y de- solar á Paxo.

Volvieron entónces á Constantinopla, y Barbaroja, des- pues de rehacerse, los llevó contra las islas venecianas y el ar-

chipiélago. Naxos solamente escapó por una oportuna sumision, y haciéndose tributaria, las otras fueron anexionadas al imperio turco. La mayor parte del verano siguiente fué empleada en consolidar las conquistas, y en devastar á Candía; pero á los fines de Setiembre, oyendo que los aliados se preparaban para atacar á Prevesa, Barbaroja dió la vela para ir en su auxilio. Con una flota de 122 galeras, llegó al golfo de Arta al aparecerse afuera Doria.

La flota cristiana, compuesta de 81 galeras venecianas, 36 romanas y 50 españolas, era muy superior en número á la turca; pero á pesar de esto, Barbaroja tenia tal confianza en sí mismo y en los que le seguian, ó posiblemente tal conocimiento de la política interior española y de las intenciones de Doria, que salió del golfo y formó en línea de combate por el través. Doria rehusó aceptar la ofrecida batalla y se retiró á Santa Maura; mas al dia siguiente, instado por sus colegas y especialmente por el Almirante veneciano, Capello, resolvió, aunque de mala gana, entrar en accion. La causa de su vacilacion es de diversos modos explicada: por una parte se circularon sin empacho acusaciones de intriga con Barbaroja, por otra se dijo que sus tropas eran de levás nuevas y mal disciplinadas, sin union ni concordia. El hecho parece ser que las instrucciones que tenia del Gobierno imperial no le autorizaban á tomar la ofensiva; y aunque aparentemente deseaba apoyar á los venecianos y atacar las ciudades débilmente defendidas en provecho del Emperador, no tenia intenciones de arriesgar la flota imperial en un azaroso conflicto contra el más renombrado Almirante de su tiempo.

Inhábil, pues, para seguir por completo esta política ambigua y forzado á demostrar que estaba pronto para pelear—28 de Setiembre, 1538,—formó su línea, amontonando las galeazas, no se dice el número, al frente en el centro, confiando que su vivo fuego rompería ó al ménos desordenaría el ataque de los turcos. Barbaroja mientras tanto perfectamente sabedor del terrible poder para la resistencia de estos enormes vageles, los evitó. Todo lo que podemos sacar en limpio de las antiguas narraciones en las cuales la supersticion, el frenesí religioso y los celos personales forman una masa confusísima de

afirmaciones contrarias, es que cargó sobre las dos alas de la flota aliada con toda su fuerza, que debió por esto entrar en acción oblicuamente ó en una especie de escalones irregulares. Los cristianos habian esperado grandes cosas de las galeras que tenian al frente de su línea; los desengaños sustituyeron á las esperanzas y trajeron el desaliento. El ataque fué en cierto modo una sorpresa, y la preponderancia de fuerza llevada contra las alas completó el efecto; se retiraron en confusion los aliados con la pérdida de dos galeras venecianas voladas y cuatro apresadas; una veneciana, una romana y dos españolas. La noche cerró, y aprovechando la oscuridad, con las luces apagadas, se escaparon á Corfú; y esta circunstancia quizá nos justifique para suponer que las líneas de batalla se extendian de Norte á Sur, ó así próximamente, y que el ataque turco cargó principalmente sobre el ala de la derecha ó del Sur de los cristianos, que fué posiblemente envuelta y batida de través y por la popa (1).

Habiendo perseguido alguna distancia á su derrotado enemigo, entró Barbaroja en Paxo, de donde, despues de corta estancia, como ya la estacion estaba muy adelantada, volvió al golfo de Arta. Oyendo allí que los cristianos estaban meditando un ataque contra Castel Nuovo, dió la vela para ir en su defensa; pero encontrándose con un furioso temporal contra el cual sus galeras, propias para bonanzas, eran impotentes, sufrió grandísimas pérdidas. Con dificultad reunió la mitad próximamente de su destrozada flota en el golfo de Arlona. Los pareceres cristianos estaban amargamente divididos. Capello ansiaba que se buscara la desmantelada armada de los turcos; pero Doria rehusó terminantemente hacerlo así, y tan espléndida oportunidad pasó desperdiciada.

Los venecianos estaban, naturalmente, disgustados con el curso de los sucesos y todavía más cuando, despues de la captura de Castel Nuovo, se tomó posesion formalmente de él en nombre del Emperador, poniéndole una guarnicion de es-

(1) Esta batalla librada, segun parece, en las mismas aguas exactamente que la de Actium, es descrita con precision y desacostumbrada verdad en el epitafio de Capello que creo que es todavía legible en la iglesia de Santa María Formosa de Venecia: *In Ambracis sinu Barbarossam Ottomanicce classis duces ad internationem deleturus, nisi fata christianis adversa vetuissent.*

pañoles. Comprendieron que habian sido arrastrados á una costosa guerra contra un enemigo peligrosísimo para ellos, para servir los propósitos de un aliado, cuyas intenciones eran usar su flota meramente como instrumento de su propia ambicion, y hacer la guerra sin cuidarse de las ventajas de Venecia ni aun de sus necesidades. Resolvieron cuidarse tan poco de los intereses del Emperador como este de los de ellos, y en 1539 abrieron negociaciones con el Sultan. No se concluyó, sin embargo, la paz hasta el año siguiente, y en ella no solamente se confirmó á los turcos en la posesion de las islas tomadas por Barbaroja, sino que les fueron cedidas las no conquistadas fortalezas de Nauplia y Monemvasia (Nápoles de Romanía y Nápoles de Malvasia). Más aún, Venecia convino en pagar una indemnizacion de 300.000 ducados, y con estas condiciones fué ratificado finalmente el tratado en el curso de 1541. La necesidad de someterse á tales términos amargó mucho á los venecianos en contra de los españoles, cuya egoista alianza les habia causado tales pérdidas; los españoles, por otra parte, teniendo en aquel tiempo á su favor la Europa, se quejaron acerbamente de la perfidia veneciana por hacer así la paz con los infieles; y aun hoy es costumbre hablar de los venecianos como desertores cobardes de sus aliados, quienes habian emprendido la guerra únicamente en interés por el cristianismo.

Puede comprenderse fácilmente, sin embargo, que la paz no trajo consigo el olvido de los agravios, ni sentimientos de amistad ó alianza internacional. Los turcos y los venecianos eran vecinos demasiado inmediatos y sus intereses comerciales demasiado opuestos; sus empresas comerciales se hacian la competencia demasiado frecuentemente, y sus galeras, cruzando en las mismas mares, en todos tiempos estaban dispuestas á encontrarse como enemigas. Los turcos tambien eran un pueblo esencialmente guerrero y conquistador, y los territorios venecianos su presa destinada. Los venecianos, de este modo, aunque impelidos por su relativa debilidad á solicitar la paz, lo hicieron con toda la amargura del espíritu; y su enemigo, al concederla, no lo hizo sino para reorganizar su fuerza para nuevas conquistas.

Después de algunos años de esta paz, de nuevo surgió un desacuerdo, á consecuencia de los malos actos de los Uscocchi, tribu pirática, que arrojada de Albania por los turcos, se habia establecido en las islas del golfo de Quarnero, de donde salia á cruzar al Adriático, y llevaba la guerra contra el comercio costero de los turcos. Los turcos estaban preparados para hacer responsables á los venecianos de las fechorías de estos corsarios, que se abrigaban en aguas venecianas, y para evitar el amenazado peligro, los venecianos tomaron á su cargo destruirlos. En uno de estos cruceros, atacó su escuadra á una galera turca posiblemente por equivocacion; la entraron al abordaje, y mataron á toda su tripulacion. Injuria era esta que no podia pasar desapercibida; Soliman demandó y obtuvo crecida compensacion.

En 1566, ascendió Selim II al trono, hombre de hábitos depravados y de facultades pequeñísimas, pero impaciente por emular el renombre de su gran padre. El agravio de los Uscocchi fué renovado, y á este se añadió una queja de que las fortalezas de Chipre eran una amenaza continua para la costa de Siria, y un peligro para las armadas turcas.

Tal era el revuelto estado de las relaciones entre los dos gobiernos, cuando en la noche del 12 de Setiembre de 1569, se declaró un incendio en el arsenal veneciano. Las llamas se extendieron rápidamente, é invadieron un polvorin, que al estallar causó muchos y grandes destrozos. El muro y las fortificaciones del arsenal vinieron á tierra, y las iglesias y las casas de las cercanías quedaron reducidas á monton de ruinas. Pero la pérdida del arsenal era una bagatela si se considera la que pudo haber sido; solamente se quemaron cuatro galeras. El estrépito de la explosion se oyó á treinta millas de distancia; la fama de ella se difundió por toda Europa. En Constantinopla se dijo que el arsenal de Venecia era solo escombros, y ceniza su armada; y los turcos, desdeñando ya la diplomacia con un enemigo sin poder, redoblaron el vigor para adelantar el equipo de sus naves, y despacharon un *ultimatum* pidiendo la rendicion de Chipre.

Extremo era el peligro de los venecianos, pero la guerra les fué forzada y la aceptaron, no en verdad con aquella lige-

reza que se ha hecho proverbial, sino con dignidad y valor. En un senado de 216, fueron casi unánimemente rechazadas las exigencias turcas; cuatro votos solamente se registraron por la paz á cualquier precio, y Chipre, el hogar mitológico de Vénus y el Amor, pero históricamente dedicado más bien á la tiranía y el ultraje, fué una vez más la cuna de una guerra fierísima y sangrienta.

La armada turca, con un numeroso convoy de buques de transporte y almacen, dió la vela en Constantinopla, en la primavera de 1570, en tres cuerpos separados, reuniendo entre todos 360 velas, de las cuales eran 126 galeras. Después de muchas dilaciones, llegaron en Julio á Chipre, y poco después pusieron sitio á Nicosia (Lefkosia), capital de la isla. Fué tomada por asalto en 9 de Setiembre, con matanza de los habitantes, sin respeto de edad ó sexo; se ha dicho que fueron 20.000 los asesinados, y 2.000 los reservados para esclavos. Continuó por ocho días el saqueo; pero perdieron lo más valioso del botín. Habían sido llevadas á bordo de los barcos de carga en que estaba almacenado, algunas jóvenes de familia noble, y estas, prefiriendo la muerte á la suerte que les esperaba en Constantinopla, prendieron fuego á las embarcaciones, y con la misma explosión frustraron la avaricia y la lascivia de sus aprensosores.

En 18 de Setiembre, Mustafá, comandante en jefe turco, se movió hácia Famagosta; pero la marcha de las galeras y lo tardío de la estación le impidieron apretar con vigor el asedio de aquella plaza. Durante el invierno se redujo á mantener el bloqueo de la ciudad, aunque no tan estrictamente como para impedir que se introdujera en ella una escuadrilla de doce galeras en socorro de la guarnición de 1.600 hombres. En 16 de Abril de 1571, comenzó las medidas más activas del sitio, que la ciudad, bajo el mando de Marco Antonio Bragadino, resistió valerosamente. Empezaban á escasear las provisiones, y Bragadino, obligado por la necesidad, hizo salir de la ciudad á 8.000 personas de las no combatientes. Con una generosidad muy extraña á su acostumbrado modo de ser, les permitió Mustafá atravesar sus líneas. Dió más tarde satisfacción á su conciencia por esta desusada clemencia, asesinando

ó condenando á galeras á todos los prisioneros cuando pocas semanas despues, 1.º de Agosto, capituló con buenas y honrosas condiciones la guarnicion, reducida por hambre, solamente para verse á la merced de un salvaje falso y falto de piedad. Bragadino, cuya heróica defensa le daban títulos á todos los honores que un enemigo noble pudiera conferir, sufrió la muerte despues de las torturas más atroces cometidas á sangre fria. Su piel, rellena con heno, fué expuesta á los insultos en el campamento y enviada despues á Constantinopla como horrible trofeo de victoria.

La conducta de los venecianos (1) en el entretanto, abandonando Famagosta á su propia suerte, diez y ocho meses despues de la declaracion de guerra, ha sido severamente criticada; y ciertamente parece á primera vista extraordinario que un Estado que podia alistar una flota de 150 á 200 galeras en buen estado de servicio, permitiera que el enemigo con una flota de 120 galeras solamente, tuviera el dominio de Levante y llevara las operaciones contra sus fortalezas insulares. Pero es tan enorme la falta aparente, que esa misma enormidad basta para sugerir que diplomáticos hábiles y expertos gobernantes, como abundaban entre los venecianos, no es probable que fuesen culpables de ella: que su poder debió, de algun modo, haber estado derrengado; y que no socorrieron á Chipre porque no pudieron hacerlo. Es necesario, por lo tanto, al intentar dar una solucion á este problema, examinar la posicion de Venecia con respecto á otros Estados; y vemos que España, en aquel tiempo, habia absorbido la atencion de casi toda Italia. Exceptuando á Venecia, solamente Roma conservaba su independendencia; y Roma podia ser considerada demasiado sagrada para las garras de la ambicion. Venecia no tenia esa salvaguardia; su seguridad dependia de sus brazos, y de la fuerza de su flota. Estaba, pues, al estallar la guerra de 1570, situada entre dos enemigos, y bien pudo ser debatida la cuestion de si era el más peligroso el enemigo abierto y declarado ó el secreto y oculto. Los esfuerzos de los turcos eran

---

(1) *Marcantonio Colonna alla Battaglia di Lepanto*, por il P. Alberto Guglielmotti. Firenze, 1862.



contra sus provincias exteriores: los españoles, si tenían la oportunidad, habían de atacar su territorio pátrio y su existencia nacional.

En este poco satisfactorio espíritu la célebre liga entre España, Roma y Venecia fué por fin concluida en Mayo de 1571. D. Juan, el hermano natural del rey de España, fué nombrado comandante en jefe por cláusula especial del tratado; pero á pesar de la expresa estipulación de que la flota prestaría con toda prisa todo el posible socorro á cualquier plaza perteneciente á los aliados que fuese atacada por los turcos, y aunque era notorio que Famagosta estaba en este caso, no llegó á Mesina, donde estaba reunida la flota, hasta el 17 de Agosto. Los romanos, y todavía más los venecianos, expresaron á boca llena la indignación; pero D. Juan, aunque manifestaba en público su ansiedad de salir al encuentro de los infieles y se quejaba de la impertinencia de los que le acusaban de innecesarias dilaciones, la verdad es que no se movía. Así se perdieron meses en la inacción; pasaron semanas después que Famagosta había sido tomada, y todavía la flota estaba en Mesina. No dió la vela hasta el 14 de Setiembre, y ocupó diez días en la travesía á Corfú, donde permaneció hasta 1.º de Octubre, á pesar de las coléricas observaciones de Sebastiano Veniero, almirante veneciano.

Y con todo, el grueso de la flota era de Venecia; había allí 105 galeras con bandera veneciana, y las 12 galeras que llevaban la romana, fueron prestadas al Papa por los venecianos. Solamente 31 eran españolas, que con 52 de las provincias italianas de España, hacían un total de 83 con bandera española, aunque según el tratado, España debía sufragar tres sextas partes del gasto, dos Venecia y la parte restante Roma. Viendo que no era suficiente el número de galeras, D. Juan y sus consejeros propusieron que como compensación reforzarian ellos las tripulaciones de las galeras de Venecia con soldados á sueldo de España, y esto fué por fin convenido. Los historiadores españoles han insistido en esto como prueba del celo de los españoles en la causa, y del descuido de los venecianos, que ni aun pudieron tripular sus propias galeras y han dejado de mencionar el hecho más patente de

que las galeras españolas apenas llegaban á la mitad del número estipulado.

Todavía demorándose en el camino, ancló la flota en la bahía de Samos, en Cefalonia, y permaneció allí dos días, cuando recibieron la fatal noticia de la rendición de Famagosta y del asesinato de Bragadino. La excitación fué muy grande, y la voz general que pedía venganza, apagó por un momento la política de sangre fría de los consejeros de don Juan. Se decidió ir en busca del enemigo sin más dilaciones. La flota turca, compuesta de 222 galeras, estaba entonces reunida en Lepanto; pero aunque fuerte por su número, estaba mal tripulada, y al saber la aproximación de los cristianos, se completaron á toda prisa sus dotaciones con todo el poblacho que se pudo recoger. La opinión estaba dividida entre sus jefes; se argüía que supuesto que Chipre estaba conquistada, su política era mantenerse á la defensiva, y que nada iban á ganar siendo ellos los que atacaran; que toda demora les favorecía por lo avanzado de la estación, la falta de experiencia de sus tripulaciones y las disensiones entre los cristianos. Alí Pachá, el comandante en jefe, sin embargo, desestimó el parecer de sus colegas más viejos y más experimentados y dió la orden de avanzar. En lados opuestos, estas disposiciones vinieron casi al mismo tiempo, y los turcos salieron de Lepanto casi á la hora en que los cristianos dejaban la bahía de Samos.

Después de haber anclado la flota cristiana para pernoctar á largo de la costa del continente, detrás de las islas Cursolari, se puso en movimiento muy temprano en la mañana del 7 de Octubre y pasó probablemente por el freo entre las islas de Makri y Dioni; su ala derecha formaba la vanguardia al mando de Gian Andrea Doria, sobrino de su más célebre tocayo, á quien Barbaroja había derrotado en la batalla de Prevesa. Al tomar posiciones á la derecha, al S. O. de Oxia, cuyas altas tierras los habían ocultado hasta entonces, la escuadra turca fué descubierta saliendo del golfo de Patras.

Parecería, por lo tanto, que las dos flotas estaban colocadas en líneas de través en una demora S. S. O., dando pues frente respectivamente al E. S. E. y O. N. O. Los cuernos turcos

avanzados daban á su formacion la apariencia de una media luna, probablemente con la intencion de envolver los flancos del enemigo. La línea cristiana era próximamente recta: su cuerno izquierdo, mandado por el veneciano Barbarigo, cerca de la costa, y pegado á los arrecifes que forman ahora la punta Skrofa (1): su derecha, al mando del genovés Gian Andrea Doria, extendiéndose algunas cuatro ó cinco millas al S. S. O., y en el centro el mismo D. Juan, con sus dos colegas, el veneciano Sebastiano Veniero y el romano Marco Antonio Colonna. Una retaguardia de treinta galeras estaba mandada por el Marqués de Santa Cruz, cuyo nombre diez y siete años despues, se hizo bien conocido en la historia inglesa, como jefe de la gran Armada. Todavía más por la popa quedaban los buques de almacenes, que, aunque bien armados y tripulados, no eran considerados dignos de confianza para la batalla, porque dependian por completo de su velámen, y por esta razon podian causar embarazos sérios á sus amigos, si se estacionaban al alcance del enemigo.

El valor de los cristianos habia sido excitado por la sed de venganza, por las exhortaciones de D. Juan, quien en un boteillo recorria al remo la línea, y por los servicios religiosos que habian formado parte de los preparativos del combate. El viento tambien, que al principio de la mañana habia sido favorable á los turcos, se fué quedando, y se levantó una brisa en direccion opuesta, que dió el barlovento á los aliados; esto lo consideraron ellos con orgullo como señalada prueba de auxilio de los cielos, de intervencion divina en su favor, y con arrojo y confianza avanzaron en buen órden.

No estaban los turcos, por otra parte, ménos confiados: tenian todo el prestigio de la victoria pasada, y habian recientemente triunfado en Nicosia y Famagosta, cuyas glorias eran para ellos heraldos de triunfo futuro. Pero no tenian allí la gran superioridad numérica como en Chipre, y Allí era un comandante muy inferior á Barbaroja. Ignorando ó des-

---

(1) Los antiguos mapas de esta localidad no son correctos. Me he valido de la carta del Almirantazgo para dilucidar la descripcion de Graziani y el plano de Contarini.

preciando el poder de las seis galeazas venecianas, enormes ciudadelas flotantes que, como en Prevesa, estaban situadas en el centro de la línea cristiana, algo al frente, avanzó directamente contra ellas, y un pesado fuego llevó la destrucción á las galeras y el desmayo á las indisciplinadas levas que las tripulaban. Así empezó la batalla, á eso de las once de la mañana (1).

El efecto de romper así el fuego las galeazas, fué abrumador; las galeras estaban, sin embargo, demasiado á retaguardia, y ántes de que pudiesen adelantar los turcos se habian recobrado algun tanto de la primera confusion en que se vieron envueltos. Las dos líneas empezaron el combate sin intenciones de maniobrar, al ménos por parte de los cristianos; pero el cuerpo derecho turco, conservando la proximidad á la costa, y en peligrosa proximidad á los bajos, dió la vuelta á la izquierda veneciana: al mismo tiempo, otro cuerpo de la escuadra cortando entre el ala izquierda y el centro, envolvió por completo por retaguardia á los venecianos, que se encontraron colocados en posicion de gran peligro. El combate fué sostenido con gran furia por ámbas partes cerca de tres horas: pero las galeras turcas, cayendo muy pegadas á la costa, entraron en confusion y algunas vararon; Mahomet Scirocco, su almirante, fué muerto; se produjo el pánico consiguiente y emprendieron la fuga; las tripulaciones de las que estaban más cerca de la costa se arrojaron al agua y muchos se ahogaron; la pelea se convirtió en derrota y el grito de victoria recorrió la línea cristiana, cayendo Barbarigo mortalmente herido por una flecha en un ojo, justamente cuando el triunfo estaba asegurado.

En el centro la batalla ardia furiosamente. Las galeras de los comandantes en jefe enemigos se juntaron. Alí y Pestan Pachá por una parte, D. Juan, Veniero y Colonna por la otra; las galeras inmediatas se agruparon en su socorro, y

---

(1) Es digna de nota la extrema diversidad que hay en las narraciones respecto á esta hora. Varian con toda clase de diferencia posible, desde el orto al ocaso del sol; todas, sin embargo, hacen referencia al cambio de viento, que yo creo haber sido la entrada de la brisa de mar ó virazon á cosa de las diez de la mañana.

fueron sus cubiertas escena de amarga y galante emulacion; esclavos y hombres libres, plebeyos y nobles, infieles y cristianos, pelearon con igual fuerza y con igual coraje. Pero el grito de la izquierda veneciana resonó en sus oídos, aumentó el espíritu de los cristianos y descorazonó á los turcos. En este crítico momento cayó Alí; los españoles entraron al abordaje con furia, arriaron su insignia é izaron la bandera de la cruz en su lugar. La resistencia habia concluido: cesó la batalla y comenzó la matanza.

En la derecha cristiana, sin embargo, iban las cosas de otro modo. Doria, temiendo ser atacado de través, habia extendido demasiado su línea. El jefe de la izquierda turca, renegado calabrés cuyo italiano nombre de Ucciali habia sido traducido al turco en Uluz-Alí, y quien, á pesar de sus cuestionables antecedentes, parece haber sido el único hombre de génio entre ellos, estuvo pronto para ver el error cometido por el almirante genovés y cargó sobre sus naves en la parte más débil, capturando ó destruyendo 13 galeras. Se preparaba á caer sobre el centro; pero al examinar su situacion vió á Doria dándole caza por retaguardia y al marqués de Santa Cruz por su través, vió que la bandera de Alí se arriaba y oyó los salvajes gritos de júbilo en los cristianos y de desesperacion en los turcos. Era un viejo corsario calmoso y práctico, y juzgando perdido el dia, se apresuró á reunir las galeras que pudo, unas 25, y huyó: fueron todas las que escaparon.

La victoria cristiana fué completa: 117 galeras fueron apresadas; 80 más fueron quemadas, echadas á pique ó destruidas contra las piedras; 30.000 turcos murieron, 5.000 fueron hechos prisioneros, y 20.000 esclavos recobraron su libertad. Las pérdidas cristianas se estimaron en 8.000, incluyendo en ellas una gran porcion de personas de distincion que estaban sirviendo á bordo de las respectivas capitanas, en las cuales la lucha habia sido tan reñida: entre otros, Fabio Graziani, hermano del historiador, que recibió una bala en la cabeza estando al lado de Colonna, y veinte comandantes de galeras venecianas, todos de familias nobles, además de Barbarigo, cuya muerte ha sido ya anotada.

Aparto la vista de este horrible registro para investigar las

causas que condujeron á esta derrota y al aniquilamiento de la fuerza turca. Parecen ser, primeramente, la inferioridad en equipo y armamento de las galeras turcas, pues no estaban á la altura del progreso de la época. Las galeras cristianas estaban provistas de fuertes propados ó parapetos, y en algunos casos con traveseros, que detenían los proyectiles de los turcos; las galeras turcas no estaban protegidas, y sus cubiertas eran barridas por el fuego de los cristianos y por la metralla salida de los obuses de madera venecianos, de que ya he hablado: los soldados cristianos iban cubiertos con yelmo y peto; los turcos casi desnudos: los cristianos tenían mosquetes; los turcos flechas y dardos, que, dice Graziani, «hacen poco efecto contra casco ó corselete, y aunque se necesita más tiempo para descargar un mosquete, hay muy pocas armaduras que hierro ó plomo impulsado por el fuego no atravesase.» En segundo lugar, los remos de las galeras cristianas estaban, en su mayor parte, movidos por esclavos cristianos, que fueron desencadenados para el combate, y á quienes se prometió la libertad como recompensa de la victoria; medida que duplicaba el número de hombres de combate: los esclavos de las galeras turcas eran también cristianos y tuvieron que dejarlos encadenados: en algunos casos consiguieron librarse por sí mismos en el calor de la batalla, y aunque sin armas, por la mayor fuerza del número, por odio y desesperacion, arrojaron por las bordas á sus tiranos. En tercer lugar, las tropas turcas eran, en su mayor parte, levadas nuevas, y aunque acostumbradas al uso de las armas, estaban sin aquel lazo de union que solamente puede dar la disciplina; por esto los desanimó el primer revés parcial: la muerte de sus jefes Mahomet y Alí difundió el pánico, y á esta causa más que á otra alguna se debió la terrible carnicería. Hasta que unas tropas, sean de tierra ó mar, están completamente desorganizadas, no pueden ser pasadas á cuchillo por igual número de fuerzas, y muy raros son los casos en que una fuerza bien disciplinada ha sido reducida á estado tal de abyecto terror.

Los cristianos, pues, ganaron, no por ninguna superioridad personal, porque los turcos fueron bravos como los más bra-

vos, y por cerca de cinco horas pelearon contra tremenda ventaja é infligieron gran pérdida en sus enemigos; ganaron, no por la direccion, porque su táctica fué primitiva, D. Juan era inexperto y sus relaciones con Veniero eran tan tirantes que ni siquiera se hablaban; Barbarigo fué claramente vencido en sus maniobras por Mahomet, y Doria por el astuto renegado que tenia enfrente; ganaron por la superioridad de sus armas, de su equipo, de su disciplina y de su organizacion; y en una flota en que los venecianos tenian tan gran parte, debemos atribuir principalmente esta superioridad al sistema por mucho tiempo practicado que he estado tratando de describir.

Los turcos no quedaron, sin embargo, aplastados por su derrota. Cuando Marco Antonio Barbano, el embajador veneciano aprisionado en Constantinopla, se referia á la batalla como dando una base para la negociacion, Selim rechazó la idea con indignacion. «La pérdida de una flota—dijo—es como la »barba que se afeita; crecerá otra vez: la pérdida de un reino »es como el brazo que se corta, y habeis perdido á Chipre.» El crecimiento de la escuadra no fué jactancia vana; por un extraordinario esfuerzo de voluntad, fueron construidas y equipadas 150 galeras durante el invierno; en el mes de Junio, Uluz-Alí, comandante en jefe ya de la armada turca, pudo salir á la mar con una flota de 250 velas. Con esta encontró á los cristianos á la altura de Cerigo, pero no se empeñó accion. Los españoles no podian comprender que la causa de Venecia fuera la suya: los venecianos pensaban que los españoles demostraban poco cuidado por sus intereses; habia por un lado tibieza, desconfianza por el otro: el año se desperdició y los turcos pasearon la mar tan atrevidamente como si nunca se hubiera peleado en Lepanto.

Por esto abrieron de nuevo los venecianos las negociaciones sin contar para nada con los españoles y la paz fué firmada por fin con condiciones que dejaron la verdadera ganancia de la guerra para los turcos. Conservaron á Chipre y obtuvieron una indemnizacion de 300.0000 ducados, haciendo caso omiso de otras concesiones más pequeñas. Tales eran las circunstancias, que el tratado se consideró ventajosísimo para Venecia,—manifestacion de la opinion pública que puede

aducirse como prueba fehaciente de los cargos que hacian los venecianos á los españoles. Los cronistas de la guerra en su mayor parte son parciales; y la responsabilidad de la larga detencion en los veranos de 1570 y 1571, de la dilacion antes de la batalla y de la inaccion despues, es atribuida recíprocamente á los contrarios. Un cuidadoso estudio de ámbos me hace convenir con el escritor neutral Graziani, el cual atribuye las dificultades principalmente á la política egoista de los españoles. Que los venecianos anduvieron despacio para vencerse de la necesidad de la guerra, que se entretuvieron en vano con negociaciones diplomáticas cuando debieron haber acudido con toda premura en socorro de Chipre y que su fuerza militar era muy inferior á sus necesidades, es cierto; pero su flota estuvo en seguida lista para todo servicio; y los cuentos que relatan los españoles de la insuficiencia de sus galeras son para todos los versados en la historia de Venecia absurdos manifiestos, pues nunca estuvo la armada veneciana en estado más brillante y eficiente que en el siglo XVI: y aunque despues se deterioró rápidamente, deben buscarse las causas en la decadencia general del Estado más bien que en defectos de organizacion, que en aquella remota edad se aproximaba á un grado de perfeccion tal que no lo ha sobrepujado ningun servicio nacional, ni aun igualado, y que despues de haber transcurrido 300 años es todavía digno de estudio y hasta de ser imitado.

J. K. LAUGHTON.

(*Fraser's Magazine.*)



---

# LA FILOSOFÍA PESIMISTA.

---

## EL SISTEMA DE HARTMANN. (1)

(Conclusion.)

Tal es el primer aspecto que debemos considerar en la filosofía de Hartmann. Si la consideramos en conjunto, vemos que se reduce á referir todos, ó casi todos los fenómenos del mundo material y espiritual á un misterioso é inconscio sér, si es que podemos darle este nombre sin añadir una idea no contenida inmediatamente en ese principio.

Pero esto ¿no es por ventura lo mismo que decir que no sabemos de dónde proceden los fenómenos del mundo? Esa explicacion no explica nada en realidad. Admiramos la habilidad desplegada por Hartmann, reconozcamos el valor de los argumentos con que demuestra la insuficiencia de muchas teorías; pero no impida esto que nos demos cuenta de que la respuesta que á su vez nos dá, es imposible que pueda satisfacernos. Hay, sin duda, cierto número de procesos mentales, recientemente señalados por Miss Cobbe, de que somos inconscios, procesos que se dan á la mente sin someterse á la direccion de nuéstro sér, conscio de sí; pero inferir de esto que se deriven de un poder inconscio y proceder de aquí á demostrar la presencia de lo inconsciente en toda la Naturaleza es dar un injustificado *saltus* en el razonamiento.

¿Qué novedad hay por otra parte en lo inconsciente? ¿No tenia por ventura antecedentes esta filosofía en la griega y más recientemente en uno de los pensadores ingleses más esclarecidos, en Ralph Cudworth? Su «verdadero sistema inte-

---

(1) Véase el núm. 5, pág. 93.

lectual del Universo», adelantó un principio que posee tal vez todas las ventajas de lo inconsciente, sin sus óbvios defectos. Cudworth aspiraba también á encontrar la unidad de la ciencia, la filosofía y la religion, y la encontró en el concepto de «naturaleza plástica», como causa inmediata y norma de toda existencia. Esta naturaleza plástica evitaba á su pensamiento, de una parte, las dificultades del ateismo, y de otra, la creacion continúa y la intervencion divina. Pero sean cuales fueren las analogías de esta doctrina de Cudworth con la de Hartmann, debe advertirse que el filósofo inglés considera la materia plástica como instrumento subordinado de un poder más alto.

Las dificultades del sistema de Hartmann aumentan á medida que se avanza en su exámen. En la tercera parte de su libro, la *Metafísica de lo Inconsciente*, nos encontramos á cada paso con juegos de palabras y grandes oscuridades. La teoría de las causas finales se habia empleado hasta hoy, en mostrar la sabiduría del mundo; pero nuestro filósofo pesimista la aplica á la demostracion de su irracionalidad y miseria. Hasta hoy se habia creido que la conciencia es condicion de toda felicidad é interés en la vida, pero para el pesimismo sirve tan solo para despertarnos á la desventura, y segun él, á medida que un animal ocupa inferiores grados en la escala de la vida, es mejor y más grato su destino.

De todas suertes, la primera cuestion que se plantea al llegar á este punto es la que sigue: ¿cómo se alcanza la conciencia, cómo pasa lo inconsciente á lo consciente, cuál es el origen de esto? Al llegar aquí, nos encontramos en presencia del problema fundamental de la filosofía, del origen de la distincion del yo y el no yo, de la cuestion de cómo viene á conocerse el yo, como distinto del no yo. Para llegar á la solucion, Hartmann acepta de lleno las conclusiones de la investigacion fisiológica. El cerebro y los ganglios, son las condiciones indispensables de la conciencia animal; destruyendo las funciones cerebrales, fuera de todo punto imposible la actividad conscia. Y la conciencia de sí surge de la estupefaccion de la voluntad, ante la existencia de una idea que no ha *querido* y que sin embargo, es presente á los sentidos. Este

concepto lo explica Hartmann como sigue: «La idea no contiene en sí misma interés alguno en existir, esfuerzo alguno encaminado á la existencia actual. Mientras la conciencia de sí no existe, solo puede llegar á la existencia por medio de la Voluntad, y de esta suerte, antes de que surja la conciencia de sí no puede tener la mente en su propia naturaleza otras ideas que las que nacen á la existencia por medio de la Voluntad y forman su contenido. De pronto, la materia organizada rompe esta paz de lo Inconsciente consigo mismo é imprime, por la necesaria reaccion de las sensaciones, un concepto en la absorta mente individual, cual si ese concepto cayera del cielo, pues no encuentra dentro de sí Voluntad para esta idea: por vez primera viene de lo exterior el contenido de la intuicion. Se ha cumplido la gran revolucion, se ha dado el primer paso en la redencion del mundo, la idea es separada de la Voluntad para que pueda avanzar contra ella en lo futuro con independendencia, de modo que pueda aplastar ese poder de que en anteriores dias fué esclava.»

La mente individual conscia nace, como se vé, del hecho de que existe una idea que no ha sido *querida*. El dolor, por tanto, como implica que la Voluntad no ha sido satisfecha, tiende á ser mucho más conscio que el placer.

Esta teoría de la conciencia de sí dejará perplejo al lector. Se preguntará, en efecto, cómo puede darse cuenta lo inconsciente de esta oposicion que surge, de este opuesto que se le presenta, si no tiene conciencia de él. Hay una inmensa peticion de principio, aventurada y trabajosamente disimulada por Hartmann en esta parte importantísima de su teoría.

La evolucion de la conciencia desde el choque indicado descansa en una teoría ulterior de esta filosofía, en la identidad y unidad fundamental del espíritu y la materia. Hemos visto ya que la conciencia surge de una vibracion del cerebro, causada por la presencia de un objeto ageno á la Voluntad. Pero, ¿cómo puede obrar el cuerpo en el entendimiento, cómo puede haber comunicacion recíproca entre los dos? Si el alma y el cuerpo, si el espíritu y la materia son dos sustancias enteramente heterogéneas, esa comunicacion recí-

proca es inconcebible. Si, por el contrario, son idénticas, si son manifestaciones diferentes de una misma sustancia, desaparecerá muy luego la dificultad de su acción mútua, y un camino se abre para que las moléculas vibratorias del cerebro puedan perturbar la paz del alma inconscia. La explicación científica de los objetos de los sentidos los considera como la combinación de materia y fuerza. Pero la materia en realidad no es otra cosa, como vió Leibnitz muy bien, que una colección de fuerzas que atraen y de fuerzas que repelen, un sistema de fuerzas atómicas en cierto estado de equilibrio. Esta fuerza es la Voluntad: la combinación de fuerzas que se atraen y se repelen mútuamente desarrolla el mismo género de esfuerzos que la Voluntad ordinaria. Así se alcanza la Unidad del mundo, pues la base del mundo material es también la del mundo espiritual. Y Hartmann pretende que al resolver la diferencia del espíritu y la materia considerándolas como manifestaciones de una misma sustancia (el eterno Inconsciente), la dualidad de materialismo é idealismo desaparece en un sistema que los comprende á entrambos. Cree que solo un realismo trascendental como este puede dar una base firme al conocimiento y la posibilidad de la Metafísica. No nos pueden decir el idealismo subjetivo ni el natural realismo del entendimiento popular cómo se apodera de las cosas el pensamiento, ni cómo las conocemos en calidad de realidades objetivas. El conocimiento no es posible si las formas de la inteligencia no corresponden á la realidad de los seres, si espacio, tiempo y las categorías no son formas de ser al mismo tiempo que formas de pensamiento.

El mundo, según esta filosofía, nos muestra un sistema de desenvolvimiento gradual. No son para ella cosas opuestas la naturaleza y la historia; el proceso todo del mundo es historia, es en realidad historia de la naturaleza. Los vegetales nos muestran cualidades de más elevados organismos, exhiben huellas de poder restaurador, de acción refleja é instinto. Aparece también en el mundo vegetal esa misma conciencia de sí á que hemos aludido. No son los nervios las únicas condiciones de esta. Las formas inferiores de la animalidad, aunque conscientes, no tienen nervios. La conciencia se da en la

planta ó en la hoja de vid que se vuelve á la luz, en la *nimosa púdica* que esquivo los insectos, etc. Lo Inconsciente procede imperceptible y continuamente en su obra de evolucion, avanza en lo posible á pasos cortos, y realiza sus mayores diferencias acumulando cierto número de modificaciones individuales más pequeñas. Emplea en servicio de sus fines variaciones accidentales y mantiene al organismo en su grado más alto por medio de la seleccion natural y la lucha por la existencia. Hartmann cuida sin embargo de apuntar las limitaciones con que deben ser recibidas las teorías de Darwin. Segun Hartmann, el principio darwinista es válido y debe aceptarse en fisiología, pero no en morfología. Entiende que la seleccion natural en la lucha por la existencia sirve poderosísimamente para el creciente perfeccionamiento de un tipo dentro del mismo grado de organizacion, pero que no puede servir para explicar la transicion de un grado inferior de organizacion á otro más elevado, pues esa transición está siempre ligada con un incremento del tipo morfológico. Hartmann lo dice muy claramente en su tratado sobre el darwinismo; este solo ha logrado apoderarse de uno de los muchos medios de que la Idea se sirve para realizarse en la naturaleza. Concluye prematuramente esa teoría que una relacion ideal y formal indica afinidad genealógica, en que una forma se deriva en orden de descendencia de la otra. Y sin embargo, la conexión ideal y semejanza existentes entre diversas especies de animales prueba en sí misma una afinidad genealógica tan escasamente como la semejanza de diferentes formas minerales demuestra que una de estas ha dado origen á la otra.

La teoría darwinista de trasformacion en los individuos debe enmendarse y adoptarse luego con la teoría de *Kolliker* y *Bumgarten* llamada de la «generacion heterogénea» ó «transformacion del tipo por medio de las metamórfofis del gérmen,» segun la cual el primer huevo de la nueva especie debe producirse en el ovario de una especie anterior mediante la trasformacion de las condiciones embriológicas en el grado más primitivo. El agente puramente mecánico de la teoría darwinista, la lucha por la existencia, no puede llegar por sí mismo á ningun resultado racional, y solo puede alcanzarlo completándo-

se con otros factores que no debemos considerar mecánicos, llamados á desplegar esencialmente la uniforme energía formatriz de la naturaleza.

De suerte que el mundo es más bien una estructura teleológica que una composición mecánica. Como tal, desarrolla un progreso gradual desde las formas inferiores de la existencia hasta las más elevadas, con innumerables formas intermedias. Una necesidad lógica penetra efectivamente en toda la creación, ella comprende todas las uniformidades orgánicas é inorgánicas, y la teleología y el mecanismo son aspectos diferentes que se dan entre sí en la recíproca relación del fin y los medios.

Al llegar aquí la filosofía de Hartmann se hace como hemos visto un puro monismo. Un solo principio abraza é implica todas las manifestaciones del sér, todas las formas de la existencia material y espiritual, y este principio es lo Inconsciente. Y siendo solo manifestaciones de lo Inconsciente la materia y el espíritu, esa esencia, que es todo lo que es, debe ser el individuo absoluto. Como base de la existencia se sustrae á las categorías ordinarias de la lógica. «Lo Inconsciente no es grande ni pequeño, no está aquí ni allá, ni en lo finito ni en lo infinito, ni en alguna parte ni en ninguna.» Pero esta unidad, que lo incluye todo (*All-einheit*) de lo Inconsciente, deja la más amplia esfera á la existencia individual. Las diferentes células de la estructura orgánica poseen esas diversas unidades que constituyen un individuo, pues lo que llamamos individuo es en realidad la combinación de un número incalculable de individuos.

El mundo, en conjunto, es un mero fenómeno sin realidad permanente. «Es simplemente, dice el filósofo, una continua série de sumas de actos de la voluntad de lo Inconsciente, y solo existe en cuanto es mantenido continuamente. Si lo Inconsciente cesara alguna vez de querer el mundo, esta combinación de las actividades de lo Inconsciente cesaria también de existir.» Es puro engaño suponer que hay algo que tenga realidad actual en el mundo ó en el yo. El mundo consiste solamente en una suma de actividades de lo Inconsciente, el yo en otra suma.

Así se ha formado el mundo como emanación de lo Inconsciente. En todas partes lleva impreso el sello de un plan y una finalidad. Muestra por doquier una maravillosa adaptación de medios á fines. ¿Y todo esto para qué? No, como sostuvo la teología natural del siglo XVIII, para evidenciar en el mundo los designios de un Creador inteligente y benéfico, sino la manifestación de un sér cuyos predicados son negativos, cuya verdadera esencia es ser Inconsciente. El moderno pesimismo no levanta altares, como los antiguos atenienses, á un Dios desconocido, sino á un Dios que no conoce.

La Conciencia no es para Hartmann ese alto grado de desarrollo mental que generalmente se cree; es, por lo contrario, una ruptura, un quebrantamiento de esa unidad de la inteligencia absoluta, en la cual son uno el sugeto y el objeto. Por otra parte, lo Inconsciente no es ciego: hemos visto ya que es *clairvoyant*: es lo Superconsciente más bien que lo Inconsciente.

La religion de lo Inconsciente pretende haber sorprendido el término medio entre la doctrina popular de un infalible Creador instantáneo y un irreligioso ateísmo científico. Sostiene que un Dios cuya espiritualidad obra expresamente en forma de conciencia, es un Dios exterior y diferente del mundo. Solo puede encontrarse un Dios en que, según la fórmula de San Pablo, «vivamos, nos movamos y seamos;» en un Dios sin conciencia ni personalidad, del cual los individuos, con conciencia y personalidad, son meras funciones y manifestaciones. La religion del porvenir es, en opinión de Hartmann, un Monismo panteísta ó Monoteísmo impersonal inmanente.

El Cristianismo avanzó mucho hácia el establecimiento de ese Panteísmo monista. Con su doctrina fundamental de la Trinidad aparece como la primera tentativa de alcanzar una síntesis del Politeísmo Ariano y del Monismo Semítico. Hartmann cree que á pesar de todos sus exclusivismos y crueldades, no podrá ser mirado nunca fuera de la historia, y que muestra, juntamente con el Budismo, el camino que debe llevarnos á una perfecta forma de la religion. Sin embargo, no puede negarse, á juicio del filósofo, que el Cristianismo

y todas las religiones tradicionales han trabado una lucha interminable con toda ciencia y con la especulación. La religion del porvenir dejará el más vasto campo dentro de su Monismo panteista á todas las especulaciones de la ciencia progresiva.

No puede negarse que toda religion, en mayor ó menor grado, tiene que ser panteista si se la comprende rectamente. Dios tiene que estar en el mundo de que es Dios. Pero es muy discutible que la religion de lo Inconsciente pueda alcanzar este fin. El concepto de una deidad, llamémosle así, inconscia de sí misma, pero que irradia fuera de sí resplandores de conciencia que luego se reflejan en ella, parécenos un dualismo implícito.

No son nunca por ventura nuestras ideas de Dios más antropomórficas que cuando quieren serlo ménos. Tal vez sea este el caso en que se encuentra el Dr. Hartmann. Por elevar á Dios sobre la humana propiedad de la conciencia, le hace inconscio. Pero al obrar así evidencia muy luego que por la razon de que no podemos concebir *nuestra* conciencia, de tal manera ampliada que comprenda ó incluya toda conciencia posible, es fuerza considerar el sér de Dios como inconscio. La teoría de un Dios conscio que fuese á un tiempo individuo que todo lo implicara, envolveria, en sentir de Hartmann, una doble conciencia. No se comprende bien esta observacion. El mismo Hartmann reconoce la presencia de voluntades independientes conscias de sí dentro del compás de un espíritu individual conscio. ¿Por qué no habia Dios de estar respecto de cada uno de nosotros, de cada forma de la existencia, en la misma relacion que nosotros respecto de nuestros diversos actos y partes diversas? Yo soy en mis miembros, en mis actos, en mis sentimientos, en mis ideas: son mios, y sin embargo, no me constituyen, no crean mi personalidad. Podria suponerse que de la misma manera es Dios en cada uno de nosotros, en cada forma de la vida, sin que ninguna sea Dios. Así como no se puede resolver mi personalidad en las partes de que consto ni en mis actos, así Dios, aunque presente en todas sus obras, retiene una personalidad dentro de sí. Un Dios consciente es base



mucho mejor que un Dios inconscio para un sólido panteísmo.

Al discípulo de Hegel no pueden faltarle contestaciones para las dificultades en que naufraga la filosofía de lo Inconsciente. Sabe que en el mundo actual, Dios ha abierto la cerrada concha de la verdad, y que la idea de que son esferas la naturaleza y el espíritu, afirma al volver á sí en el espíritu, aquella conscia unidad de que se separó por algun tiempo en la naturaleza.

«El pensamiento como idea se pone y al mismo tiempo se conoce. Pero si el pensamiento se pone, es la absoluta conciencia que es conscia de sí, y de esta suerte, siendo conscia de sí, se diferencia como creadora de sí propio, como creado. Se abre camino del un extremo al otro, mientras que al mismo tiempo, como quiera que se conoce á sí propio, en esta distincion de sí propio, necesita volver á afirmarse en la diferencia y conteniéndola en sí. Y procede de esta suerte, desde un solo punto ó núcleo hácia adelante, sin abandonar sin embargo el terreno que ha ganado una vez, porque el terreno se mueve tambien. El gérmen del pensamiento se ha desenvuelto en un sistema orgánico, conservando empero su identidad» (1).

Y volviendo á lo Inconsciente, fácil es comprender, fijándose bien en la teoría, cuán léjos está del enlace y la trabazon que ha menester. Hemos visto que lo Inconsciente es la unidad de la Voluntad y la Idea. Pero la Idea no tiene interés alguno en existir. Sólo por medio de la Voluntad puede pasar del no sér al sér. El mundo es, por tanto, una creacion enteramente ciega é irracional; es en un principio, el resultado de una resolucion arbitraria de parte de la Voluntad á exteriorizarse. La Voluntad exterioriza la Idea y esta ha de quedar siendo esclava suya. Pero tan pronto como la Idea se ve existiendo, viene á ser conscia y reconoce que no estaba realmente hecha para realizarse, sino que se la debió dejar en estado inconscio. Víctima de la Voluntad que la impulsó, ha perdido aquella virginal inocencia que gozó en su estado de

(1) W. Wallace. *Prolegomena to Logic of Hegel*. p. cix.

pura existencia en sí misma. Pero la Idea, por sí misma, no puede detener la voluntad. Le es dado, en cambio, conducir por grados la Voluntad irracional á su propia destrucción. El objeto de esta, el fin del proceso cósmico, viene á ser la conciencia, y esta efectúa la emancipación de la Idea, con lo cual la Idea, por medio de la oposición de la conciencia, efectúa á su vez, la rota y ruina final de la fuerza exteriorizadora.

Decía Leibnitz que este mundo es el mejor de los posibles. Hartmann acepta desde luego esta verdad. Si se hubiera dado un contenido mejor en la Idea que la Voluntad exteriorizó, ese contenido mejor habría sido llamado á la existencia actual, en vez del mundo en que estamos. Pero decir que una cosa es la mejor, no es decir nada sobre su bondad. El mejor de los mundos posibles puede ser al mismo tiempo el peor. Después de todo, si la existencia debe su realidad á la Voluntad, causaría muy luego y *a priori* un verdadero asombro que esta existencia no fuese irracional.

Así es que Hartmann concede que este mundo es el mejor, pero añadiendo que es al mismo tiempo el peor. Cualquiera tentativa de compensar las penas y los placeres de nuestra vida, mostrará que el dolor es en alto grado su más importante factor. A decir verdad, la doctrina de Schopenhauer respecto de la naturaleza negativa del placer, no es más verdadera que la doctrina leibnitziana, tocante al carácter negativo del mal. Todo placer causa, sin embargo, pérdidas en los procesos nerviosos. Y el placer es siempre indirecto, como que surge de que cese ó se interrumpa el dolor, y le cuesta mucho llegar á la conciencia, á distinción del dolor que la produce por sí mismo. Sean cualesquiera los placeres que puedan hallarse en el mundo, no son en modo alguno equivalentes á la considerable suma de dolores que se hallan en él. Generalmente hablando, no es otra cosa el placer que la ausencia del dolor. ¿Qué son, por ejemplo, todos los llamados placeres de la salud, la juventud, la libertad, los medios bastantes para cada uno? ¿Son por ventura otra cosa que ausencia de enfermedades, vejez, esclavitud ó pobreza? ¿Y el mismo trabajo no es un mal? ¡Cuánta miseria no vincula en las masas laboriosas de nuestros conciudadanos! ¿Trabaja na-

die por gusto? «Un día y otro leemos casos de inanición ocurridos en las grandes ciudades. ¿Podrá compensar nunca la glotonería que se desarrolla en mil orgías la miseria de una vida sacrificada al hambre?»

¿Qué son en realidad los pretendidos placeres del amor? ¿Compensan de algún modo los sufrimientos del parto? ¿No conducen á uno de los más intensos dolores de las naciones civilizadas, á un pesar que se acrecienta diariamente á medida que el aumento de la cultura hace imprudentes é imposibles los matrimonios entre jóvenes? Y añade el filósofo: si pudiéramos ver y pesar el dolor y la amargura procedentes en cada lugar y cada tiempo de promesas de amor que se olvidan y desconocen, encontraríamos que esto escede la felicidad que del amor haya nacido en ese mismo lugar y en ese mismo tiempo, porque los padecimientos que traen los desengaños y las amarguras que engendra la traición persisten infinitamente más que la felicidad de las ilusiones. ¡Cuántos sacrificios colosales demanda el amor! ¡Y á cuántos obliga á separarse de sus hogares, de sus ocupaciones, de la sociedad que cultivan! Comparativamente, son pocas las relaciones amorosas que llevan al matrimonio; y aun parando en este, ¡cuán pocas son las uniones conyugales felices! El amor trae más amarguras que placeres al individuo. Y es que su misma infelicidad consiste en que por un instinto inconscio tenemos que amar, y solo la experiencia nos revela despues que vamos en pos de una ilusion engañosa, cuando el cielo que esperamos y el ángel que vamos buscando resultan imágenes de barro.

No trata con más suavidad la filosofía de lo inconsciente otros sentimientos que se han considerado muchas veces como puros y profundos placeres de este mundo. La simpatía, considerada en sí misma, es invariablemente un mal segun ella, pues trae siempre á las personas que simpatizan más amarguras que satisfacciones. La amistad no es otra cosa que el alivio de un pesar, el que engendra el aislamiento; la felicidad doméstica es una ilusion: el cuidado de los hijos compensa sobradamente los placeres que proporcionan á sus padres. Y la ambicion es en todas sus formas un engaño. ¿Qué pueden dar

á mi felicidad ó á mi desdicha lo que piensen y lo que digan de mí mis semejantes? En cuanto al fervor religioso, no hay necesidad de decir que solo podemos alcanzarlo por medio de la renuncia de todos los placeres terrenales, y en sus inferiores formas está unido con temores y dudas tales, que destruyen toda felicidad verdadera. La buena conducta y el proceder recto, no compensan en modo alguno la perversidad que ya existe. La caridad y el amor al prójimo sólo pueden considerarse como un mal necesario que sirve para atenuar otro mayor. Los placeres que producen la ciencia y el arte, difícilmente existen alguna vez como tales: están asediados por la ambicion y la vanidad, y rara vez son otra cosa que «adornos» de una señorita; cuando son reales, se adquieren á costa de una difícil perseverancia y de muchos sacrificios, de trabajo y padecimientos. Ni el sueño ni los ensueños pueden compensar los infortunios de la vida: casi siempre son una repetición de las inquietudes del dia. Las riquezas no pueden darnos placeres verdaderos, porque no pueden hacer otra cosa que asegurarnos esos goces de la vida que, segun hemos descubierto ya, son pura vanidad. La esperanza es, en verdad, un placer real. Pero ¡ay! las nueve décimas partes de nuestras esperanzas, van á parar en desengaños, y la amargura de las decepciones es mucho mayor que las dulzuras de la expectation. Preponderan de esta suerte en las alegrías del mundo el dolor y el trabajo. Añádanse ahora los males que ya hemos visto y los infortunios necesarios, y tendremos que repetir con el predicador de antaño: «Vanidad de vanidades: todo es vanidad.»

El progreso intelectual no aliviará esta miseria: todo incremento de saber es mayor intensidad de dolor. Aquellos pueblos que sienten ménos, cuyos nervios y simpatías están mas embotados, son los que viven más dichosamente. Y dice el filósofo: los animales son más felices, es decir, ménos desgraciados que el hombre, porque el exceso de dolor que tiene que soportar un animal es más pequeño que el de los humanos. Basta reflexionar con cuánta comodidad un buey ó un ganso viven, no de otro modo que si hubieran aprendido de Aristóteles á buscar su libertad huyendo de cuidados y moles-

tias, á diferencia de los hombres, que quieren encontrarla persiguiendo la felicidad. «Aquel que acrecienta su saber, acrecienta sus pesares.» El dolor alcanza su plenitud con los seres de organizacion delicada, ricos en dones espirituales y sobre todo en el sér conscio.

Tal es, segun la filosofía de lo Inconsciente, el primer grado de la ilusion. Puede ser descrito en términos generales como el período en que se considera posible la felicidad en los actuales grados del desenvolvimiento del mundo y en la vida terrenal. Históricamente está representado este período en el antiguo mundo judaico-greco-romano. Una felicidad como esta resulta por fuerza un mero engaño con mayor parte de dolor que de placer. Al hacer este descubrimiento entra el hombre en el segundo período de ilusion, en que se considera la felicidad como cosa que se ha de conquistar en una vida que se extiende más allá del sepulcro. Este segundo período es esencialmente cristiano. El viejo judaismo tendia á encontrar la felicidad en una satisfaccion terrenal. La religion de Cristo mira la tierra como lugar de prueba y preparacion para una vida mejor.

Pero este período que busca su felicidad en una vida futura, contiene una ilusion tan grande como el que la buscaba sobre la tierra. Independientemente de los padecimientos propios de semejante estado es la violenta sujecion de la carne, y por otra parte, en las dudas y temores que escita, descansa sobre una aseveracion que no puede garantizar la filosofía de lo Inconsciente, la aseveracion de la supervivencia individual. Ya hemos visto que la individualidad, ora se trate del organismo ó del yo, es pura y simplemente un fenómeno, una apariencia que se desvanece en la hora de la muerte. Solo persiste lo Inconsciente, que es el todo en uno y que produjo el fenómeno.

Este segundo período obra individual é históricamente como necesaria transicion entre el primero y el tercero. Cuando ya ha trascurrido, toda esperanza egoista de felicidad individual en la vida actual ó en la futura, ha dejado de ser, y el espíritu aspira solamente á realizar un pensamiento en que la personalidad se eclipsa, el de trabajar desinteresadamente por

el bienestar y los adelantos de las futuras generaciones. Consiste, por tanto, el tercer período, en considerar que la felicidad está contenida ó descansa en el porvenir de la historia del mundo. En el tercer período no trabaja el hombre por sus propios intereses, reconoce el hecho de que una misma esencia siente, lector, el dolor tuyo y el mio, mis placeres y los que tú disfrutas, y en este estado de conciencia desaparecen para siempre el egoismo y los goces egoistas en que cifrábamos la felicidad anteriormente. Lleno está entónces el individuo del olvido de sí mismo, abdica todas sus miras interesadas y no trata de satisfacerse con el suicidio ó la mortificación egoista, sino con un noble entusiasmo por la humanidad y un firme propósito de consagrarse al servicio de sus semejantes.

Pero este tercer período es tan engañoso como los anteriores. Avanzará la humanidad cuanto sea posible; pero no conseguirá destruir ni aliviar siquiera los mayores padecimientos del hombre, las enfermedades, la ancianidad, la escasez y el descontento. Las causas del hambre y la miseria aumentarán por fuerza con el crecimiento de la población. Las gentes más satisfechas y tranquilas son las que viven en estado natural y las clases de escasa cultura. Todo lo que sea acrecentar la cultura de un pueblo es acrecentar su infelicidad. La falsedad y los enredos aumentan la civilización, y para convencerse de que la barbárie salvaje puede ser contenida, pero no estirpada, basta fijarse con algun detenimiento en la guerra civil de los Estados-Unidos y en la Commune de París. Los que cultivan ciencias y artes son más numerosos cada día; pero cada día son sus obras más vulgares. El arte se hará cada día menos original y llegará á ser un narcótico para las horas de aburrimiento. La vida de la humanidad es en realidad idéntica á la individual. El mundo avanza ya muy rápidamente hácia la vejez, y debemos esperar que llegará un día en que reconozca cuán vanos son sus pasados intentos. Pero se diferencia del individuo en que no tendrá herederos, dejará de perseguir una felicidad que no puede alcanzar y esperará solamente la paz del no sér. Tal vez encontrará el lector incómodos y desesperantes estos resultados; pero debe tener en cuenta que no se debe buscar consuelos en la filosofía. La filo-

sofía es ruda y no siente; consiste en evidenciar la vanidad sin nombre de la existencia, porque ella es quien descubre la insensatez de la Voluntad.

¿En qué consiste, pues, el deber del hombre? El no sér del mundo es sin disputa preferible á su existencia. Pero no se debe llegar á este fin por medio del suicidio ú otra forma cualquiera de individual negacion de la Voluntad. Aunque toda la raza humana cesase unánimemente de atender á la propagacion de la especie, el mundo no sufriria ninguna alteracion material. Lo Inconsciente aprovecharia la primer oportunidad de crear un nuevo hombre ó un nuevo tipo correspondiente, y toda la infelicidad que existió ántes volveria entónces á existir.

La base de la filosofía práctica debe consistir en hacer fines de la Conciencia los fines de lo Inconsciente. Ya hemos visto que la Conciencia es el fin inmediato del proceso del mundo. Todo en el cielo y en la tierra, como dice Hegel, tiende solo á esto: á que el espíritu puede conocerse, puede hacerse su objeto y ser conforme á sí. Pero la misma conciencia es un medio respecto de un fin ulterior. Este fin debia ser la felicidad, porque tal es la esencia de la Voluntad que va en busca de su satisfaccion. Pero esta esperanza de la felicidad es vana, como hemos visto ya, y se plantea así una profunda oposicion entre la Voluntad que tiende á satisfacerse y la Inteligencia que se emancipa cada vez más del deseo por medio de la Conciencia. La naturaleza esencial de la Conciencia es la emancipacion de la Inteligencia respecto de la Voluntad. A medida que la Conciencia se adelanta á su claridad, agudeza y dominio necesarios, reconoce mejor la irracionalidad de la Voluntad y la combate implacablemente. El objeto con que la omnisciencia de lo Inconsciente ha creado la Conciencia es por tanto que emancipe á la Idea de ese acto de la Voluntad de que no puede librarse. El proceso cósmico es una lucha continua entre lo lógico y lo ilógico ó sea el desarrollo irracional de la Voluntad.

El único medio de alcanzar la victoria consiste en entregar incondicionalmente la existencia personal al proceso cósmico para el cumplimiento del fin de este, que es la salvacion del

Universo. Y no demanda este principio el retiro del quietismo, sino la dejacion de toda mira egoista. No contiene una desunion, sino una reconciliacion completa con la vida y sus deberes. Nos lleva á esa unidad del Optimismo y del Pesimismo que únicamente puede dar fundamento á una accion enérgica y valedera.

El definitivo triunfo de la Inteligencia sobre la Voluntad y la consiguiente destruccion del mundo puede esperarse confiadamente para un período no lejano. A medida que con la gradual dispersion de los séres humanos en la superficie de la tierra y la extincion gradual de los animales inferiores lo Inconsciente se concentre en el hombre y venga de esta suerte á tener conciencia de la irracionalidad de la creacion, á medida que el hombre se penetre de la infelicidad de la existencia y este sentimiento se fortalezca con la herencia, á medida que las gentes adquieran mayor aptitud para la cooperacion, la mayor parte del espíritu activo en el mundo adoptará la resolucion de destruir el acto de la Voluntad, y el mundo se desvanecerá en la nada. Lo Inconsciente volverá á ese pasivo estado de pura inteligencia de que no debió pasar nunca, y la posibilidad de otro mundo, con todas las miserias de este, quedará agotada y exterminada para siempre.

Tal es la doctrina desesperada en que acaba la filosofía de lo Inconsciente. Nos dice, en resúmen, que la Razon reconoce en el mundo que el mundo es irracional y prepara por tanto su destruccion, destruccion á que debe cooperar el hombre. Este resultado no alarmará á quien haya visto cuán insuficientes son las proposiciones en que descansa. La doctrina de la finalidad es, ya lo hemos visto, errónea y está mal aplicada; la presencia de lo Inconsciente se apunta en muchos casos en que podria descubrirse una explicacion física suficiente y á cada paso desconoce Hartmann la verdadera relacion que existe entre la materia y el espíritu, aunque declara que reconoce y proclama como postulado la unidad fundamental del espíritu y la materia.

Las conclusiones de la filosofía de lo Inconsciente descansan en un cálculo de los placeres y las penas. Entiende Hartmann que el platillo del dolor se inclina mucho más que el del pla-



cer. Una comparacion así implica la comensurabilidad del dolor y del placer. Pero esta comensurabilidad descansa en un error respecto de la naturaleza de cada uno de estos elementos. Y en efecto, la comparacion de ventajas en la eleccion de la Voluntad es un punto en que estamos todos de acuerdo; pero nótese que no se trata aquí de una simple comparacion de placeres y dolores. Lo que aparece como comparacion de un grado de dolor con otro de placer es realmente la comparacion de las ventajas de un modo de obrar respecto de otro, ó en otros términos, el placer y el dolor han sido universalizados. Por otra parte, el placer y el dolor, como reparó Sócrates (Platon *Fedon*), están estrechamente ligados entre sí; pero no se sigue de aquí, como pretende Hartmann, que la diferencia entre los dos sea cuantitativa. El placer se convierte en dolor cuando pasa de cierto límite. No nos autoriza esto, sin embargo, para decir que la diferencia no es cualitativa, pues la cualidad y la cantidad no son estrictamente opuestos; son tan solo momentos de la medida, que es la cantidad cualitativa ó unidad de la cualidad y la cantidad.

Puede el placer pasar al dolor y el dolor al placer manteniendo su distincion cualitativa, como la virtud puede caer en el vicio conservándose cualitativamente distinta de este. Por otra parte, los placeres mayores, como las más altas virtudes, quedarán fuera de esta transicion cuantitativa. Tambien se debe tener en cuenta que el placer, segun Hartmann, es la satisfaccion de la Voluntad, y el dolor lo contrario. Una breve reflexion nos dice, sin embargo, que esta satisfaccion es la condicion del placer, no su carácter esencial. El puro deleite de una madre ante el hijo que acaba de dar á luz, el trasporte del amante al convencerse de la reciprocidad del afecto que le conmueve, el entusiasmo de las personas competentes ante una obra de arte, serán, aceptando la teoría de que hablamos, el resultado de que se satisface una voluntad inconscia, no de otra suerte que el placer que pueda proporcionarnos un vaso de cerveza responde á una voluntad consciente ó apetito respecto de esa bebida. La condicion del sentimiento no es, sin embargo, el sentimiento mismo. El placer, como indicó parcialmente Platon y expuso

plenamente Aristóteles, no es estrictamente la satisfacción de un estado de necesidad y sufrimiento. El placer y el dolor son en sí mismos, y como sentimientos, positivos y valederos; pero son al mismo tiempo, con relación á sus causas y objetos, notoriamente subjetivos y variables. El hombre ordinario prefiere la más vulgar cerveza al mejor vino, y una canción cómica á una sinfonía de Beethoven. ¿Cómo podrán compararse, siendo así, los dolores y los placeres? Yo puedo encontrar mi placer en la resistencia, en la lucha, en el esfuerzo, y nadie tendrá el derecho de llamar padecimiento á esta lucha mía. ¿Quién podrá decidir cuál estado es en sí placentero y cuál es desdichado? ¿Quién determinará si la soledad en que unos encuentran placeres y otros amarguras es realmente un placer ó un dolor? Si es verdad que Schopenhauer sostiene que ninguna suma de placeres puede compensar un dolor cualquiera, con el mismo derecho es dado sostener á Spencer y á los poetas:

One loving howre

For many yeares of sorrow can dispence

A dram of seveete is worth a pound of sowre. (1)

Es también de notar que los más puros placeres, aquellos que nacen de los más nobles y elevados sentimientos, llenan de luz y de dulzura las almas, aunque permanezcan silenciosos y ocultos en el fondo del corazón.

No se debe estimar, por tanto, nuestra vida por un cálculo aritmético de sus alegrías y pesares.

Si el objeto de la vida humana consiste en proporcionarnos los goces mayores, en reunir la cantidad mayor de placeres que podamos alcanzar, podría ser que fuese la existencia miserable y desdichada. Pero hay otro modo de considerar la vida, y es considerarla como una esfera en que el hombre viene á trabajar y á luchar. ¿Cuál de estas dos concepciones es más elevada? Esta es una cuestión que cada hombre puede plantearse á sí mismo; pero no es menos cier-

---

(1) Los versos transcritos en el texto dicen así, traducidos del inglés antiguo en que están: *Una hora de amor compensa muchos años de pesares; una dracma de miel vale una libra de acibar.*

to que casi todos saben que la felicidad consiste más bien en perseguir un objeto que en adquirirlo. Sucede muy á menudo que cuando el corazon suspira por una cosa y vivimos en cierto modo para ella, aplicando á su adquisicion toda nuestra actividad y toda nuestra energía, nos asalta el pensamiento de que un poder sobrenatural podria entregarla inmediatamente á nosotros, y entónces no tarda en abrirse paso el pensamiento de que valdria entónces mucho ménos para nosotros, porque el interés que por ella sentimos y la felicidad que en ella ciframos no consisten tanto en su posesion como en la lucha y los esfuerzos que debemos emplear para conseguirla. Cuando Lessing decia que si Dios le dejara elegir entre la verdad que en la mano derecha tuviera y el deseo de alcanzarla que en la izquierda le presentara, aun á condicion de un error perpétuo, considerando que la verdad solo pertenece á Dios, se iria humildemente á la mano izquierda por quedarse con lo que en ella le mostrara, expresaba, en verdad, un concepto de la vida que se diferencia hondamente del que Hartmann nos ofrece.

Una antigua definicion de la felicidad, casi olvidada hoy, nos dice que consiste para nuestro sér en realizar la íntima esencia que en nosotros se manifiesta. Esta noble y profunda definicion se levanta con irresistible fuerza contra las desesperadas conclusiones del pesimismo moderno. Solo *con el trabajo del corazon, de las rodillas y las manos* podremos escalar las escarpadas rocas del deber. Venimos al mundo para gozar nuestra salvacion por la purificacion interna y el triunfo de nuestras más puras y elevadas ideas. Verdad es que la version judáica de la caida en el pecado presenta al trabajo como un castigo impuesto al hombre para que se cumpla la expiacion del pecado original. Hartmann considera que es uno de los infortunios, una de las miserias de la vida. Nosotros no aceptamos esta opinion y creemos que el trabajo es una gloria y un placer, pues encierra ese sentimiento de la personalidad hácia el cual deben dirigirse y se dirigen siempre los hombres.

Es verdad que el mundo se nos presenta muy á menudo desdichado y miserable, y nadie disputará la exactitud ni el valor de muchas observaciones de Hartmann. Pero ya hemos

visto que el dolor y el malestar son los que llegan plenamente á la conciencia. Sucede muchas veces que el curso de las cosas del mundo aparece lleno de cosas que escitan, como notaba Stuart Mill, la más profunda aversion cuando los hombres las cometen; pero no es ménos cierto que aparece tambien lleno de esos magníficos procesos ó desenvolvimientos de vida y amor que el mismo Hartmann ha delineado con tanta fortuna. Y es difícil comprender cómo la separacion hartmaniana de la Voluntad y la Idea en la esencia superconscia puede resolver el misterio del mal. Y en efecto, toda tentativa de criticar la creacion en conjunto tiene que ser irracional y ridícula, porque es la tentativa de una inteligencia individual que aspira á criticar esa Inteligencia universal de la cual es en cierto modo un fragmento, con los rayos de luz que ella le dió. Aun cuando vemos en el curso de la vida que se resuelven muchos misterios, que se corrigen muchos errores, que se explican muchos fenómenos, apénas se pueden vislumbrar con cuánta superioridad hará esto mismo desde su punto de vista esa inteligencia absoluta y suprema.

En cuanto á los períodos segundo y tercero de la ilusion, no necesitan un exámen particular. La destruccion de la individualidad á que Hartmann llega agrada á muy pocos lectores, y los que acepten sus hipótesis fundamentales no verán claramente quizás la razon de que excluyan la posibilidad de una vida eterna. Es cuestion planteada por otra parte de muy diferente modo en muchos casos que el Cristianismo está identificado con la esperanza de una vida futura. Ciertamente, las palabras de Cristo que Hartmann comenta (*tendreis paz en mí*) no implican inmediatamente esas esperanzas. Strauss ha dicho que aquel que necesite todavía la esperanza de una recompensa futura para obrar bien necesita tener mucho cuidado para no caer. Con más dificultad todavía llevarán la conviccion á los ánimos las sombrías consideraciones con que trata de demostrar el filósofo pesimista la vanidad de una existencia consagrada al servicio de la humanidad, servicio que casi tanto como la esperanza de una vida futura constituye talvez un elemento esencial del Cristianismo.

Y es en verdad un hecho muy significativo que esta *filo-*

*sojía de la desesperacion* haya alcanzado en cinco años seis ediciones. *Qualis populus, talis sacerdos*: para tal pueblo, tal sacerdote. La misma literatura parece que cede también á la presión del pesimismo, y la voz de Casandra resuena por doquier en nuestras novelas y revistas. Cierta cinismo que acoge con maliciosa sonrisa al entusiasmo y no cree en el desinterés, no está á decir verdad muy en desuso actualmente. ¿Habrá llegado Europa á ese período en que la ciencia filosófica que le puede parecer aceptable tendrá que asemejarse á esas doctrinas de la emanación, que consolaron al decadente pensamiento de Grecia? No debemos pensar así cuando tengamos á la vista un exámen cualquiera de la filosofía de lo Inconsciente. Hartmann observa, que «aquellos sistemas filosóficos que tienen mayor número de discípulos, son precisamente los más pobres y los menos filosóficos.» Hemos visto que, á despecho de toda su ingenuidad, esto es lo que sucede á la filosofía que hemos examinado; hemos visto que sus conclusiones pesimistas en particular, descansan en una errónea consideración del placer y de la vida y que en vez de la melancolía abrumadora, que solo puede ser útil para cooperar á la demolición del mundo de la Voluntad, sigue siendo el deber y la misión de los hombres,

*To strive, to seek, to find, and not to yield.* (1)

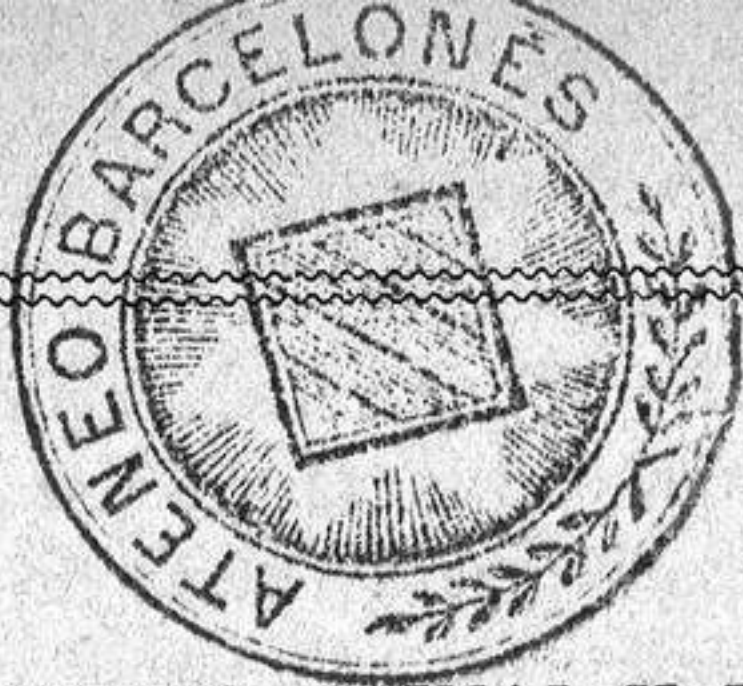
R. M.

(*Westminster Review.*)

---

(1) Luchar, buscar, encontrar y no rendirse.

---



## CONFINES ENTRE LOS REINOS ANIMAL Y VEGETAL. <sup>(1)</sup>

---

En toda la historia de la ciencia nada hay más notable que la rapidez del desarrollo del conocimiento biológico en los últimos cincuenta años, y la amplitud de la modificación que se ha efectuado por tanto en algunos de los conceptos fundamentales del naturalista.

En la segunda edición del *Régne animal*, publicada en 1828, dedica Cuvier una sección especial á la «Division de los seres organizados en animales y vegetales,» en la cual se trata la cuestión con aquella comprensión de conocimiento y aquel claro juicio crítico que caracterizan sus escritos y que con razón podemos considerar como expresiones que representan el más extenso, si no el más profundo conocimiento de su tiempo. Nos dice que los seres que viven han sido subdivididos desde los más remotos tiempos en *seres animados*, que poseen sentido y movimiento, y *seres inanimados*, que están desprovistos de estas funciones y simplemente vegetan.

Aunque las raíces de las plantas se dirigen por sí mismas hácia lo húmedo y sus hojas hácia el aire y la luz; aunque las partes de algunas plantas exhiben movimientos oscilatorios sin causa alguna perceptible, y las hojas de otros se retiran al tocarlas, sin embargo, ninguno de estos movimientos es bastante para atribuir á las plantas percepción ó voluntad.

De la movilidad de los animales deduce Cuvier, con su característica parcialidad por el razonamiento teleológico, la

---

(1) Discurso pronunciado en la Real Sociedad de Lóndres el 28 Enero 1876.

necesidad de la existencia en ellos de una cavidad alimenticia ó de un depósito de alimento, desde el cual pueda ser llevada la nutrición por los vasos, que son una especie de raíces internas; y en la presencia de esta cavidad alimenticia vé naturalmente la distinción primaria y más importante entre los animales y las plantas.

Siguiendo su argumento teleológico, observa Cuvier que la organización de esta cavidad y de sus accesorios necesita forzosamente y de toda necesidad variar según la naturaleza del alimento y las operaciones á que tiene este que sujetarse antes de quedar convertido en sustancias á propósito para ser absorbidas, mientras que la atmósfera y la tierra dan á las plantas los jugos ya preparados y que pueden ser inmediatamente absorbidos.

Como el cuerpo animal requería ser independiente del calor y de la atmósfera, no había medios por los cuales pudiera ser producido por causas internas el movimiento de sus fluidos. De aquí surgió el segundo gran carácter distintivo de los animales ó el sistema circulatorio, que es ménos importante que el digestivo, supuesto que era innecesario, y por lo tanto no existe en los animales más simples.

Los animales necesitaban además músculos para la locomoción y nervios para la sensibilidad. Por esto, dice Cuvier, era necesario que la composición química del cuerpo animal fuera más complicada que la de la planta; y esto es así por cuanto una sustancia adicional, el nitrógeno, entra en ella como elemento esencial, mientras que en las plantas el nitrógeno está solo accidentalmente unido con los otros tres constituyentes fundamentales de los seres orgánicos, carbono, hidrógeno y oxígeno. Y verdaderamente que después afirma que el nitrógeno es peculiar á los animales, y en esto funda la tercera distinción entre el animal y la planta.

El suelo y la atmósfera proveen á las plantas de agua compuesta de hidrógeno y oxígeno; de aire, que consiste en nitrógeno y oxígeno; y de ácido carbónico, que contiene carbono y oxígeno.

Ellas retienen el hidrógeno y el carbono, despiden el oxígeno superfluo, y absorben poco ó nada del nitrógeno. El

carácter esencial de la vida vegetal es la exhalacion del oxígeno, que se efectúa por medio de la luz.

Los animales, por el contrario, sacan su nutricion, ya directa, ya indirectamente, de las plantas. Se desembarazan del hidrógeno y del carbono sobrantes ó supérfluos y acumulan el nitrógeno. Las relaciones de las plantas y de los animales con la atmósfera son, por lo tanto, inversas. La planta saca agua y ácido carbónico de la atmósfera; el animal contribuye con ámbos á ella. La respiracion, esto es, la absorcion de oxígeno y la exhalacion de ácido carbónico, es la funcion especialmente animal de los animales, y constituye su cuarto carácter distintivo.

Así escribia Cuvier en 1828. Pero en las décadas cuarta y quinta de este siglo se ha efectuado, por la aplicacion del microscopio moderno á la investigacion de la estructura orgánica, la mayor y más rápida revolucion que la ciencia biológica ha sufrido; por la introduccion de métodos exactos y fácilmente practicables para conducir el análisis químico de compuestos orgánicos, y finalmente, por el empleo de instrumentos de precision para la medida de las fuerzas físicas que están en actividad en la economía viva.

Que los contenidos semi-fluidos (que ahora llamamos protoplasma) de las células de ciertas plantas, como los *Charæ*, están en mocion regular y constante, fué puesto en claro por Bonaventura Corti hace un siglo; pero el hecho, aunque era importante, cayó en el olvido, y tuvo que ser redescubierto por Treviranus en 1807. Roberto Brown notó las más complejas mociones del protoplasma en las células de los *Tradescuntia* en 1831; y ahora se conoce perfectamente que tales movimientos de la sustancia viva de las plantas son algunos de los fenómenos más prevalentes de la vida vegetal.

Agardh y otros botánicos de la generacion de Cuvier, que se ocuparon en las plantas inferiores, habían observado que, en circunstancias particulares, los contenidos de las células de cierto sargazo del mar estaban colocados en libertad y se movian en diversas direcciones con velocidad considerable y con todas las apariencias de espontaneidad, como cuerpos lo-



comotores, y estos por su semejanza con los animales de organización sencilla, se llamaron «zoosporidios.»

Todavía en 1854, sin embargo, un boticario de la eminencia de Schleiden trata muy escépticamente de estas afirmaciones; y su escepticismo estaba tanto más justificado cuanto que Ehrenberg, en su elaborada y comprensiva obra sobre *Infusoria*, había declarado que el mayor número de las que son ahora reconocidas como plantas locomotivas, son animales.

De aquí el argumento teleológico para el primer carácter diagnóstico de Cuvier—la presencia en los animales de una cavidad alimenticia ó bolsa interna, en la cual llevan su alimento—queda destruido, al ménos en cuanto se refiere al modo de expresarlo. Y con el adelanto de la anatomía microscópica, la universalidad del mismo hecho entre los animales ha cesado de ser predicable. Muchos animales de estructura aún compleja que viven como parásitos de otros, están completamente desprovistos de cavidad alimenticia. Se les provee de nutrimento, no solamente ya cocido ó preparado, sino también digerido ya, y el canal alimenticio, que se ha hecho supérfluo, ha desaparecido. Además, los machos de la mayor parte de los Rotíferos no tienen aparatos digestivos; como ha observado un naturalista alemán, se dedican enteramente al servicio del amor, *Minne-dienst*, y pueden ordenárselos ó colocárselos entre las pocas realizaciones del ideal byroniano de un amante. Finalmente, entre las formas inferiores de vida animal, el descoloramiento de la protoplasma gelatinosa, que constituye el todo del cuerpo, no tiene cavidad digestiva ó boca permanente, sino que toma su alimento por cualquier parte y digiere, por decirlo así, con todo su cuerpo.

Pero aunque la principal diagnóstico de Cuvier del animal y la planta no resistirá una prueba estricta, queda como uno de los más constantes caracteres distintivos de los animales. Y si sustituimos á la posesion de una cavidad alimenticia, el poder de introducir materia nutritiva sólida en el cuerpo y de digerirla en él, la definicion así cambiada abrazará á todos los animales, excepto ciertos parásitos, y los pocos y excepcionales casos de los animales no parásitos que no se alimentan de

ningun modo. Por otra parte, la definicion con la dicha enmienda excluirá todos los organismos vegetales ordinarios.

El mismo Cuvier abandona prácticamente su segunda señal distintiva cuando admite que carecen de ella los más simples animales.

La tercera distincion está basada en un concepto completamente erróneo de las diferencias y semejanzas químicas entre los constituyentes de los organismos animales y vegetales, por el cual no es responsable Cuvier, por ser corriente entre los químicos contemporáneos suyos.

Ahora está establecido que el nitrógeno es un constituyente tan esencial de la materia vegetal como de la animal viva, y que la última es, químicamente hablando, tan complicada como la primera. Las sustancias feculentas, la celulosa y el azúcar, que en un tiempo se supuso estar exclusivamente destinadas á las plantas, se sabe hoy que son productos regulares y normales de los animales. Las sustancias amiláceas y sacarinas son en gran parte producidas, aun por los animales superiores; la celulosa está extendida como un simple de los esqueletos de animales inferiores; y es probable que las sustancias amiloides están universalmente presentes en el organismo animal, aunque no en la forma precisa de almidon.

Más aún; aunque permanece siendo verdad que hay una relacion inversa entre la planta verde al influjo del sol y el animal, en cuanto, en estas circunstancias, la planta verde descompone ácido carbónico y exhala oxígeno, mientras que el animal absorbe oxígeno y exhala ácido carbónico; todavía las investigaciones exactas del investigador químico moderno de los procesos fisiológicos de las plantas han demostrado con claridad la falacia de intentar trazar una distincion general entre los animales y vegetales en este punto. En verdad la diferencia se desvanece con el brillo del sol, aun en el caso de la planta verde, la cual en la oscuridad absorbe oxígeno y suelta ácido carbónico como cualquier animal. Al mismo tiempo que aquellas plantas tales como los hongos, que no contienen clorófila y que no son verdes, están siempre, en cuanto á la respiracion se refiere, en la posición exacta de los animales. Absorben oxígeno y sueltan ácido carbónico.

Así, por el progreso del conocimiento, la cuarta distinción de Cuvier entre el animal y la planta ha sido tan completamente invalidada como la tercera y la segunda, y aun la primera puede únicamente ser conservada en una forma modificada y sujeta á excepciones.

¿Pero ha tendido el adelanto de la biología simplemente á derrumbar las antiguas distinciones sin establecer otras nuevas?

Con un requisito que se ha de considerar ahora, la respuesta á esta pregunta está indudablemente en la afirmativa. Las famosas investigaciones de Schwann y Schleiden en los años 1837 y siguientes fundaron la ciencia moderna de la histología, ó sea aquel ramo de la anatomía que trata de la estructura última visible de los organismos, revelada por el microscopio; y desde aquel día hasta hoy el mejoramiento rápido de los métodos de investigación y la energía de una hueste de observadores escrupulosos ha dado cada vez mayor aliento y firmeza á la gran generalización de Schwann, á saber, que una unidad fundamental de estructura se obtiene en los animales y en las plantas, y que por diversos que puedan ser los tejidos de que sus cuerpos están compuestos, todas estas variadas estructuras resultan de las metamorfosis de unidades morfológicas, llamadas *células* en un sentido más general que aquel en que la palabra *células* fué usada al principio, que no son solamente semejantes en animales y en plantas respectivamente, sino que presentan una semejanza íntima fundamental cuando esos animales y esas plantas se comparan juntos.

La contractilidad, que es la condición fundamental de locomoción, se ha descubierto que existe no solamente en las plantas con mucha más amplitud de lo supuesto en un principio, sino que en las plantas el acto de contracción va acompañado, como las interesantes investigaciones del Dr. Burdon Sanderson lo han demostrado, por un desorden del estado eléctrico de la sustancia contráctil comparable al que fué encontrado por Du Bois Reymond ser concomitante de la actividad de un músculo ordinario en los animales.

Además, yo no conozco una prueba por la cual la reac-

cion de las hojas del *rocío del sol* y de otras plantas cuando se las estimula, tan plena y cuidadosamente estudiada por Mr. Darwin, pueda distinguirse de estos actos de contraccion que siguen á los estímulos, que se llaman reflejos en los animales.

En cada lóbulo de hoja bilobulada de la trampa de mosca de Vénus (*Dionœa muscipula*), hay tres delicados filamentos que salen en ángulos rectos de la superficie de la hoja. Tocad uno de ellas con el extremo de un cabello humano fino, y los lóbulos de la hoja instantáneamente se cierran (1) en virtud de un acto de contraccion de parte de su sustancia, justamente como el cuerpo de un caracol se contrae dentro de su concha, cuando se irrita uno de sus *cuernos*.

La accion refleja del caracol es el resultado de la presencia de un sistema nervioso en aquel animal. Se verifica un cambio molecular en el nervio del tentáculo, es propagado á los músculos por los cuales el cuerpo se retrae, y obligándolos á contraerse, el acto de retraccion ocurre. Desde luego, la similitud de los actos no envuelve necesariamente la consecuencia de que sea él mismo el mecanismo merced al cual se efectúan aquellos; pero sugiere una sospecha de su identidad que necesita cuidadosa comprobacion.

Los resultados de investigaciones recientes en la estructura del sistema nervioso de los animales convergen hácia la conclusion de que las fibras nérveas, que hasta aquí hemos considerado como últimos elementos del tejido nervioso, no son tales, sino meramente las agregaciones visibles de filamentos muchísimo más ténues, cuyo diámetro disminuye hasta los límites de nuestra actual vision microscópica, grandes hoy por lo que los han extendido los adelantamientos modernos del microscópio; y que un nervio es, en su esencia, nada más que una série lineal de protoplasma especialmente modificado entre dos puntos de un organismo, uno de los cuales puede afectar al otro por medio de la comunicacion así establecida. De aquí se puede concebir que aun los seres más simples, puedan poseer un sistema nervioso. Y la cuestion de

---

(1) Darwin *Insectivorous Plants*. p. 289.

si las plantas están provistas con un sistema nervioso ó no, adquiere de este modo un nuevo aspecto y presenta al histólogo y al fisiólogo un problema de dificultad extrema, que debe ser atacado desde un nuevo punto de vista y con ayuda de los métodos que todavía han de ser inventados.

Así debe admitirse que las plantas pueden ser contráctiles y locomotivas; que en cuanto á locomotivas, sus movimientos pueden tener tanta apariencia de espontaneidad, como los de los más inferiores animales; y que muchas presentan acciones comparables á las producidas por la agencia de un sistema nervioso en los animales. Y debe ser permitida la posibilidad de que ulteriores investigaciones revelen la existencia de algo comparable á un sistema nervioso en las plantas. De manera que yo no sé en dónde podemos esperar hallar una distincion absoluta, entre los animales y las plantas, á ménos que volvamos á su modo de nutricion, y busquemos si ciertas diferencias de un carácter más oculto que las supuestas por Cuvier, y que ciertamente se mantienen para la inmensa mayoría de animales y plantas, son de aplicacion universal.

Una algarroba puede ser abastecida con agua, en la cual sales de amoniaco y ciertas otras sales minerales estén disueltas en debida proporcion, con aire atmosférico que contenga su menuda dosis ordinaria de ácido carbónico, y con nada más que luz solar y calor. En estas circunstancias, extraordinarias como son, con direccion propia, la algarroba arrojará fuera su radícula y plúmula; la primera crecerá para abajo en las raíces, la última, para arriba en tallo y hojas de una vigorosa planta de algarrobas; y esta planta florecerá y producirá á su tiempo su cosecha de algarrobas, del mismo modo que si hubiera crecido en el jardin ó en el campo.

El peso de los compuestos proteina nitrogenada, de las sustancias aceitosas, amiláceas, sacarinas y leñosas, contenidas en la planta completamente desarrollada y en sus semillas, será muchísimo más grande que el peso de las mismas sustancias contenidas en la algarroba de la cual brotó. Pero nada se ha dado á la algarroba, sino agua y ácido carbónico, amoniaco, potasa, cal, hierro y cosas semejantes en combina-

cion con ácidos fosfórico, sulfúrico y otros. Ni proteína, ni grasa, ni almidon, ni azúcar, ni otra sustancia que en el más pequeño grado se les parezca ha formado parte del alimento de la algarroba. Pero los pesos del carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, fósforo, azufre y otros cuerpos elementales contenidos en el algarrobo y en las semillas que produce, son exactamente equivalentes á los pesos de los mismos elementos que han desaparecido de los materiales dados á la algarroba durante su crecimiento. De donde se sigue que la algarroba ha tomado solamente los materiales en bruto de su fábrica y los ha manufacturado hasta hacer materias de algarroba.

La algarroba ha podido llevar á cabo este hecho químico por la ayuda de su materia colorante verde, ó clorófila, que á la influencia de los rayos del sol tiene el maravilloso poder de descomponer el ácido carbónico, soltando el oxígeno y apoderándose del carbono que contiene. La algarroba obtiene dos de los elementos absolutamente indispensables de su sustancia de dos orígenes distintos; la solución acuosa en la que sus raíces están somorgujadas contiene nitrógeno, pero no carbono; el aire, al cual las hojas están expuestas, contiene carbono, pero su nitrógeno está en el estado de un gas libre, en cuya condición no puede la algarroba aprovecharlo (1), y la clorófila es el aparato por el cual el carbono es extraído del ácido carbónico atmosférico, siendo las hojas los principales laboratorios en que esta operación es realizada.

La gran mayoría de plantas visibles es verde, como todo el mundo sabe: y esto resulta de la abundancia de su clorófila. Las pocas que no contienen este elemento y que no tienen color, no pueden extraer el carbono que necesitan del ácido carbónico atmosférico, y llevan una existencia parásita sobre otras plantas; pero de ningún modo se puede deducir, á pesar de haberse dicho tantas veces, que el poder fabricante de las plantas dependa de su clorófila y de su acción mútua con los rayos del sol. Por el contrario, se demuestra fácilmente, como

---

(1) Intencionalmente supongo que el aire que se facilita á la algarroba en el caso propuesto no contiene sales amoniacales.

Pasteur lo probó primero, que los hongos inferiores, desprovistos de clorófila ó de otro elemento que la sustituya, poseen no obstante y tales como son los poderes fabricantes característicos de las plantas en altísimo grado. Solamente es necesario que estén provistos de una clase diferente de primera materia; como no pueden extraer carbono del ácido carbónico, es preciso que tengan otra cosa cualquiera que contenga carbono. El ácido tártao es esta sustancia; y si un solo esporidio de los más comunes y más penosos mohos—*Penicillum*—se siembra en una salsera llena de agua en la cual esté contenido tártao de amoniaco, con una pequeña parte de fosfatos y sulfatos, y se le conserva en calor, ya en la oscuridad ya á la luz, en poco tiempo dará nacimiento á una corteza espesa de moho que contiene muchos millones de veces el peso del esporidio primero, en compuestos de proteina y celulosa. Así tenemos amplísima base para la generalizacion de que las plantas están esencialmente caracterizadas por su capacidad fabricadora—por su poder de convertir meras materias minerales en compuestos orgánicos complejos.

Contrariamente, no es menor el fundamento para la generalizacion de que los animales, así lo dice Cuvier, dependen directa ó indirectamente de las plantas para materiales de su cuerpo; esto es, que ó son hervívoros ó comen otros animales que lo son. ¿Pero para qué simples de sus cuerpos dependen los animales de las plantas? Ciertamente no para su parte córnea; no para los cartílagos; no para la gelatina; no para la sintonina constituyente de los músculos, no para sus sustancias nérveas ó biliosas y tampoco para sus grasas.

Puede ser demostrado experimentalmente que los animales hacen todas estas para sí mismos. Pero lo que no pueden hacer, y que en todos los casos les es menester obtener directa ó indirectamente de las plantas, es la materia proteina peculiarmente nitrogenica. Así la planta es el *prolétaire* ideal del mundo que vive, el trabajador que produce; el animal, el aristócrata ideal, que se ocupa principalmente en consumir, á la manera de aquel noble representante de la línea de Zahdarm, cuyo epitafio está escrito en *Sartor Resartus*.

Aquí está nuestra última esperanza de encontrar una línea

definida de demarcacion entre plantas y animales, porque, como ya he indicado, hay una frontera entre los dos reinos, una especie de terreno neutral, cuyos habitantes ciertamente no pueden ser señalados y enviados á sus propios dominios en uno ú otro campo.

Hace algunos meses me pidió el profesor Tyndall que examinara una gota de infusion de heno, colocada bajo un excelente y poderoso microscopio, y que le dijera mi juicio sobre algunos organismos en ella visibles. Miré, y observé en primer lugar multitud de *Bacteria*, moviéndose con sus ordinarias enroscaduras espasmódicas intermitentes. En cuanto á la naturaleza vegetal de estas, no cabe duda alguna. No solamente justifica esta consecuencia la última semejanza de los *Bacteria* á plantas incuestionables, como las *Oscillatoria* y formas inferiores de hongos, sino que la prueba de fabricacion fija de una vez la cuestion. Solamente es necesario añadir una gotita de flúido que contenga *Bacteria* en agua, en la cual estén disueltos tártaro, fosfato y sulfato de amoniaco, y en muy poco tiempo el flúido claro se hace lechoso por razon de su prodigiosa multiplicacion, que, naturalmente, implica la fabricacion de material vivo de *Bacterium* con estas materias meramente salinas.

Pero otros organismos activos, mucho mayores que los *Bacteria*, que llegan á las dimensiones comparativamente gigantescas de  $\frac{1}{3000}$  de pulgada ó más, cruzaban incesantemente el campo de la vista. Cada una de estas tenia un cuerpo de la figura de una pera, el extremo pequeño ligeramente encorvado y desarrollado en un filamento curvo largo, ó *cilium* de extrema tensidad. Detrás de este, del lado cóncavo de la curvatura, salia otro largo *cilium*, tan delicado que solo era discernible usando las mayores facultades y el cuidadoso manejo de la luz. En el centro del cuerpo de figura de pera se podia ver de cuando en cuando un claro espacio redondo, pero no siempre; y observando cuidadosamente se veia que esta clara vacuidad aparecia gradualmente, y luego se cerraba y desaparecia repentinamente á intervalos regulares. Tal estructura es de ocurrencia comun entre las plantas y los



animales ínfimos, y es conocida como *vacuola contráctil*.

La pequeña criatura así descrita, algunas veces se movía con gran actividad, con un movimiento de rotación curioso, batiendo el *cilium* del frente, mientras que el segundo *cilium* arrastraba detrás; algunas veces se anclaba por el posterior y daba vueltas al rededor por el trabajo del otro, recordando sus movimientos los de una boya fondeada en alta mar. Otras veces, cuando echaban dos á la carrera uno contra otro, cada uno de ellos parecia evitar con destreza el camino del otro; otras veces, una turba se reunía y se empujaban los unos á los otros, con tanto parecido á esfuerzo individual como un espectador en los *Grands Mulets* pudiera observar con un telescopio entre los puntitos que representan hombres en el valle de Chamounix.

El espectáculo, aunque siempre sorprendente, no era para mí nuevo. Así es que mi respuesta á la pregunta hecha fué que estos organismos eran lo que los biólogos llaman *mónadas*, y aunque podían ser animales, era también posible que pudieran, como los *Bacteria*, ser plantas. Mi amigo recibió mi fallo con una expresión que demostraba una triste falta de respeto á la autoridad. Lo mismo le hubiera sido creer que una oveja era una planta. Picado naturalmente por esta falta de fé, he pensado mucho sobre el asunto, y como todavía continúo apoyándome en la imperfecta conclusión que entonces expresé, y me es forzoso, aún ahora, confesar que no puedo decir ciertamente si esta criatura es un animal ó una planta, creo que no estará demás manifestar en detalle los fundamentos de mi vacilación. Pero, en primer lugar, con objeto de poder distinguir convenientemente esta *mónada* de la infinidad de otras cosas que se conocen bajo la misma designación, necesito darla un nombre propio. Pienso—aunque por razones que no son del momento no estoy seguro—que es idéntica á las especies *monas lens*, como las define el eminente microscopista francés Dujardin, aunque su poder de agrandar los objetos era insuficiente para dejarle ver que es como una forma mucho mayor de la *mónada* que él denominó *Heteromita*. La llamaré, pues, no *monas*, sino *Heteromita lens*.

No me ha sido posible dedicar á mi *Heteromita* el prolongado estudio necesario para trazar toda su historia, que envolvería semanas ó acaso meses de incansable atención. Pero lamentablemente esta circunstancia, porque algunas notables observaciones recientemente publicadas por Mrs. Dallinger y Drysdale (1) sobre ciertas *mónadas*, se refieren en parte á una forma tan semejante á mi *Heteromita lens*, que la historia de la una puede ser usada para explicar la de la otra. Estos pacientísimos é infatigables observadores que emplearon las facultades del microscopio mayores que se pueden alcanzar, y que relevándose el uno al otro estuvieron de guardia día y noche vigilando las mismas *mónadas* individuales, han podido trazar toda la historia de su *Heteromita*, que ellos encontraron en infusiones de las cabezas de pescados de la tribu del bacalao.

De las cuatro *mónadas* descritas y figuradas por estos investigadores, una, como ya he dicho, se asemeja muy íntimamente á la *Heteromita lens* en todos los detalles, excepto en que tiene una partícula central ó *núcleo* separadamente distinguible, que no puede encontrarse en la *Heteromita lens*; y en que nada dicen Mrs. Dallinger y Drysdale de la existencia de una vacuola contráctil en esta *mónada*, aunque la describen en otra.

Su *Heteromita*, pues, se multiplicaba rápidamente por separación. Unas veces aparecía una contracción transversal; la mitad posterior desarrollaba un nuevo *cilium*, y el *cilium* posterior generalmente se abría desde su base al extremo suelto, hasta dividirse en dos; proceso que, considerando que este delgado filamento no puede tener de diámetro más que  $\frac{1}{100000}$  de pulgada es bastante maravilloso. La contracción del cuerpo se extendía hácia adentro hasta que las dos porciones quedaban unidas por delgado istmo; finalmente, se separaban y cada una seguía nadando por sí misma, ya una completa

---

(1) "Researches in the Life-history of a Cercomonado: a lesson on Biogenesis," y "Further Researches in the Life-history of the Monads."—*Monthly Microscopical Journal* 1873.

*Heteromita* provista de sus dos *cilia*. Algunas veces la contraccion era en direccion longitudinal, con el mismo resultado último. En cada caso el proceso ocupaba no más de seis ó siete minutos. En esta proporcion una sola *Heteromita* daria nacimiento á mil semejantes en el curso de una hora, á cerca de un millon en dos horas, y en tres horas, á un número mayor que el generalmente supuesto de séres humanos vivos en todo el mundo: ó, si damos á cada *Heteromita* una hora para gozar su existencia individual, se obtendria el mismo resultado en un dia, poco más ó ménos. La aparente rapidez de la aparicion de multitud de tales organismos en cualquier flúido nutritivo, en el cual obtiene un ejemplar de la especie acceso, es pues, fácilmente explicada.

Durante estos procesos de multiplicacion por segregacion, la *Heteromita* permanece activa; pero algunas veces ocurre otro modo de separacion. El cuerpo se redondea y se queda sin movimiento, ó casi sin movimiento; y mientras está en este reposo, se divide en dos partes, cada una de las cuales se convierte rápidamente en una *Heteromita* activa.

Un fenómeno todavía más notable es esa clase de multiplicacion precedida por la union de dos *mónadas* por un proceso que se llama *conjugacion*. Dos *Heteromitas* activas se pegan la una á la otra y luego poco á poco y gradualmente se unen en un solo cuerpo. Los dos núcleos forman uno solo y la masa resultante de la *conjugacion* de las dos *heteromitæ*, así fundidas juntas, tiene una forma triangular. Los dos pares de *cilia* pueden verse durante algun tiempo, en dos de los ángulos, que responden á los extremos pequeños de las unidades *mónadas*; pero por último se desvanecen, y el organismo gemelo en el cual todas las trazas visibles de organismo han desaparecido, cae en un estado de descanso. Repentinos movimientos ondulantes de su sustancia ocurren inmediatamente; y al poco tiempo los ápices de la masa triangular se abren y dan salida á un flúido amarillento oscuro, como clara de huevo, lleno de menudos granillos. Este proceso que, como se observará, envuelve la actual confluencia y mezcla de la sustancia de dos distintos organismos, se efectúa en el espacio de unas dos horas.

Los autores de que me valgo dicen que *no pueden expresar* la excesiva pequeñez de los granillos en cuestion y estiman su diámetro en ménos de  $\frac{1}{200000}$  de pulgada. Valiéndose de los mejores microscopios conocidos hasta el dia, apenas tales puntos son perceptibles. Y sin embargo, partículas de este tamaño son voluminosas si se las compara á las moléculas físicas; de aquí que no hay razon para dudar que cada una de ellas, á pesar de su pequeñez, tenga una estructura molecular suficientemente compleja para producir los fenómenos vitales. Y ateniéndose á los hechos, observando con paciencia el lugar en que estas partículas vivas infinitesimales fueron vaciadas, nuestros observadores se aseguraron de su crecimiento y desarrollo en nuevas *mónadas*. Estas á las cuatro horas próximamente de estar sueltas en libertad, habian alcanzado un sexto del tamaño del padre con los característicos *cilia*, aunque al principio eran completamente inmóviles; y en cuatro horas más habian alcanzado las dimensiones y exhibian toda la actividad del adulto. Estas partículas inconcebibles por su pequeñez son, pues, los gérmenes de la *Heteromita*; y por las dimensiones de estos gérmenes se prueba fácilmente que el cuerpo formado por *conjugacion* puede, calculando por bajo, haber dado aún treinta miles de ellos; resultado de un procedimiento matrimonial por el cual los contrayentes, sin metáfora, se *hacen un solo cuerpo*, que bastaria para hacer á un partidario de Malthus desesperar del porvenir del mundo.

Ignoro si los investigadores de quienes he tomado esta historia han tratado de averiguar si sus *mónadas* toman nutrimento sólido ó no; así que aunque nos ayudan muchísimo para rellenar los blancos de la historia de mi *Heteromita*, sus observaciones no arrojan luz en el problema que estamos tratando de resolver. ¿Es un animal ó una planta?

A no dudarlo es posible presentar muy fuertes argumentos en favor de considerar á la *Heteromita* como planta.

Por ejemplo, hay un hongo, forma oscura y casi microscópica, llamado *Peronospora infestans*. Como otros muchos hongos, los *Peronosporæ* son parásitos de otras plantas; y sucede que este *Peronospora* de que ahora nos ocupamos ha

alcanzado mucha notoriedad é importancia política, en una direccion que no carece de paralelo en la carrera de políticos notorios, á saber, por razon del daño horroroso que ha causado á la humanidad. Porque este *hongo* es la causa de la epidemia de las patatas; y por lo tanto, *Peronospora infestans* (sin duda de origen exclusivamente sajón, aunque exactamente no esté comprobado) produjo el hambre de Irlanda. Las plantas atacadas de la enfermedad se encuentran infestadas por un moho compuesto de finos filamentos tubulares llamados *hyphæ*, que minan la sustancia de la planta de la patata, y se apropian la sustancia de su huésped, mientras que al mismo tiempo, directa ó indirectamente, establecen cambios químicos mediante los cuales hasta su marco de madera se hace negruzco, hervido y sin jugo.

En estructura, sin embargo, el *Peronospora* es tan moho como el vulgar *Penicillium*: y de la misma manera que el *Penicillium* se multiplica por el rompimiento de sus *hyphæ* en cuerpos separados redondos, en esporidios, así en el *Peronospora*, algunas de las *hyphæ* crecen al aire por los intersticios de las células superficiales de la planta de la patata y desarrollan esporidios. Cada una de estas *hyphæ* da usualmente algunas ramas. Los extremos de estas ramas se dilatan y se convierten en sacos cerrados que eventualmente se derraman como esporidios. Si caen los esporidios en alguna parte de la misma planta de patata, ó si son llevados por el viento á otra, pueden desde luego germinar, extendiendo prolongaciones tubulares que llegan á ser *hyphæ* y que minan la sustancia de la planta atacada. Pero más comunmente, los contenidos del esporidio se dividen en seis ú ocho porciones separadas. La tunda del esporidio revienta, y cada porcion sale entonces como organismo independiente, que tiene la figura de una haba, más bien más estrecha en una punta que en la otra, convexa por un lado y deprimida ó cóncava en el opuesto. De la depresion salen dos largos y delicados *cilia*, uno más corto que el otro, y dirigidos hácia adelante. Inmediata al origen de estos *cilia* en la sustancia del cuerpo, está una vacuola contráctil regularmente pulsátil. El *cilium* más corto vibra activamente y efectúa la locomocion del organismo,

mientras que el otro arrastra detrás; el cuerpo entero da vuelta sobre su eje con su puntiagudo extremo hácia adelante.

El eminente botánico De Bary, que no pensaba entónces en nuestro problema, nos dice describiendo los movimientos de estos zoosporidios que cuando nadan de un lado á otro *evitan cuidadosamente los cuerpos extraños y todo el movimiento tiene un engañoso parecido con los cambios voluntarios de lugar que se observan en los animales microscópicos.*

Despues de formar tal enjambre en la humedad de la superficie de una hoja ó tallo (que, aun siendo una película, es océano para tales peces) durante media hora más ó ménos, el movimiento del zoosporidio se hace más lento y queda limitado á un lento rodeo sobre su eje, sin cambio de lugar. En tónces se queda completamente quieto, los *cilia* desaparecen, toma una forma esférica, y se rodea con una funda membranosa distinta aunque delicada. Entónces se destaca una protuberancia de un lado de la esfera, y aumentando rápidamente en longitud, toma el carácter de una *hipha*. La última penetra dentro de la sustancia de la planta de patata, ya entrando en un estomate, ya escavando á través de la pared de una célula epidérmica, y se ramifica como una *mycelium*, en la sustancia de la planta, destruyendo los tejidos con los cuales llega á estar en contacto. Como estos procesos de multiplicacion se verifican muy rápidamente, millones de esporidios quedan pronto en libertad de una sola planta infestada; y por su pequeñez son trasportados prontamente por la brisa más suave. Desde que los zoosporidios soltados por cada esporidio se dispersan velozmente sobre la superficie, en virtud de sus poderes de locomocion, no es de extrañar que una vez comenzada la infeccion, pronto se derrame de campo en campo y extienda sus estragos sobre todo un país.

Sin embargo, no entra en el plan que me propongo ahora tratar de la enfermedad de la patata por la instruccion que su historia proporciona á la de otras epidemias, y he elegido el caso del *Peronospora* simplemente porque da un ejemplo de un organismo, que en un período de su existencia es verdaderamente una *mónada*, indistinguible por ningun carácter importante de nuestra *Heteromita*, y extraordinariamente igual en

algunos respectos. Y sin embargo, esta *mónada* puede ser tratada, paso por paso, por las series de metamorfosis que he descrito, hasta que toma los rasgos de un organismo que tiene tanto de planta como el roble ó el álamo.

Todavía es posible llevar más léjos la analogía. En ciertas circunstancias se verifica un proceso de conjugacion en la *Peronospora*. Dos porciones separadas de su protoplasma se funden en una, se rodean de una espesa cubierta y dan nacimiento á una especie de huevo vegetal llamado *oosporidio*. Despues de un intervalo de descanso, los contenidos del *oosporidio* rompen en un número de *zoosporidios* como los ya descritos, cada uno de los cuales, despues de un período de actividad, germina del modo ordinario. Este proceso corresponde obviamente á la conjugacion y liberacion consiguiente de gérmenes en la *Heteromita*.

Pero puede decirse que la *Peronospora* es, despues de todo, una especie de planta cuestionable, que parece carecer del poder manufacturador escogido como principal distintivo de la vida vegetal, ó, de todos modos, que no hay prueba de que no consiga su materia proteina, ya completamente hecha de la planta de patata.

Tomemos, por lo tanto, un caso que no presente punto flaco á estas objeciones.

Hay algunas plantas pequeñas conocidas para los botánicos como miembros del género *Coleochæte*, las cuales, sin ser verdaderamente parásitas, crecen en cierto sargazo del agua, como los líquenes en los árboles. La plantita tiene la forma de una elegante estrella verde, cuyos brazos están divididos en células. Su verdor es debido á su clorófila, é indudablemente tiene el poder fabricante en su más alto grado, descompone el ácido carbónico y deja libre el oxígeno por la influencia de los rayos solares.

Pero los contenidos protoplásmicos de algunas de las células de que se compone la planta se dividen á veces por un método semejante al que produce la division de los contenidos del esporidio del *Peronospora*, y las partes cortadas quedan entónces libres como *zoosporidios* activos á modo de *mónadas*. Cada una es ovalada y provista en un extremo con dos

largos *cilia* activos. Propulsada por estos, nada en todas direcciones más ó ménos tiempo, pero al fin llega á un estado de reposo y gradualmente se convierte en un *Coleochæte*.

Todavía más, como en la *Peronospora*, puede realizarse la conjugacion y resultar en un *oosporidio*, cuyos contenidos se dividen y quedan libres como gérmenes monadiformes.

Si la historia entera de los zoosporidios de *Peronospora* y *Coleochæte* fuese desconocida, serian ellos clasificados entre los *mónadas* con el mismo derecho que la *Heteromita*; ¿por qué, pues, no puede ser la *Heteromita* una planta, aun cuando el ciclo de formas por que va atravesando no muestre condiciones tan completamente complejas como las que ocurren en *Peronospora* y *Coleochæte*? Y en cuanto á hechos, hay algunos organismos verdes plantas en todos respectos característicamente, tales como los *Chlamydomonas* y el *Volvox* comun, llamado *animálculo del globo*, que pasa por un ciclo de formas del mismo carácter exactamente que las de la *Heteromita*.

El nombre de *Chlamydomonas* es aplicado á ciertos cuerpos verdes microscópicos, cada uno de los cuales se compone de una sustancia central protoplásmica, revestida de un saco sin naturaleza. El último, contiene celulosa como las plantas ordinarias, y la clorófila que dá el color verde, permite á los *Chlamydomonas* descomponer el ácido carbónico y fijar el carbono como lo hacen. Dos largos *cilia* atraviesan la pared de la célula, y efectúan la rápida locomocion de esta *mónada* que en estos respectos, excepto su movilidad, tiene los caracteres de una planta.

En circunstancias ordinarias, la *Chlamydomonas* se multiplica por simple segregacion, dividiéndose cada una en dos ó en cuatro partes que se separan y convierten en organismos independientes. Algunas veces, sin embargo, la *Chlamydomonas* se divide en ocho partes, cada una de las cuales está provista de cuatro *cilia* en vez de dos. Estos *zoosporidios* se conjugan en pares, y dan nacimiento á cuerpos quietos que se multiplican por division, y que eventualmente pasan á estado activo.

Así, en cuanto se refiere á la forma exterior y al carácter general del ciclo de modificaciones por las que pasa el orga-



nismo en el curso de su vida, el parecido entre *Chlamydomonas* y *Heteromita* es de lo más íntimo. Y en frente del asunto, no hay motivo para dejar de admitir que la *Heteromita* pueda relacionarse con la *Chlamydomonas*, como el hongo incoloro lo está con el alga verde. *Volvox* puede ser comparado á una esfera hueca, cuya pared estuviera hecha de *Chlamydomonas* coherentes, y la cuál progresara con un movimiento de rotacion causado por el chapotear de los múltiples pares de *cilia* que salen de su superficie. Cada *mónada* de *Volvox* tiene una *Vacuola* contráctil como el de *Heteromita lens*; y más todavía, posee un sitio de color rojo como la más sencilla figura de ojo conocida entre los animales.

Los métodos de multiplicacion por segregacion y por conjugacion, observados en las *mónadas* de este globo locomotivo, son esencialmente semejantes á los observados en *Chlamydomonas*, y aunque se ha discutido mucho sobre ello, *Volvox* se ha rendido por fin á los botánicos.

Así no hay realmente razon para que no pueda ser *Heteromita* una planta, y esta conclusion seria muy satisfactoria, si no fuera tambien fácil demostrar que no hay realmente razon para que no sea un animal.

Porque hay numerosos organismos, que presentan la mayor semejanza con *Heteromita* y como ella, agrupados bajo el nombre general *mónadas*, los que, no obstante, se observa que toman nutricion sólida, y que por lo tanto, tienen una boca virtual, si no real, y una cavidad digestiva, y entran por esto en la definicion del animal dada por Cuvier. Numerosas formas de tales animales han sido descritas, por Ehrenberg, Dujardin, H. James Clark y otros escritores sobre *Infusoria*.

En verdad, en otra infusion de heno en que se prescntó mi *Heteromita lens* hubo innumerables animálculos infusorios pertenecientes á la bien conocida especie *Colpoda cucullus* (1).

Ejemplares de buen tamaño de este animálculo alcanzan una longitud entre  $\frac{1}{300}$  ó  $\frac{1}{400}$  de pulgada, de modo que

---

(1) Magistralmente descrita por Stein, cuyas observaciones he comprobado por mí mismo en su mayor parte.

pueden tener diez veces la longitud y mil veces la masa de una *Heteromita*. En corte no es del todo desemejante á la *Heteromita*. El extremo pequeño, sin embargo, no está prolongado en un *cilium* largo; pero la superficie general del cuerpo está cubierta de pequeños órganos ciliarios en vibración activa, de los cuales los más largos están en el extremo pequeño. En el punto que responde á aquel del cual nacen los dos *cilia* en la *Heteromita*, hay una depresión cónica, la boca, y en los ejemplares nuevos un filamento rematado en punta, que recuerda el *cilium* posterior de la *Heteromita*, se proyecta de esta región.

El cuerpo se compone de una sustancia protoplásmica suave y granular, cuyo medio está ocupado por una anchá masa ovalada llamada el *núcleo*, mientras que en su extremo posterior hay una *vacuola contráctil* notable por sus apariciones y desapariciones rítmicas regulares. Claramente, aunque la *Colpoda* no es una *mónada*, se diferencia de esta solamente en detalles de un orden subordinado. Más aún, en ciertas condiciones se hace quieta, se encierra en una caja delicada ó *quisto*, y entónces se divide en dos, cuatro ó más partes que se quedan algunas veces en libertad y nadan en todas direcciones como *Colpodæ* activas.

Pero esta criatura es un animal inequívocable, y las *Colpodæ* de completo tamaño pueden ser alimentadas como los pollos. Solo es necesario verter con un poco de tacto carmin de tierra por el agua en que viven, y en muy corto tiempo los cuerpos de las *Colpodæ* están mechados, rellenos con los granillos muy coloreados de aquel color.

Y si no fuera esta prueba suficiente de la animalidad del *Colpoda*, se presenta el hecho de que es aún más semejante á otro animálculo bien conocido, *Paramæcium*, que lo es á una *mónada*.

Pero el *Paramæcium* es criatura tan enorme comparada con las hasta aquí discutidas—llega á  $\frac{1}{120}$  de pulgada ó á más en tamaño—que no hay dificultad en descubrir su organización con detalles y en probar que no solamente es un animal, sino animal que posee una organización algún tanto

complicada. Por ejemplo, la capa superficial de su cuerpo es diferente en estructura de las partes más profundas. Hay dos vacuolas contráctiles, de cada una de las cuales irradia un sistema de canales en forma de vasos: y no solamente hay una depresión cónica á continuación de un tubo, que sirve de boca y gola, sino que el alimento ingerido toma un curso determinado y la sobra es arrojada de una región determinada. Nada es más fácil que alimentar á estos animales y observar las partículas de índigo ó carmin acumuladas al extremo inferior de la gola. De este se proyectan gradualmente, rodeadas por una bolsa de agua que al fin pasa con salto, con extrañío parecido á un trago, á la sustancia pulposa central del cuerpo, para circular allí de un lado á otro hasta que sus contenidos son digeridos y asimilados. A pesar de todo esto, este animal se multiplica por división como hace la *mónada*, y como la *mónada* pasa por la conjugación. Está en la misma relación con la *Heteromita* en el lado animal que el *Coleochæte* en el lado vegetal. Partiendo de cualquiera de los dos, es tan insensible la serie de gradaciones que lleva á la *mónada*, que es imposible decir en ningún período del progreso: —aquí debe trazarse la línea entre el animal y la planta.

Hay razones para creer que ciertos organismos que pasan por un período de existencia de *mónadas*, tales como los *Mixomycetes*, dependen en un momento de sus vidas de fuentes exteriores para su materia proteina ó son animales, y en otro período la fabrican ó son plantas. Y viendo que el progreso total de la investigación moderna está en favor de la doctrina de continuidad, es suposición razonable y probable, aunque sólo suposición, que así como hay algunas plantas que pueden fabricar proteina con materiales minerales aparentemente intratables, tales como ácido carbónico, agua, nitrato de amoníaco y sales metálicas, mientras que otras necesitan ser provistas de su carbono y nitrógeno, en la forma algún tanto menos cruda de tártaro, de amoníaco y de compuestos análogos, puede haber también otras, y es posible que estas sean las verdaderas plantas parásitas, que únicamente pueden reunir materiales todavía mejor preparados que se aproximen aún más á la proteina, hasta que llegamos á organismos, tales

como los *Psorospermioe* y los *Panhistophyton*, que tienen tanto de animal como de vegetal en su estructura, pero que son animales por su dependencia de otros organismos para su alimentacion.

La circunstancia singular observada por Meyer de que el *Torula* del giste, aunque planta indudable, florece, sin embargo, con el mayor vigor cuando se le provee con la sustancia compleja nitrogenica, llamada pepsina; la probabilidad de que el *Peronospora* es alimentado directamente por la protoplasma de la planta de patata; y los maravillosos hechos que recientemente han sido sacados á luz respecto á las plantas insectívoras, todo apoya esta opinion y tiende á la consecuencia de que la diferencia entre el animal y la planta es más bien de grado que de naturaleza; y que el problema de si en un caso dado, un organismo es un animal ó una planta, puede ser esencialmente insoluble.

T. H. HUXLEY.

---

## ESPAÑA Y LA LIBERTAD.

OBRA PÓSTUMA DEL CONDE DE MONTALEMBERT.

---

En el número de la *Revista Suiza* correspondiente al mes de Enero de este año, ha empezado á ver la luz pública el notabilísimo escrito cuyo título sirve de cabeza á las presentes líneas. La importancia del autor y el interés del asunto, interés á que las circunstancias del actual momento histórico dan en nuestro país proporciones extraordinarias, nos movieron desde luego á ocuparnos en el exámen de dicho escrito, con el propósito de traducirlo, y si esto no fuera posible, de publicar un extracto tan fiel y tan extenso como lo permitiesen las circunstancias. Para esto convenia conocer completa la obra del ilustre conde, por lo que reservamos nuestro trabajo para cuando llegase á Madrid el número de Febrero del periódico suizo. Recibido este número, hemos visto que no concluye en él la publicacion de la referida obra, cuya extension es mucho mayor de lo que habiamos pensado, y no pareciéndonos posible encerrar su extracto en un solo artículo, ni conveniente dejar pasar más tiempo sin dar á nuestros lectores alguna noticia de lo que podemos llamar el testamento político y religioso de uno de los hombres más respetables de nuestro tiempo, del primero tal vez de los católicos liberales, nos hemos decidido á empezar la publicacion del mencionado extracto, que continuaremos en los números siguientes.

Como preliminar indispensable diremos algunas palabras sobre la historia de esta obra. Escribióla el conde de Montalembert pocos meses despues de la revolucion española de 1868, con destino al periódico francés *Le Correspondant*, órgano del catolicismo moderado, y estando ya compuesto todo el original para la impresion y corregidas por el autor las pruebas, varias personas importantes creyeron inconveniente

la publicacion y consiguieron de Montalembert que renunciase por entónces á ella. Hizo el conde tirar, sin embargo, algunas pruebas, que distribuyó entre varios de sus amigos, enviando un ejemplar á Mr. Jacinto Loyson con carta de 17 Enero de 1869, en la que, á la vez que le pedia que no comunicase á nadie aquel *casi manuscrito*, le autorizaba formalmente para publicarlo despues de su muerte. Llegado este momento, hizo preguntar Mr. Loyson á la familia y á los albaceas del finado si pensaban dar á la estampa tan importante obra, y habiéndole contestado afirmativamente, renunció á hacer por sí la publicacion. Pero al ver que pasaban los años sin que la familia y albaceas del conde realizaran su anunciado propósito, Mr. Loyson ha creido que no debia demorar más el cumplimiento del encargo formal y solemne de su ilustre amigo, cuya memoria tanto ha de ganar con que se conozca un escrito que contiene el último y definitivo pensamiento de una grande y honrada inteligencia, expresado con entera sinceridad desde los umbrales del sepulcro. La *Revista Suiza* ha sido el periódico elegido por Mr. Loyson, y la publicacion no podia hacerse en ocasion más oportuna para nuestro país, donde el fanatismo y la intolerancia religiosa, tan enérgica y elocuentemente combatidos en la obra póstuma de Montalembert, se aprestan á reñir la última batalla.

Terminaremos manifestando que en la parte hasta hoy publicada de esta obra, encontramos algunos juicios que no aceptamos y varios hechos que creemos necesitan rectificacion. Siendo nuestro principal objeto dar á conocer el importante trabajo del conde de Montalembert, nos limitamos por ahora á hacer la anterior salvedad. Despues de publicado el extracto y conociendo toda la obra, expondremos lealmente la opinion que acerca de ella habremos ya podido formar definitivamente.

GABRIEL RODRIGUEZ.

### I.

En la primera parte del libro que extractamos, expone el autor á grandes rasgos la historia de España, buscando en

ella los antecedentes naturales para explicar el estado del país al verificarse la revolucion de 1868.—Preceden á esta reseña histórica varias consideraciones generales sobre el carácter y condiciones del pueblo español, que, habiendo formado en un tiempo «la primera de las naciones cristianas,» ha llegado despues al último grado de decadencia «enervado, bastardeado, envenenado, deshonorado por el despotismo éspiritual y temporal, la monarquía absoluta y la inquisicion.» (1)

El pueblo español «ha sido el primero de la cristiandad, pero sólo ha ocupado este puesto mientras fué libre, orgulloso, valiente; mientras fué él mismo; mientras no abdicó su vida, su honra, su libre albedrío en manos de sus gobernantes.»

«Nunca ha engendrado el género humano una raza más viril, más laboriosa, más independiente y más magnánima. Fué la primera, no solamente por la virilidad, la energía, la constancia indomable; lo fué tambien por la extension y alteza de sus miras, por la generosidad y la tolerancia con los vencidos.»

Al calificar de este modo á la nacion española, no se refiere el autor á los cuatro últimos siglos de despotismo. Habla «de los tiempos heróicos de España, de su ruda y robusta adolescencia, de su enérgica y exuberante juventud, de su gloriosa madurez; de toda la época, tan agitada, pero tan floreciente, que empieza con la destruccion del imperio árabe por D. Jaime el Conquistador y por el gran San Fernando, glorioso y hábil autor, como dice Mignet, de las más magníficas conquistas de España y de su irrevocable unificacion.» Hubo, sí, en aquella época violencias y crueldades, que repugnan á nuestros sentimientos y costumbres de hoy, pero no por eso dejó de reinar la tolerancia. Los moros y los judíos «disfrutaban el libre ejercicio de sus respectivos cultos, nombraban sus magistrados, y hasta el juez ante el cual litigaban contra los cristianos.»

Despues de estas primeras consideraciones hay en la prue-

---

(1) Ponemos entrecomados todos los párrafos y frases que traducimos íntegramente.

ba reproducida por la *Revista Suiza* una laguna importante que comprende desde la página 7.<sup>a</sup> á la 10.<sup>a</sup> En la página 11 el autor continúa describiendo los principales rasgos que caracterizan al pueblo español en todo el período anterior á la conquista de Granada.

La historia de España en aquella época es «la leyenda de  
»los grandes caracteres, de las almas nobles, de los corazones  
»puros y duros como el diamante. En ningun otro pueblo  
»presenta el feudalismo campeones más generosos ni más  
»limpios de las manchas del servilismo, del egoismo y del  
»fanatismo. En ningun otro pueblo resistió el espíritu feudal  
»con mayor constancia las invasiones de la monarquía.»

La nobleza española, hasta que sonó la hora de la general decadencia, conservó sus privilegios y «contuvo á la monar-  
»quía en los límites que hubieran podido preservar á la cris-  
»tiandad del cesarismo bizantino.» Véanse en el pueblo espa-  
ñol de aquellos heróicos tiempos numerosos «rasgos de cruel-  
»dad, de feroz orgullo; el verdugo se presenta con frecuencia  
»al lado del héroe; alguna vez aparece el traidor, pero nunca  
»el lacayo ni el cortesano.»

Cita el autor el ejemplo del Cid, é invoca en apoyo de su tesis la poesía de la época, haciendo luego observar que las cualidades que ha mencionado no eran patrimonio exclusivo de la aristocracia. «La nacion española en todas sus clases,  
»como en todas sus divisiones regionales, se muestra anima-  
»da y penetrada por el espíritu de libertad, de intervencion  
»en el poder y de resistencia al despotismo.» Las Córtes, las hermandades, los fueros lo prueban claramente. «España  
»hasta el siglo XVI no fué más que una confederacion de re-  
»públicas, más municipales que feudales, cada una con sus  
»leyes, sus costumbres, sus derechos, su espíritu, su exis-  
»tencia personal y distinta. La vida y la independecia se  
»manifestaban en todas partes, porque en todas partes habia  
»centros activos que, al menor peligro, podian convertirse en  
»centros de resistencia.»

La verdadera soberanía residia en las Córtes, así en Castilla como en Aragon y demás reinos. Estas Asambleas eran soberanas en materia de impuestos y de legislacion. «El de-



»recho de paz y de guerra, el de peticion y de interpelacion,  
»las leyes de comercio interior y exterior, la administracion  
»de los caudales públicos, el ejercicio exclusivo del poder le-  
»gislativo por los representantes del pueblo, la responsabili-  
»dad de los ministros ante el rey y alguna vez la del rey ante  
»la nacion; todos estos derechos, que hoy son reclamados por  
»los espíritus sanos y liberales, y que tanto trabajo cuesta á  
»la Francia moderna hacerse reconocer ó restituir (1), todos  
»existian al Sur de los Pirineos en su plenitud más rigurosa y  
»más invencible.»

«Los actos de los españoles de aquellos tiempos revelan  
»siempre un afecto profundo y activo á la libertad, una afir-  
»macion enérgica y precisa de la soberanía nacional.» No  
debe por esto negarse que se infringian á veces las leyes, ni  
que habia violencias y desórdenes, como los hay en todos los  
tiempos y paises; pero contra estas perturbaciones la se-  
guridad social y la libertad individual tuvieron siempre  
numerosas y sólidas garantías, constituidas por la vigilancia  
que se ejercia sobre los poderes públicos, por los límites en  
que estaba encerrada la autoridad real y por la intervencion  
del pueblo en sus propios asuntos, siempre eficaz y directa.  
Las diferentes clases de la gerarquía social mantenian entre sí  
relaciones fáciles y amistosas, sin mengua de su dignidad ni  
de su independendencia. España presentaba en fin el magnífico  
espectáculo del natural desarrollo de la humanidad libre y  
creyente.

«Cosa extraña, apenas creida, ó totalmente olvidada: los  
»españoles se adelantaron un siglo á los ingleses en la inteli-  
»gencia, la conquista y la práctica de las libertades políticas y  
»civiles. La monarquía parlamentaria, es decir, contenida y  
»vigilada por las asambleas; esa forma de gobierno, ya perdi-  
»da en Francia y naciente en Inglaterra, estaba universal-  
»mente aceptada en España cuando fué á este país el Príncipe  
»Negro, segun lo reconocen los mismos historiadores ingleses.

»Todo parecia anunciar que aquel pueblo de héroes habia  
»de ser en el porvenir, como lo habia sido en el pasado, el

---

(1) Escrito en 1868 bajo el régimen imperial.

»más viril, el más vivo de los pueblos cristianos.» En esto consistía su destino histórico, su instinto natural, su gloriosa misión. Durante ocho siglos el pueblo español estuvo á la altura de esta misión, hasta el día de la conquista de Granada, que marca el punto culminante de la grandeza, de la unidad y de la independencia nacional. En este punto, después de una breve parada, empieza el movimiento de decadencia.

#### IV. (1)

Desde los principios del siglo XVI todo cambia. El mundo asiste al espectáculo de la más triste y lamentable transformación. Las consecuencias son hoy visibles. ¿Cuáles fueron las causas? ¿Cuál el origen de tan terrible caída? «La abdicación de un pueblo entre las manos de sus gobernantes, y la unión demasiado íntima, demasiado absoluta entre el trono y el altar.»

La historia de la España moderna encierra una lección terrible, pero necesaria.

«Es la decadencia, el irremediable rebajamiento de un país, que por excesivo amor á la unidad, al reposo, al orden aparente, se abandona al despotismo espiritual y temporal.»

Esta letal influencia lo ha destruido todo en España. En ninguna otra parte fué el absolutismo tan completo, tan universal, ni las resistencias locales é individuales fueron comprimidas más enérgicamente. En ninguna otra parte ha sido la decadencia más general, más rápida, más irremediable. «La lucha había vivificado, regenerado, fecundado; el monopolio produjo el efecto contrario.» Cuando el catolicismo combatía contra el islamismo, y la monarquía vivía limitada por las Cortes, por la aristocracia, por los municipios, todo florecía. «El día que en el orden político la monarquía, auxiliada por la Inquisición, todo lo absorbe y lo aplasta, y la Iglesia victoriosa empieza á abusar de su victoria, excluyendo y proscribiendo primero á los judíos, luego á los moros y á los protestantes, y prohibiendo del modo más absoluto la

---

(1) Los números II y III faltan en la prueba y parece que deben corresponder á las páginas estraviadas.

»discusion, el exámen, la iniciativa, la libertad, todo se pier-  
»de. Los vencedores descienden al papel igualmente abyecto  
»de perseguidores y de esclavos. Despues viene el vacío, la  
»nada, el olvido, el descrédito universal.»

Afirma el autor que no es partidario de la separacion absoluta de la Iglesia y el Estado. Pero esa separacion es mil veces preferible, á pesar de sus peligros y de sus excesos, á la absorcion del Estado por la Iglesia ó de la Iglesia por el Estado, á esa identificacion y explotacion mútua de que España desde el siglo XVI presenta «el detestable ejemplo y las lúgubres consecuencias.» No se puede negar que en España, «más que en ningun otro pueblo, la Iglesia ha sido el instrumento y el cómplice del despotismo.»

Durante más de tres siglos, la Inquisicion «fué el azote del pueblo español y un objeto de justo horror para todo el mundo cristiano, así católico como protestante.» Fundada «para el servicio de Dios y de sus Altezas (1),» sirvió de policía secreta á la monarquía absoluta, que preferia sus servicios á la jurisdiccion de los obispos, porque, como decia Carlos I á su Consejo, «la autoridad episcopal era demasiado independiente del poder civil.»

La Inquisicion, sacrificando hasta los intereses mismos de la Iglesia, se puso por completo al servicio del despotismo de los reyes. A veces, como en la odiosa cuestion de Antonio Perez, servia de instrumento á los rencores y pasiones personales del monarca. Sancionando con apariencia religiosa y consolidando con las persecuciones y los suplicios todas las usurpaciones del poder real, «fué la Inquisicion la primera fundadora de esa centralizacion, que es hoy el escollo y la pesadilla de la Europa moderna, despues de haber sido el veneno de la Europa antigua.» Los católicos deben maldecir la memoria de aquella institucion; pero el autor «no comprende por qué los demócratas modernos la combaten y reniegan de ella.» Los modernos terroristas «han tenido por maestros á los inquisidores,» á quienes cierta escuela católica, «ménos peligrosa tal vez que la del terror, pero igualmen-

---

(1) Palabras del Inquisidor general en 1484.

»te contraria al buen sentido, querría hoy rehabilitar, ó al  
»ménos hacer olvidar, rodeándolos de un respetuoso silencio.»

No son lo peor en las consecuencias de la Inquisicion los suplicios y los tormentos. Hay algo que debe aún condenarse con más energía que el espectáculo de los millares de infelices séres humanos «rescatados por la sangre de Jesús, y  
»conducidos á la hoguera á la luz del dia, por insensatos y  
»por mónstruos, que osaban llevar un crucifijo al frente de  
»la horrible procesion.» Deben indignarnos más todavía «las  
»perfidias, las infamias del procedimiento, el secreto, el es-  
»pionaje, la confiscacion, la delacion impuesta como un de-  
»ber sagrado al criado contra el amo, al hijo contra el  
»padre (1). El país entero se convierte en un vasto taller  
»de denuncias, de proscripciones, de suplicios.» La Inquisicion estimula con este objeto y explota todos los instintos sanguinarios, todas las envidias, todas las pasiones crueles ó mezquinas. El terror se extiende y domina toda la nacion. Los hábiles y los poderosos tratan de librarse de las persecuciones, alistándose en las filas del Santo Oficio, comprando la seguridad personal por el precio de su honor y de su dignidad. «El horrible Vampiro» logra de este modo apoderarse de la sociedad entera; los que no se resignan á ser sus cómplices, son sus víctimas. La Inquisicion consigue de este modo sustituir «el vacío, la muerte, la nada, á la vida, la fuerza, la gloria de la primera nacion de la Edad Media, de la perla del mundo católico.»

Esta institucion monstruosa no respetó nada ni á nadie. Recuerda el autor para demostrarlo las persecuciones de que fueron objeto fray Luis de Leon, el obispo Carranza, el venerable y octogenario Talavera, primer prelado de Granada, y otros muchos varones, igualmente respetables por su saber y por sus virtudes.

No se cometieron tantos horrores sin resistencias y protestas; pobres é inútiles, aunque honrosos esfuerzos. El autor

---

(1) Publicábase todos los años en las iglesias el *edicto de las delaciones* para excitar á la denuncia de los actos ó palabras contra la fé y la Inquisicion, y el *edicto de los anatemas* contra los que no denunciaban.

(Nota del conde de Montalembert.)

conoce cuanto han dicho católicos excelentes y teólogos muy ortodoxos, contra los excesos y los crímenes cometidos en nombre del derecho divino de los reyes. Sabe que en pleno reinado de Felipe II, hombres tales como Melchor Cano, Luis Vives, «sobre todo, el ilustre jesuita Mariana, tan necia é injustamente calumniado,» y otros hoy olvidados, protestaron enérgicamente contra las teorías absolutistas. Sabe que algunos Papas, Sisto IV, Leon X, Inocencio X, quisieron intervenir para reprimir los abusos de la Inquisición, y arrancarle víctimas inocentes. Pero nada de esto bastó, ni podía bastar, para impedir la decadencia de España, ni para librar á la Iglesia de una solidaridad por todo extremo deplorable. Es verdad que la Inquisición ahogó en España el gérmen del protestantismo; pero el autor sostiene con profunda convicción que ha dado á esta escuela religiosa «en la Europa entera, el apoyo de la opinion pública y las simpatías de la humanidad ultrajada, y ha creado en los dos mundos un arsenal inagotable para la impiedad, el odio y el descrédito del catolicismo.»

## V.

La Inquisición, sin embargo, no habria podido producir tantos males sin el concurso de la autocracia monárquica, preparada por Pedro *el Cruel*, afirmada por el cardenal Cisneros al abrigo del trono de Isabel, «la criatura más noble que ha reinado sobre los hombres», y cuyo poder, compartido con su esposo, poco digno de tal compañera, marca el apogeo del esplendor del país. La muerte precoz del hijo único de estos reyes es la muerte de España. El despotismo llega con el águila austriaca. «Cárlos I, el hombre funesto, entroniza el cesarismo en el más libre de los pueblos.» Aprovechándose de las divisiones populares comprime la legítima insurrección de los *Comuneros*. En vano tratan de resistir las Córtes de 1538, á las que el rey osa decir que les *pide dinero y no consejos*. Despues, excluyendo de las Córtes al clero y á la nobleza, reduce la representación nacional á un verdadero simulacro. Cárlos I es el verdadero inventor del «absolutismo representativo, ó del despotismo consulta-

»tivo,» imitado despues por los Napoleones. España se convierte en un instrumento militar de un «egoista imperial,» que le da en vano, como compensacion de la libertad perdida, la efímera dominacion de Italia, de los Países Bajos y de Alemania. Todas las fuentes de vida quedan agotadas ó corrompidas, y violentamente interrumpido el curso de la tradicion cristiana. «El paganismo renace bajo las exterioridades de una ortodoxia sanguinaria.»

Despues de este hombre funesto viene el hijo, más funesto todavía. Felipe II completa la obra de su padre. Con el auxilio de la Inquisicion, destruye y anega en sangre las libertades aragonesas, que habian sobrevivido á las de Castilla. Agota, para sus locas empresas, los recursos materiales del país, cuyos resortes morales estaban ya rotos. «España se petrifica entre sus manos ensangrentadas, y no vive sino para dormir el sueño de una decadencia creciente, con los autos de fé por intermedios.»

A partir de Felipe II, la situacion empeora de un modo continuo, y el desfallecimiento se hace cada dia más visible. Portugal es anexionado á España, y esto basta para que los holandeses puedan arrebatarle sus inmensas colonias de la India. Los berberiscos llenan sus presidios de esclavos españoles, apresados en las costas indefensas. Las dependencias más lejanas de la monarquía sufren los mismos males. Manzoni ha descrito el miserable estado de Milan bajo los reyes llamados *Católicos*. La salvaje tiranía de los vireyes de Nápoles excede á toda ponderacion.

Se ha dicho con razon que Felipe II anuló la monarquía como su padre habia anulado la nacion. La monarquía debia sentir tambien los efectos de tal sistema. «Al segundo Felipe sucede un tercero incapaz, y este es reemplazado por un Felipe IV más incapaz y nulo todavía. Este católico rey tiene 32 hijos ilegítimos; pero no deja más que uno legítimo, el infortunado Carlos II, aborto mezquino más que sér humano, que llega á ser mayor de edad y omnipotente como sus predecesores; pero no puede, ni quiere, ni sabe, ni hace nada. No es capaz de soportar á los treinta años una hora de lectura,» aunque siendo casi un niño soportó, «lleno de ce-

»lo y de devocion,» durante catorce horas el repugnante espectáculo del auto de fé de 1680.

Con Carlos II se extingue la posteridad masculina del Emperador, «si puede aplicarse el nombre de varon á séres idiotas y decrépitos ántes de haber envejecido, autómatas encerrados en el ceremonial grotesco de una pueril etiqueta, incapaces de toda funcion y de todo deber viril y verdaderamente cristiano.»

El primer pueblo de Europa es ya el último. Nadie cuenta con él. La abolicion de la vida intelectual, de la ciencia, hasta del pensamiento, ha seguido á la supresion de la libertad civil y política. El órden material desciende al abismo con el órden moral. La despoblacion es enorme. Ejército, marina, comercio, industria, agricultura, poblacion, ciencia, literatura, artes, influencia, todo desaparece á la vez en la general ruina.

Con el siglo XVIII llega á España la casa de Borbon. Pasa el imperio de España y de las Indias de una dinastía á otra como si se tratara de la trasmision de un rebaño ó de cualquiera otra propiedad particular. Sin embargo, «en la sangre generosa de los descendientes de Enrique IV podia haber para el pueblo español un elemento de vida. Esta esperanza quedó defraudada como tantas otras. España gana algo con la dinastía de Borbon, pero muy poco, demasiado poco.»

«Aquella sangre generosa se debilita y corrompe tambien con el contacto de la Inquisicion y de los vicios cortesanos.» Felipe V y sus sucesores continúan la obra de demolicion casi por completo realizada por la casa de Austria. Despues de haberlo destruido todo en el órden temporal, «el despotismo se vuelve contra el órden espiritual.» Los ministros y favoritos empiezan á combatir al Papa y al episcopado, y llega á su colmo «la manía de las regalías, al mismo tiempo que desaparecen los últimos vestigios de las libertades políticas, provinciales y locales.» Carlos III quiere devolver á España alguna parte de su antigua importancia, pero sus reformas son insignificantes, y aunque favorece con «bajas complacencias á las ideas más perversas de la filosofía,» tiene siempre cuidado de mantener su autocracia, que emplea contra la Iglesia,

expulsando á los jesuitas. Estos, y los católicos enamorados del absolutismo, no debían olvidar aquel hecho. «Nada hay en los atentados cometidos contra la Iglesia por los liberales hipócritas y los falsos demócratas del siglo XIX comparable á la conducta de aquel rey *católico* y absoluto. La expulsión de 7.000 españoles en una noche, sin la sombra de un pretesto ó motivo declarable, con pena de muerte al jesuita que volviera á España y á todo español que hablara en pro ó en contra de la medida; hé aquí el bello ideal de la autoridad encarnada en un hombre, de la monarquía como la desean hoy los absolutistas españoles.»

La decadencia, ó más bien la degradación, llegan á su último límite en el reinado siguiente. Carlos IV y su gobierno son la última personificación en la historia de la monarquía absoluta y católica. La invasión francesa viene á arrancar de su sueño letal al desgraciado pueblo español, y la Inquisición termina su vergonzosa carrera arrastrándose á los piés de Murat. El 6 de Mayo de 1808, cuatro días después del heroico levantamiento del pueblo de Madrid y del atroz suplicio de tantos inocentes, el *Consejo de la Suprema* publica una proclama, en que se colma de elogios á los franceses y se califica á los madrileños de *sediciosos, pérfidos y rebeldes.*»

## VI.

«Dios en su misericordia aguardaba á que la pobre España llegase á este exceso de miseria para permitirle, mediante un grande y sublime esfuerzo primero, después poco á poco, y luchando con mil duras pruebas, contradicciones y trastornos, recobrar la vida, el honor y tal vez el porvenir.» Decía el padre Lacordaire en uno de sus últimos sermones, «que la cristiandad de España, herida de muerte por el despotismo de Felipe II, gemía postrada, como el árbol que ya no puede producir una vegetación joven y vigorosa, pero que todavía se adorna con el ramaje de su antigua gloria. Napoleón quiso apoderarse de ella por el llamado derecho de conquista. España sostuvo una guerra de gigantes y alcanzó el honor insignificante de ser la primera causa de la ruina de aquel hombre y de la emancipación del mundo.»



Después de tan glorioso despertar, el pueblo español ha empezado á vivir. Pero esto no basta. Es preciso, además de vivir, curarse. La vida moderna de España es una crisis que se prolonga de un modo indefinido, y que tanto puede ser señal de convalecencia como de mortal recaída.

En esta crisis, «lo que admira no es el desorden, la discordia, la debilidad de los hombres honrados, la turbación de los ánimos que en España se observa. Lo que admira es que aún quede un átomo de buen sentido, de energía, de humanidad y sobre todo de religion y de respeto en el país, que durante cuatro siglos ha tenido un gobierno como el descrito. Pues bien; queda algo de estas cualidades; queda mucho.» Todos los extranjeros que han visitado á España lo reconocen. «El veneno de la tiranía no ha destruido en esta nación, como en Oriente, los orígenes de la vida.» A pesar de la opresión secular, el español, que nunca ha dejado de ser cristiano, es todavía fuerte, ágil, ingenioso, más laborioso de lo que vulgarmente se cree; en ciertas ocasiones, infatigable.

¿Pero podrá curarse este pueblo de la enfermedad social, de la incapacidad política que le ha sido infiltrada por el absolutismo monárquico y religioso? No es posible saberlo. Hay naciones que se regeneran, y España merece esta regeneración, así por sus virtudes como por sus desgracias. Pero hay otras que sucumben definitivamente, no sólo por violenta catástrofe, sino por lenta é incurable decadencia.

Fuerza es reconocer que los pueblos, en general, son al despertar tanto más violentos y ménos razonables, cuanto más humillados han sido por una larga opresión extraña ó indígena. «Sin absolverlos de sus excesos ó de sus crímenes, debe confesarse que la responsabilidad de estos corresponde, en primer término, á los hombres que con desprecio de la tradición cristiana y de los derechos de la humanidad, han sacrificado el alma de las naciones al monstruoso egoísmo y á la ciega omnipotencia de sus amos.» Hay que exceptuar de esta regla á la revolución francesa, que con sus locuras y sus crímenes ha sobrepujado los abusos y los desvaríos del régimen antiguo.

Llegado á este punto, el autor quiere responder á una ob-

jecion, que han de hacerle sus amigos y sus enemigos, declarando que no cree que el catolicismo sea el único responsable de la decadencia y de la muerte de España, si es que este pueblo se halla destinado á morir. Tal afirmacion seria una blasfemia y un absurdo. En la época gloriosa de España, esta nacion era como hoy católica. No hay pues incompatibilidad entre el carácter varonil y libre del pueblo español y su fé religiosa. Pero no puede negarse que la alianza demasiado íntima de la Iglesia con la monarquía absoluta, ha sido una de las causas de la ruina de España. Si el clero de este país hubiera permanecido fiel á sus tradiciones de independencia y de libertad, «si se hubiera al ménos mantenido un »poco apartado del poder absoluto, y, sin hacer una resistencia abierta, hubiera contribuido ménos y no hubiera aplaudido tanto las invasiones de aquel poder, habria ciertamente logrado que en el corazon de España se conservase »un foco de dignidad, de buen sentido y de moderacion, que »la preservara de los excesos á que se ha entregado y de »las tempestades que han sucedido al estancamiento pútrido »de su antiguo régimen.» La neutralidad política del clero, »sobre todo despues de la restauracion de 1814, y durante el »deplorable reinado de Fernando VII, le habria preservado además de la animosidad violenta é injusta de que hoy es objeto.» Valga esto para explicar, no para justificar las expoliaciones y persecuciones de que el clero español ha sido víctima desde hace treinta años; persecuciones en las que se halla hoy el mayor obstáculo que se opone á la introduccion de una moderada libertad, y á la curacion de las sangrientas heridas del país.

La mayor parte en las miserias actuales y en los peligros futuros de España corresponde al reinado de Fernando VII. Desprovisto este monarca de todas las virtudes de la casa de Borbon, «se mostró inferior á los peores príncipes de la dinastía austriaca.» Nada aprendió en el ejemplo saludable de Francia ni en la Constitucion otorgada por Luis XVIII y «con su »abominable autocracia, restablecida por los votos y con el »apoyo de toda la Europa absolutista, Fernando VII es quien »ha arrojado á España en brazos de la revolucion.»

Y aquí llama la atención poderosamente la ilusión de ciertos legitimistas, que dan igual valor al supuesto derecho á la corona del hermano del rey Fernando que al antiguo derecho histórico é indiscutible del conde de Chambord. La sucesión de las hembras ha sido el derecho nacional y la tradición constante de España. Por las hembras llegó á reinar en este país la casa de Habsburgo, y despues la de Borbon. Felipe V quiso, por un acto de su voluntad autocrática, establecer la ley Sálica. Por un acto igual en legitimidad al primero, Fernando VII restableció el régimen antiguo.

La reina doña Isabel representaba, pues, el antiguo derecho, el verdadero derecho español. Pero por un singular capricho de la fortuna, el antiguo derecho fué apoyado por las ideas é intereses modernos contra D. Carlos, á quien auxiliaron todas las pasiones retrógradas, todos los intereses y todas las simpatías del absolutismo; todos los partidarios del despotismo espiritual y temporal en España y en Europa.

Triunfó la causa de doña Isabel, que ha reinado treinta y cinco años. ¿Cómo y por qué ha caído? No quiere el autor detenerse en este punto, ni formular un escrito de acusación contra la magestad en desgracia. Prescinde, pues, de las intrigas palaciegas, de los motines y de las conspiraciones militares que llenan la historia de este largo reinado, y llama solo la atención sobre algunos hechos unánimemente aceptados.

El primero es, que en el corazón del pueblo se había verificado la revolución moral, mucho antes de que llegara á ser posible la revolución política. No basta á explicar este hecho la ingratitud de muchos de los hombres á quienes la reina había colmado de mercedes.

Por otra parte, ¿dónde hallar el *heroísmo* que los revolucionarios franceses creen ver en los conspiradores españoles? ¿Dónde están las hazañas de una revolución que nadie, «exceptuando al íntegro y generoso Pavía», se atrevió á combatir? «Es imposible que ninguna persona seria sienta el risible entusiasmo que aquella victoria sin peligros escitó en la democracia europea, y ménos aún que aplauda, entre tantas otras ligerezas, los ascensos en masa, concedidos al ejército.»

Hay que hacer justicia, sin embargo, á los revolucionarios

españoles, reconociendo la moderación relativa con que procedieron. Salvo en algunos casos particulares, «excepciones vergonzosas» de que se hablará más adelante, la revolución se ha abstenido de toda violencia contra las personas y las propiedades, y de toda represalia odiosa contra personajes impopulares.

Pero ni aun ante el tribunal más indulgente puede escusarse el hecho de haber condenado á oscilar entre la república y la dictadura á un país, donde no hay republicanos inteligentes y convencidos, ni dictador natural y probable.

Debe sobre todo deplorarse, desde el punto de vista político, que al derribar á la reina se haya querido proscribir toda su dinastía, cometiendo la misma falta que los franceses cometieron en 1830; falta de que muchos de los hombres de aquel tiempo se arrepintieron más adelante. Es de esperar (1) que si España, consultada libre y lealmente sobre el gobierno que prefiere, elige la monarquía, la planteará «limitada, constitucional y parlamentaria, y elevará al trono un príncipe de la casa de Borbon. Así se evitará á Europa la vergüenza de ver desaparecer del último de los tronos que ha ocupado á la raza más antigua, más ilustre y ménos culpable de todas las que han reinado sobre los hombres.»

Pero suceda lo que suceda, «pidamos á Dios que España pueda para siempre preservarse de todo poder, que al mantener ó restablecer el órden, sea por su origen, su nombre ó su apariencia, bastante revolucionario para dispensarse de ser liberal.»

(Se continuará.)

---

(1) Recordamos á nuestros lectores la época en que escribe el autor.

---

---

## REVISTA CRÍTICA.

---

Atentos siempre en estas revistas á dedicar especial interés á aquellas publicaciones que mayor relacion tengan con los graves problemas político-sociales que tanto preocupan á la sociedad presente, y singularmente á nuestra patria, vamos á examinar con algun detenimiento un importante folleto recién publicado, que lleva por título *La fuerza armada*, y es debido á la discreta pluma del distinguido publicista D. Luis Vidart, tan versado en materias filosóficas y literarias como experto en asuntos militares.

La organizacion del ejército es una de las cuestiones que más preocupan actualmente á políticos y publicistas. En perpétuo conflicto las razas diversas que pueblan la Europa; no resuelto aun el problema pavoroso de la constitucion de las nacionalidades; constantemente amenazada la paz pública en cada país por la tenacidad de los partidarios de lo pasado y la impaciencia de los apóstoles de lo porvenir; trabajada la sociedad por laboriosa crisis, que pone en tela de juicio sus fundamentos; chocando por doquiera intereses con intereses, pasiones con pasiones, ideas con ideas;—solo á espíritus sobrado cándidos y optimistas puede ocurrir la idea de que la época de las guerras toca á su fin y de que los ejércitos permanentes dejarán de ser pronto una necesidad. Los hechos desmienten cada día tan bellas ilusiones; si en la paz se piensa ha de ser la paz armada, y cada nacion se va trasformando en un inmenso campamento, merced á la adopcion de un gran principio y de una gran institucion: el armamento nacional. En tales circunstancias, hablar de congresos y ligas de la paz tiene tanto de ridículo como de generoso; estudiar el sistema más racional y práctico de organizar la fuerza armada es en cambio señal evidente de sano juicio y de sentido político.

El Sr. Vidart que, á pesar de sus opiniones avanzadas, jamás ha participado del singular optimismo de que en esta como en otras cuestiones ha solido hacer gala la democracia europea, dedícase con afan hace mucho tiempo al es-

tudio de esta cuestión importantísima, y buena prueba de su actividad y celo son sus obras político-militares (*Discurso inaugural del Ateneo militar; Discurso conmemorativo de la fundación de dicho Ateneo; La instrucción militar obligatoria; Ejército permanente y armamento nacional*), á las cuales deben agregarse la que vamos á examinar aquí y las notables conferencias que sobre *ciencia de la fuerza* está dando en el Ateneo con aplauso de cuantos le escuchan.

Tres sistemas principales (sin contar las combinaciones que de ellos pueden hacerse) se ofrecen para la organización de la fuerza armada, á saber: la quinta, el reclutamiento voluntario y el armamento forzoso de todos los ciudadanos. El Sr. Vidart rechaza en absoluto el primero y combina los dos últimos en una fórmula especial que constituye la verdadera novedad de su último trabajo.

Para ello el Sr. Vidart acepta desde luego los dos órdenes de razonamientos que aducen los partidarios exclusivos de las dos soluciones extremas: el alistamiento voluntario y el armamento forzoso. Fundándose los primeros en que el servicio militar es una profesión especial é invocando el principio de libertad de vocación, creen injusto el reclutamiento forzoso, proclamando los segundos la necesidad de que todos los ciudadanos sin excepción cumplan el sagrado é ineludible deber de defender la patria con las armas, y alegando valiosas razones de carácter práctico, condenan por ineficaz el alistamiento voluntario: el señor Vidart reconoce la verdad relativa que hay en ambas opiniones y propone una tercera fórmula que puede armonizar las dos que dejamos expuestas. Esta fórmula se define teóricamente de este modo: *La fuerza armada constituye una profesión de toda su vida para algunos ciudadanos (los militares) y una prestación personal de tiempo limitado por las condiciones propias de la instrucción militar para todos los demás ciudadanos.* O lo que es igual: en el ejército hay dos cosas: una profesión y un servicio: la primera ha de ser perpétua y voluntaria; el segundo temporal y forzoso.

Para aclarar más su pensamiento, distingue el Sr. Vidart dentro de la fuerza armada dos elementos diferentes. El primero tiene por objeto hacer efectivo el cumplimiento del derecho reprimiendo las violaciones individuales de la ley, y constituye lo que se llama *instituciones de seguridad pública* (Guardia civil, Carabineros, Policía, Agentes provinciales y municipales de orden público, etc.); el segundo tiene por objeto defender la ley y la patria de agresiones colectivas exteriores ó interiores (guerras extranjeras y civiles, rebeliones, motines, etc.) y constituye el cuerpo de tropas militarmente organizadas á que se dá el genuino nombre de *ejército*.

No hay que decir que el primero de estos elementos de fuerza presta un servicio especial que ha de confiarse á voluntarios, como actualmente sucede en todos los países.

El servicio en el ejército, propiamente dicho, puede ser una profesión de por vida para los que á ella gusten dedicarse; pero es además una obligación de todos los ciudadanos. Ciertamente que el concurso de todos estos no es necesario en circunstancias normales; pero como la guerra es una ciencia y un arte, como el soldado no se improvisa, es indispensable que la instrucción militar sea obligatoria, y siendo esta instrucción eminentemente práctica, obligatoria.

ha de ser también para todos los ciudadanos, por un tiempo dado, la permanencia en el ejército activo.

De esta manera tan sencilla y racional resuelve el Sr. Vidart este grave problema que ha dado lugar á tantas controversias y dificultades, merced á las exageraciones y apasionamientos de los partidos. Veamos ahora cuál es la solución práctica en que traduce el Sr. Vidart su fórmula teórica.

En concepto del Sr. Vidart el armamento nacional ó ejército se ha de componer de tres partes, á saber: *base profesional del ejército, ejército en instrucción y reservas*. La base profesional se compondrá del Estado mayor general, cuerpo de Estado mayor, jefes y oficiales que formen los cuadros del ejército en instrucción y de la primera reserva, cuerpos político-militares y sargentos, cabos y soldados voluntarios de todas las armas.

El servicio en el ejército en instrucción y en las reservas (Milicia Nacional y Milicia Sedentaria) será obligatorio para todos los ciudadanos.

A estas bases generales acompañan otros detalles de ménos importancia, que no exponemos aquí por no pecar de prolijos.

Conformes con este proyecto en sus lineamientos generales, ocurrenos, sin embargo, algunas leves objeciones. Ante todo ¿está justificada la división entre la base profesional y el ejército en instrucción, ó sería más sencillo reunir muchos grupos en uno solo, llamado ejército activo y compuesto de soldados forzosos y de voluntarios? ¿Cree el Sr. Vidart que bastará con estos últimos para llenar los cuadros de las armas especiales (caballería, artillería é ingenieros)? Mucho lo dudamos, y siendo así, nos parece que el servicio de los soldados forzosos debiera prolongarse más de lo que piensa el Sr. Vidart.

Parécenos que nuestro distinguido amigo conserva aún cierta afición y tiene ciertas esperanzas en el reclutamiento voluntario; creemos que se equivoca. Los ejércitos voluntarios son los peores y los más caros, y en países como el nuestro nunca han dado buenos resultados. El servicio obligatorio para todos los ciudadanos tiene en cambio grandísimas ventajas; nivela las clases sociales, dá á la juventud hábitos de disciplina, mejora sus costumbres y robustece sus fuerzas; impide el pretorianismo y precave los motines; es, en suma, el más liberal, el más justo, el más conveniente y el más conservador de todos los sistemas de reemplazo. Se dirá que es un obstáculo para que los jóvenes de familias acomodadas se dediquen á carreras literarias; no es exacto. Admitiendo como voluntarios de un año á los que se costeen su equipo, armamento y manutención, este inconveniente se evita con gran facilidad y en cambio se mejora notablemente las condiciones físicas y morales de esas clases. Es fácil, por otra parte, hacer compatible el servicio militar con los estudios literarios, y en todo caso aunque las carreras se retrasen un año, poco se pierde con suprimir la raza de los doctores de veinte abriles, que por lo general no sirven para nada.

Creemos, pues, que es de la mayor importancia el folleto del Sr. Vidart. Conveniente será que en él fijen su atención los políticos serios, tanto liberales como conservadores. Unos y otros deben convencerse de que es hora de sustituir el sistema de quintas con el armamento nacional, único medio de acabar con el cesarismo, pesadilla constante de los primeros, y con las per-

turbaciones del orden público, eterno fantasma de los segundos. Cuando ejército y nación sean términos sinónimos, el orden bien entendido y la libertad nacional podrán imperar sin temor á trastornos; de otra manera, nunca se establecerá la paz pública sobre sólidas bases. Ha sido hasta ahora anhelo constante de los partidos conservadores mantener un ejército poderoso, aislado de la nación y siempre dispuesto á convertirse en cohorte de pretorianos; ha sido en cambio funesta política de los partidos liberales mirar con desconfianza ó aborrecimiento al ejército y fiar la defensa de la libertad á las turbas armadas. Pueblo contra ejército; ejército contra pueblo; pretorianos ó demagogos, hé aquí el círculo en que han hecho girar á la política los partidos militantes en los países latinos. Más prudentes los germanos, han identificado esos términos antagónicos y han fundado el orden sólido y la libertad verdadera. Hora es ya de seguir su ejemplo, y puesto que el folleto del Sr. Vidart parece un síntoma dichoso de que la democracia vá abandonando sus añejos errores y sus inveteradas preocupaciones en este punto, bueno será que por su parte hagan otro tanto los partidos conservadores, obligados de hoy más á buscar su modelo, no en el mezquino doctrinarismo de la escuela francesa, sino en las provechosas enseñanzas de la Alemania.

\* \* \*

Entre las restantes publicaciones que han visto la luz en estos dias, merecen mencion un curioso folleto del Sr. D. Zoel García de Galdeano sobre *Literatura científica contemporánea*, en que se ocupa con sano criterio y ameno estilo de las principales producciones dedicadas á vulgarizar la ciencia, como son las obras de Verne, Mayne-Reid, Figuiet, Flammarion y otros escritores; una interesante novelita de D. Teodoro Guerrero, titulada *El escabel de la fortuna*, cuyo fin moral es poner de relieve los males que á la paz del alma acarrea la posición, la riqueza y los honores alcanzados por medios ilícitos, y una importante colección de los escritos del Sr. Alonso Martínez sobre diversos puntos de filosofía del Derecho (los derechos individuales, la noción del Estado, la familia y la propiedad), en que discute estas gravísimas cuestiones con criterio eminentemente conservador y combatiendo con verdadero encarnizamiento las doctrinas jurídicas de la escuela de Krause. Publicados en diversas épocas estos trabajos del Sr. Alonso Martínez y ya juzgados por la opinión y por la crítica, no creemos necesario entrar en su exámen, para lo cual, por otra parte, no tenemos tiempo ni espacio suficiente.

\* \* \*

En el Ateneo continúan los debates pendientes con animación no escasa. De los discursos pronunciados en la Sección de ciencias morales y políticas nos veda ocuparnos la misma razón que nos impuso silencio en el número



anterior de esta REVISTA. La Sección de literatura y Bellas artes pronto inaugurará sus trabajos. El tema elegido versa sobre la decadencia actual de la escena española y sobre los medios que pueden adoptarse para remediarla. El Sr. Alcalá Galiano, poeta inspirado y escritor ingenioso y discreto, expondrá el tema en una disertación escrita, de que nos ocuparemos en nuestra próxima *Revista*.

En la sección de ciencias naturales se ha presentado un nuevo orador, el Sr. Vincent.

Muy versado en ese género de conocimientos, razonador y persuasivo, el Sr. Vincent ha combatido las doctrinas positivistas, y con especialidad las teorías atmosféricas, mecánicas y dinámicas, afirmando como verdadera realidad el éter, cuyas dos propiedades permanentes, la continuidad de la extensión y la constancia en la actividad, y cuyos estados de trabajo (manifestaciones ó concreciones en tiempo y espacio) bastan, á juicio del Sr. Vincent, para explicar todos los fenómenos naturales. Como se vé, la teoría del nuevo orador es una hipótesis metafísica, cuya realidad objetiva no creemos pueda comprobar la experiencia y que por lo tanto carece de valor científico. La hipótesis es ingeniosa, sin duda, pero hay en ella un fondo de idealismo difícil de admitir y que recuerda demasiado las fantásticas creaciones cosmológicas de cierta escuela muy vulgarizada en España, y con la cual creemos que tiene el Sr. Vincent algunas afinidades. De todos modos, los discursos del nuevo orador han sido verdaderamente notables y pueden dar mucho interés á los debates, por cuanto traen á estos un factor nuevo y poco conocido: la filosofía de la naturaleza de la escuela krausista.

\* \* \*

La temporada teatral toca á su fin. Apolo ha cerrado sus puertas, después de una campaña desastrosa, y el Circo, según el rumor público, hará en breve otro tanto; el Español arrastra una lánguida y mísera existencia, y solo la Comedia se libra del naufragio general. ¡Véase cuánta razón teníamos al poner de relieve la decadencia de nuestra escena y al reclamar del Gobierno medidas extremas para salvarla!

Varias obras se han representado desde la fecha de nuestra última *Revista*; una sola ha logrado despertar el interés del público. *Una boda en palacio*, producción ligera é insignificante de los Sres. Echevarría y Santibañez, y *Batalla de amor*, arreglo del francés muerto á manos del público la noche de su estreno, son las novedades que ha ofrecido el teatro Español, ese teatro, antes modelo, ese teatro que tan gloriosas tradiciones tuvo, y que hoy, convertido en émulo de los teatrillos *de hora*, agoniza en manos del Sr. Catalina. Otra pieza insignificante, de autor anónimo: *María*, un gracioso juguete del señor Ramos Carrion, titulado *La careta verde*, y un arreglo del *Procés Voradieux*, de Delacourt y Hennequin, obra que alcanzó éxito extraordinario en París, llena de movimiento y de gracia, pero inverosímil, caricaturesca y poco adecuada á nuestras costumbres, á las cuales han pretendido inútilmente acomodarla

los Sres. Navarrete y Avial en su traduccion; hé aquí las novedades que hemos presenciado en el teatro de la Comedia.

Un drama del Sr. Velazquez y Sanchez, titulado *La legion de la Muerte*, retirado por su autor, despues de la primera representacion; una pieza en un acto de D. Miguel Echegaray, *El último ejemplar*, no exenta de algun gracejo; y un drama de D. José María Diaz, que lleva por título *La muerte de César*, resurreccion poco afortunada del antiguo clasicismo, han sido tambien los últimos signos de vitalidad del teatro de Apolo. Ninguno de ellos ha bastado para librar de su ruina á aquella malaventurada empresa.

En cambio, el teatro del Circo va á concluir gloriosamente su no muy afortunada carrera. La última produccion allí representada ha sido un verdadero acontecimiento literario que ha dado nueva vida á aquel coliseo. *Rienzi el tribuno*, drama romántico, mejor sentido y escrito que pensado, lleno de inexperiencia, pero rebosando inspiracion, con personajes vigorosamente acentuados, recursos atrevidos y de grande efecto, versificacion robusta y levantada, abundante en bellas imágenes y hermosos pensamientos, es el primer vagido de un verdadero poeta, inexperto sin duda, pero que ha de dar dias de gloria á las letras. Y ese poeta inspirado, vigoroso, enérgico, cuyos versos respiran amor á la libertad, ese poeta de acentos varoniles y alma de fuego, es una delicada y bella niña, la señorita doña Rosario Acuña, en quien saludamos con gusto una hermosa esperanza para el arte. Juzguen nuestros lectores cuál habrá sido el asombro del público al encontrarse con hallazgo semejante, cuál habrá sido la gloria que ha coronado á la simpática poetisa, y cuál tambien la íntima satisfaccion que experimentará su ánimo juvenil al verse colocada á tamaña altura.

M. DE LA REVILLA.

---

## CRÓNICA DE LA LITERATURA ALEMANA.

---

### **Dos palabras de introduccion.**

Al iniciar hoy en la REVISTA CONTEMPORÁNEA las crónicas del movimiento literario de Alemania, en que emplearemos todas nuestras pocas fuerzas para reproducirle con la mayor exactitud posible, busca en vano nuestro espíritu punto firme de donde partir, asiento donde apoyarse, lazo de union que en algo simplifique nuestra tarea de hoy y las futuras que han de seguirla. Porque empezar, haciendo olvido de lo pasado, sin referirnos á nada anterior y como quien presume el completo conocimiento de antecedentes que no poco aliviarían nuestra abrumadora carga, hecho perdonable para esta REVISTA sería si entre otros periódicos y revistas fuera costumbre consagrada el estudio y exámen del movimiento literario de Alemania; pero el horrible mutismo que desde tanto há existe entre nosotros, tan grande y tan profundo que á veces abate el espíritu, sus ilusiones y sus esperanzas de que en época futura termine,—tan acostumbrados estamos al silencio y al aislamiento,—nos concede al ménos la dolorosa ventaja de ser los primeros en intentar algo sério contra él, ya que sin llenar la mision que el caso requiere y para la cual ni tenemos fuerzas ni talentos, clamando con toda el alma por su pronto y definitivo remedio y excitando la inclinacion de espíritus elevados á tan necesaria y saludable empresa.

Hoy nadie desconoce la importancia de Alemania, de su literatura, de su ciencia y de su arte militar; todos en Europa la temen ó la admiran, y no existe rincon de un pueblo culto donde por amor ó por precaucion se deje de estudiarla detenidamente. ¿Vamos á permanecer nosotros viviendo siempre en este terrible ostracismo? ¿Nada significan para nuestra cultura el alto grado de su civilizacion, sus progresos científicos, su rica literatura ni los grandes acontecimientos que todos hemos presenciado?

Hace años, bastantes por cierto, hablando Heine á los franceses de lo que era Alemania, á quien estos asestaban sus sarcasmos y epigramas, les decia con esa poderosa intuicion que solo los grandes poetas sienten: "No os riais, franceses, de mi consejo, del consejo de un visionario que os previene á tiempo, de kantianos, fichtianos y schellingnianos. No os burleis de los soñadores que en el terreno de los fenómenos esperan la misma revolucion que en el del espíritu. El pensamiento precede al hecho como el relámpago al trueno. ¡Ay de todos cuando este rueda sobre vuestras cabezas!"

¡Quién hubiera dicho al parisien de hace siete años que en un dia no remoto

el prusiano, el hombre del Norte, el de la *schoucroutte* y el *wrurst* iba á poner vencedor su pesada planta sobre la gran capital! Es que el trueno se habia desencadenado y con toda su violencia rugia furioso sobre el que á tiempo no supo advertir la cercana tempestad y que en el negro horizonte amenazadora se anunciaba. Vislumbrado el francés por el resplandor de su cultura, no atendia á la de otros pueblos y su *chauvinisme* le estorbaba la vista de las brumosas y preñadas nubes que en su seno fraguaban el relámpago, el rayo y el trueno.

Francia ha puesto remedio á su error, y aunque algo tarde, á tiempo; pero á costa de durísimas experiencias. Y no consiste el remedio en la simple imitacion del sistema militar aleman, que por más que sea este la mejor expresion viril de un pueblo, no siempre empero obedece á la verdadera naturaleza de una nacion. A la par de las reformas militares han ido ó irán las que afectan á la instruccion pública. Se envian jóvenes á Alemania, comisiones que estudien sus adelantos, y á raiz de la guerra marchó una comision científica á las órdenes de Wurtz, nada ménos, decano de la facultad de Medicina de París, para dar cuenta al Consejo de Instruccion pública del progreso en que se hallaban aquellas universidades. Antes de Francia, copió Italia todo el sistema de enseñanza aleman, y con tan feliz resultado que si la preponderancia de la raza latina ha de repetirse otra vez en Europa, solo de la moderna Italia puede esperarse. Y cuenta que no ha parado esta solo en la imitacion de sus universidades, ni del sistema de enseñanza, ni en la infinidad de pensionados que sostiene en Leipsik, Heidelberg, Viena y Berlin, sino que además atrae á sus escuelas é institutos cuantos profesores ilustres puede ganar, como los Schiff, Molleschott, Dohrn, Hillebrandt y otros, para honra de la ciencia y beneficio del humano saber. Francia, Italia, Inglaterra, América, Grecia, en vista de la imperiosa necesidad de no permanecer agenos á los progresos de la ciencia alemana, pensionan gran número de jóvenes que al educarse en el seno de las universidades alemanas se apropian la severidad y método con que allí se tratan las cosas científicas, y vuelven á la patria con rico caudal que, unido al propio, funde en un grado mayor el tesoro de la cultura pátria.

Todos los pueblos, hasta el mismo Japon, sostienen con Alemania este altísimo comercio intelectual, menos el nuestro, que siendo en cultura de los más modestos, es aquel en que más lo necesitamos. Remedios son estos que en nuestras manos está emplear, pero que no pueden salir de la iniciativa individual; es necesario que partan de nuestros gobernantes, que solo de ellos puede esperarse levanten un poco nuestro decaído espíritu científico con medidas análogas á las que en otros pueblos más adelantados se toman. Nuestro sistema científico de enseñanza está en un lastimosísimo estado, y los que no lo observan ó se contentan con él obran como aquellos que no saben más idiomas que el propio, que no saben ninguno, como decia Goethe. Nosotros seguimos aún en las universidades tratando á los alumnos de facultad mayor como á niños de escuela, seguimos preguntándoles la *leccion*, examinándoles á fin de curso y dándoles *notas* para regocijo de sus padres. Seguimos proveyendo las clases por el pernicioso método de oposiciones, malhadada herencia del escolasticismo y desterrado hoy en toda clase de procedimientos científicos, porque

ni prueban ni garantizan mejor las necesidades de la enseñanza, ántes al contrario, pone en manos de camarillas y compadrazgos lo que solo al Estado compete. En Alemania ha concluido para siempre ese nefasto método; el Estado, *motu proprio* las más de las veces, provee á las necesidades de su enseñanza, y en Alemania vemos todas las doctrinas, todas las escuelas representadas por sus profesores. Casi no hay una celebridad alemana que no pertenezca al profesorado; la ciencia, las letras y el arte están en sus manos. ¿Sucede otro tanto entre nosotros? Maravilla es y no poca que los hombres de nota que tenemos, estos cuyo nombre ha saltado por los Pirineos, no pertenecen por regla general al profesorado. ¿Quiénes son nuestros célebres historiadores, nuestros críticos de monta, nuestros más consumados literatos? No hay que buscarlos seguramente entre nuestros apreciables profesores, pues, fuera de honrosísimas excepciones, tienen la mayor parte la celebridad del silencio.

¿A qué viene todo esto? ¿Qué significa esta descarga cerrada contra algunos profesores cuando nadie se ha metido con ellos?—dirá el lector con discretísima oportunidad. Pero si todavía quiere tolerarme un poco más, le diré que todo ello no es otra cosa que el efecto horrible que me produce mirar cara á cara todo el movimiento literario de Alemania, tan extraordinario y grandioso, que no se sabe por dónde comenzar, á no ser por dolernos de que sea el nuestro tan nímio y modesto. Pensando en este contraste he ido á parar á las universidades, á los profesores, á sus enseñanzas, y, por último, á la clave fundamental de su progreso científico; clave de que no solo podíamos servirnos, sino que de todo punto nos es necesaria. ¿Qué es lo que impide al profesor alemán dormirse confiado en el sueldo indefectible que todos los meses ha de percibir el nuestro? ¿Qué es lo que no le permite encerrarse en lo que buenamente sabia cuando se le confió la clase? ¿Qué es lo que establece la competencia entre ellos, y el celo por ser cada uno el representante más activo de su facultad, el órgano más autorizado de su doctrina?—Dos cosas: el *Privat docent* y el veredicto del estudiante. El *Privat docent* es la espuela de los profesores *acreditados*; es la competencia que el jóven entusiasta, lleno de fé y amor á la ciencia, hace al que en sus laurelés intenta dormirse; es el que se pone á explicar la misma asignatura del profesor remunerado por el Estado. Y como todo profesor, el del Estado y el *Privat docent*, tienen la retribucion del estudiante, ocurre no pocas veces que un profesor de número que tiene *diez* de sueldo, solo es oido por cuatro ó cinco estudiantes que le dan además como *dos*, mientras que un *Privat docent*, sin nada de sueldo, saca como *cincuenta* por el número extraordinario de estudiantes que asisten á sus clases. Esto, por fortuna, no dura muchos cursos, porque la misma universidad ú otra cualquiera le hace profesor ordinario y de número. En España hemos querido introducir la institucion de los *Privat docent*; pero fué hecha con tan mal criterio, que no se advirtió que ántes era preciso concluir con esos exámenes de fin de curso, que en el extranjero creen imposible existan entre nosotros, ó por lo ménos conceder atribuciones académicas á los *Privat docent*, y darles el derecho de nombrar entre los profesores de la universidad aquellos que deben formar parte del tribunal de exámenes, y no entregar sus discípulos y oyentes á los profesores ordinarios, que no verian de muy buen

grado á jóvenes entusiastas y aplicados explicando asignaturas cuyo privilegio exclusivo creyeron gozar durante toda la vida.

Establezca nuestro Gobierno esta institucion que además de ser útil, nada le habia de costar; conceda á los *Privat* derecho de examinar á sus alumnos ó concluya con estos exámenes de fin de año, aumentando el rigor y duracion en los de término, con lo que nada extraordinario se hacia, y solo sí seguir el ejemplo de las grandes universidades contemporáneas; elija sus profesores entre los *Privat* que más hubieran sobresalido, no se nombre nunca á un profesor antes de haber publicado obras y escritos sobre la asignatura que se le va á confiar; llame tambien al cuerpo docente, á los que sin haber pasado por la prueba del *Privat*, hayan, sin embargo, escrito obras avaloradas por el aplauso público, y descuide entónces nuestra Universidad, que bien pronto se pondría á la altura de las extranjeras, y cesaríamos de ver ese tipo especial de profesor, que ni ama á la ciencia, ni tiene completa idea de su verdadero cometido. Los que temen estas innovaciones y prefieren el *statu quo*, apunten solamente el extraordinario número de estudiantes que visitan nuestras aulas, que seguramente no es inferior de 6.000, y observen que Viena ó Leipzig solo tienen 2.000, Heidelberg 800, Halle, Gottingen y Jena 300 ó 400. ¿Cuántos hombres célebres no podrian salir de nuestros 6.000 estudiantes, si tuvieran la enseñanza de los 800 de Heidelberg que tantos ha dado al mundo?

Pero demos de mano este órden de consideraciones, que para ser digresion es tambien sobrado larga.

\* \* \*

Antes de entrar todavía en materia, séanos permitido trazar á grandes rasgos un cuadro general de la literatura contemporánea en Alemania, haciendo más bien clasificacion de nombres que de cosas.

Cuando Gervinus publicó, hace ya bastante tiempo, la historia de la poesía alemana, cerró su obra con Goethe, á quien consideraba como expresion superior y última del florecimiento de la literatura alemana. No poco ruido causó esta determinacion, y saltaron por todas partes protestas y refutaciones asegurando que no era tal el caso, y que por el contrario seguia manteniéndose á su misma altura, si no á más, el florecimiento de la literatura alemana. Las cosas vistas de cerca suelen á veces parecer demasiado grandes, y esto, en efecto, ocurrió á los entusiastas de Schlegel y Novalis cuando los creian superiores á Goethe y Schiller. Hoy, separados ya un tanto de aquel período, asentimos gustosos á lo dicho por Gervinus y reconocemos que con Goethe termina un gran período de florecimiento y que el que cronológicamente le ha sucedido es muy inferior, si bien conviene advertir que este período no es de decadencia y que sin ser tan grande como aquel de los Lessing, Herder, Schiller y Goethe, no tiene en manera alguna el aspecto enfermizo y moribundo de todas las literaturas de decadencia. Es que la decadencia no procede del exceso de vida gastado en el período floreciente. La literatura posterior á aquella es viril; enérgica, exuberante; no es amanerada ni servil; hay en ella creacion y espontaneidad, fuerza y vida. De lo que carece es de elevacion, del punto superior á donde todas las producciones anteriores se dirigian. No hay unidad suprema que realizar, unidad que todos acaricien, sueñen y crean tocarla por

momentos. Esto lo tuvieron los clásicos, y al alcanzarla, fundieron en un solo latido todo el sentimiento alemán, dieron nueva sangre al pueblo alemán, y corre ya esta sangre por las venas de todos. Los clásicos hicieron la fusión artística, ó en el campo de lo bello, del pueblo alemán. Ellos hicieron su unidad, y una vez que fué sentida, no había de tardar en traducirse al hecho. El proceso se ha verificado á nuestra propia vista y se ha llevado á cabo por el único camino, el de la *accion*.

Lo que establece una diferencia entre el período clásico alemán y los que le han seguido, y lo que á la vez explica que siendo aquel de verdadero florecimiento, los otros no sean de decadencia, es la naturaleza interior de cada uno. Allí se perseguía una anhelada unidad, se la sentía; y fué despues tan vivo su sentimiento, que todo su vigor y empuje solo eran sagrados en cuanto se dirigian á realizar prácticamente esa necesidad. Desaparecen del mundo los grandes representantes del florecimiento dejando sembrado en el corazon de Alemania la semilla que á toda costa queria brotar, y vienen los románticos con la idea de fomentarla haciéndola retoñar bajo las sombras del antiguo imperio alemán y en el dominio de las leyendas de la Edad Media. La nueva Alemania cree estériles estos esfuerzos é intenta por otro camino poner término á estos tanteos sin fin; lo mismo pretenden los llamados patriotas, y así á su vez los poetas político-filosóficos, hasta que por último se funden todas estas particulares corrientes en un movimiento superior y general que se extiende igualmente por toda Alemania y prepara el gran acontecimiento que iniciado en Francfort, fracasa, y llega despues por otro camino á realizarse en 1870.

La unidad nacional, á que todos tendian, solo por la accion podia obtenerse, y esto explica que el genio de Alemania haya sido más bien *activo* que artista en este último período y que la literatura de este siglo sea inferior á la del XVIII, sin ser la actual, literatura de decadencia.

Despues de los románticos y de los poetas patrióticos, Koerner, Arndt, y de los líricos Uhland, Heine, Ruckert, Schulze, Müller; y otros que mucho ó poco son sus nombres conocidos para todos nosotros, citaremos sumariamente los que más sobresalen en cada una de las esferas del arte. Entre los dramáticos modernos figuran como principales: Grillparzer, Halm, F. Hebel, R. Gottschall, Immermann, Gutzkow, Mosenthal, Grabbe, O. Ludwig, Ricardo Wagner. Para la comedia no tienen arte especial los alemanes, y, en general, suele ser monótona y pesada; algunas, sin embargo, han sido más felices y las más y mejores son de H. Laube, Benedix, Meissner y Spielhagen. La poesía lírica tiene siempre muchos y notables representantes, tales como Lenau, Hartmann, Beck, Betti Paoli, Bodenstedt, Mosen, Ebert, Rogel, A. Grün, Frankl y otros. Poetas muy notables hay tambien que han publicado sus mejores producciones en dialectos provinciales, como Holtei, Seidl, Misson Kobell, Groth, y entre los que cultivan lo épico y lo heróico, descuellan Freiligrath, poeta de grandísima fuerza y valentía. A veces ha tomado la poesía carácter predominantemente político, como ocurre con Hoffmann, Prutz y Dingelstedt y otros, y didáctica y erudita, como con Luigg, Jordan, Hamerling y Scheffel.

Los novelistas han tomado gran incremento en estos últimos tiempos y

tratado todo género de asuntos, desde el histórico y político al filosófico. En general, domina en las novelas además una tendencia muy señalada hácia los problemas sociales y filosóficos, por lo que suelen las de este género ser designadas con el nombre de *tendenciosas*. Entre los novelistas históricos sobresalen G. Freytag y E. Koenig; entre los sociales Riehl, Stifter, Meissner y P. Heyse, que de ordinario toma sus asuntos de la vida del pueblo italiano. Spielhagen es novelista psicológico, y Gutzkow, Grimm, Wolfram, Muegge, Laube, Betzius y G. Kuehne, por lo general tendenciosos. En sencillez en la exposicion, verdad en la relacion y ternura de sentimientos, ninguno iguala á Auerbach, el primer novelista alemán. Aunque escritor en bajo alemán, no le va muy en zaga F. Reuter, y figuran todavía como novelistas muy notables Storm, Marlitt, Sacher-Masoch, Hacklaender y otros difícil de enumerar.

La novela alemana, en general, no es tan perfecta como la inglesa, ni tan expresiva como la francesa. Su trama suele ser sencilla, y su movimiento es de dentro hácia fuera; no hay presion de circunstancias ni dominio de obstáculos invencibles; pero sin tener la agitacion de la francesa ni la realidad de la inglesa, se desprende de todas ellas un dulcísimo perfume de delicadeza y armonía que encubren la trascendencia del pensamiento fundamental: la parte artística que la adorna son los atavíos con que mejor engalanan el problema fundamental que de ordinario contiene. No hay novela alemana que no sea intencionada y que no revele cierta preocupacion de su autor, que no solo escribe porque á ello le inclina su genio, sino tambien por amor á una tesis ó deseos de ensañarse contra algo existente. Lo presente, lo que todos los días tocamos en todas sus oposiciones y contrariedades, suele ser el tema favorito de estas novelas, que á veces, sin embargo, se elevan á alejadas épocas históricas ó se limitan á expresar un sentimiento de despecho, como ocurrió al anti-hegeliano Koenig con su *Sicut erat Deus* para expresar sencillamente la antipatía que este sistema le inspiraba.

Imperfecto en extremo es este cuadro, y más lo seria si quisiéramos darle mayor proporcion. Imposible es en una, ni dos, ni tres crónicas trazar succinctamente la nomenclatura sinóptica de las letras contemporáneas de Alemania, pues sin hacer referencia alguna á la literatura didáctica, obra es para meditarla detenidamente y que no sirve tampoco al fin que en estas crónicas tratamos de alcanzar. Por otra parte, impremeditado nos parecia comenzarlas sin hacer algunas consideraciones generales, aun á costa de valer tan poco como las que con paciencia suma ha leído el lector. Libres ya de este compromiso, en lo sucesivo entraremos de lleno en nuestro asunto, analizando y dando cuenta del movimiento literario de Alemania, tan vasto é importante que inútil seria tratar de encarecerlo.

JOSÉ DEL PERÓJO.

Madrid, 29 de Febrero de 1876.

Director y propietario: JOSE DEL PEROJO.

Madrid: 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez, San Miguel, 23